

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA

RESIDENCIA EN PSICOTERAPIA INFANTIL

EL APEGO EN NIÑOS MALTRATADOS

REPORTE DE EXPERIENCIA PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

AÍDA CORTÉS POZA

DIRECTORA DEL REPORTE: DRA. AMADA AMPUDIA RUEDA

**COMITÉ TUTORIAL: MTRA. CRISTINA HEREDIA ANCONA
DRA. EMILIA LUCIO GÓMEZ MAQUEO
DR. SAMUEL JURADO CÁRDENAS
MTRA. SUSANA EGUÍA MALO
MTRA. BLANCA ELENA MANCILLA
MTRA. SILVIA VITE SAN PEDRO**

MÉXICO, D.F.

AGOSTO 2006.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo se llevó a cabo gracias a las becas otorgadas por:

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología

Dirección General de Estudios de Posgrado de la UNAM

Universidad de Salamanca, España.

Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica

Proyecto *Factores de riesgo para la salud mental
y psicopatología del maltrato infantil*

No. IN302706-2

Agradecimientos

A la Dra. Amada Ampudia Rueda,
por haberme acompañado a lo largo de este recorrido con su apoyo y asesoría

A la Dra. Lucy Reidl Martínez,
por su valioso apoyo

A la Mtra. Cristina Heredia Ancona,
por sus sugerencias

Al Dr. Fernando Jiménez Gómez y el Dr. Félix López Sánchez
de la Universidad de Salamanca, por su contribución a este trabajo

Al Albergue Temporal de la PGJ-DF

A la Universidad Nacional Autónoma de México

A Elisa, Emilio, Yuriria y David

*Sin padres, sin infancia, sin pasado alguno,
no nos queda otra posibilidad que afrontar lo que somos,
el relato que llevamos para siempre.*

Oswaldo Soriano

ÍNDICE

Resumen		4
Introducción		5
Capítulo 1	Antecedentes	8
1.1	El maltrato infantil	8
a)	Definición y tipos de maltrato infantil	9
	- Abandono o negligencia	10
	- Maltrato físico	11
	- Abuso sexual	12
	- Maltrato psicológico o emocional	14
b)	Factores culturales y sociales asociados al maltrato infantil	15
	- Factores culturales: la transmisión intergeneracional del maltrato	15
	- Factores sociales: una perspectiva ecológica	17
I.2	Apego y maltrato infantil	20
a)	Teoría del apego	20
b)	Relación entre apego y maltrato	24
	- Apego desorganizado	26
	- Apego y modelos mentales en niños maltratados	28
	- Dinámica del maltrato	29
I.3	El juego	36
a)	Teoría del juego	36
b)	Evaluación de juego	41

	- Evaluación de juego proyectivo	44
	- Prueba de apego en preescolares	46
Capítulo II	Metodología	48
II.1	Planteamiento y justificación del problema	48
II.2	Objetivos	50
II.3	Hipótesis	50
II.4	Variables	51
II.5	Participantes	51
	- Primera fase	51
	- Segunda fase	52
	- Tercera fase	53
II.6	Escenarios	54
	- Primera fase	54
	- Segunda y tercera fase	54
II.7	Tipo de estudio	55
II.8	Diseño de investigación	55
II.9	Instrumento: “ <i>Attachment story completion task</i> ”	56
	- Materiales	57
	- Historias	57
	- Criterios de valoración	60
II.10	Procedimiento	62
	- Primera fase	62
	- Segunda fase	63
	- Tercera fase: El apego en niños maltratados	64
Capítulo III	Resultados	67
III.1	Primera fase	67
a)	Descripción de resultados	68
b)	Interpretación de resultados	69

III.2	Segunda fase	71
a)	Categorías de respuesta	71
b)	Resultados	75
	- Descripción de resultados	77
	- Interpretación de resultados	78
	- Indicadores de maltrato infantil	81
III.3	Tercera fase: El apego en niños maltratados	84
a)	Descripción de los participantes	84
b)	Análisis de contenido: categorías de respuesta	86
c)	Análisis de contenido: interpretación de resultados	94
	- Análisis del contenido de las historias de la prueba de apego	94
	- Interpretación de resultados	101
Capítulo IV	Discusión y Conclusiones	117
Discusión		117
Conclusiones		124
Referencias Bibliográficas		127
Apéndice 1		
Apéndice 2		

RESUMEN

En esta investigación se aborda el tema del maltrato infantil y su relación con el apego, mediante una técnica de evaluación denominada “*Attachment story completion task*”, basada en juego proyectivo. El tipo de población con que se trabajó fueron preescolares de 4 y 5 años de edad, y el estudio se dividió en tres fases: la primera constituyó una fase piloto en la que participaron 15 niños de un jardín de niños y sus respuestas se calificaron de acuerdo con un criterio cuantitativo. En la fase 2 se trabajó con 45 niños divididos en tres grupos (15 del Albergue Temporal de la PGJ-DF, 15 de una guardería y 15 de un jardín de niños), y a través de la comparación entre éstos, el objetivo fue proponer un criterio de calificación basado en categorías de respuestas que pudieran asociarse a indicadores específicos de maltrato infantil. Por último, el propósito de la fase 3 fue realizar una comparación entre el estilo de apego de niños maltratados y niños sin maltrato, empleando dos grupos (15 niños institucionalizados y 15 no institucionalizados) para analizar las repercusiones que tiene el maltrato infantil sobre el apego. Para esto, se elaboró previamente un análisis del contenido de cada una de las historias de la prueba de apego, con base en un modelo psicodinámico de interpretación, ampliando de esta forma los criterios de evaluación de dicha prueba. A partir de este análisis de las historias, se analizó el contenido de las respuestas de ambos grupos y se obtuvo como resultado que los niños sin maltrato presentan un estilo de apego más seguro que los niños maltratados. Estos últimos, en su mayoría, manifiestan un estilo de apego inseguro. Así mismo, el instrumento de apego permitió obtener indicadores de maltrato, se confirmó su utilidad para la evaluación infantil y resultó, además, una técnica de juego efectiva para el proceso de intervención psicoterapéutica.

INTRODUCCIÓN

El presente Reporte de Experiencia Profesional consiste en el informe formal de una investigación realizada como opción terminal para la consolidación de mis estudios dentro del Programa de Maestría en Psicología, con Residencia en Psicoterapia Infantil.

Se optó por este tipo de actividad profesional dada la importancia de la investigación en psicología, específicamente en el área de la evaluación infantil, para el avance de esta disciplina mediante la comprensión teórica y empírica de fenómenos relevantes. Los niños y su problemática han sido considerados objeto de estudio de la psicología desde fechas relativamente recientes; por ello, la psicoterapia infantil se encuentra aún en desarrollo.

Uno de los principales problemas a los que se enfrentan los niños en la actualidad es el maltrato, y en la atención a esta grave problemática de trascendencia social, la Psicología Clínica Infantil juega un papel fundamental.

La Residencia en Psicoterapia Infantil tiene como propósito formar psicoterapeutas infantiles que aprendan a utilizar el juego como instrumento de evaluación, diagnóstico e intervención. Se ha observado que la psicoterapia de juego constituye la técnica más adecuada en el tratamiento de niños, cualquiera que sea su problemática, pues el juego es el medio de expresión infantil por excelencia (Campoy, 1997). En el caso específico de los niños maltratados, el juego es particularmente eficaz, ya que provee una atmósfera no estresante en la que el niño manifiesta sus conflictos en forma indirecta (Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

La elaboración de este trabajo implica el desarrollo de diversas habilidades profesionales, principalmente relacionadas con la evaluación psicológica infantil y, en concreto, la evaluación de juego. Mediante una prueba de apego en la que se emplea el juego como herramienta, se pretende ver si los niños maltratados presentan problemas en lo que se refiere a sus vínculos afectivos con las figuras primarias.

El objetivo de la investigación es analizar el maltrato infantil desde la perspectiva de la teoría del apego, empleando una metodología de tipo cualitativo. La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿Cuáles son los efectos del maltrato infantil sobre el estilo de apego desarrollado por el niño?

El reporte está estructurado de la siguiente manera: El primer capítulo consiste en una exposición de los antecedentes teóricos que sustentan la investigación. Se revisa el tema del maltrato infantil, planteando los diferentes tipos de maltrato existentes, así como los factores culturales y sociales asociados a este problema. Posteriormente, se aborda la teoría del apego y la relación entre apego y maltrato. Y por último, se plantea un panorama general de la teoría del juego desde la perspectiva psicoanalítica, para después hablar de la evaluación de juego.

En el segundo capítulo se describe la metodología de la investigación; es decir, el planteamiento y justificación del problema, los objetivos, hipótesis y variables, los participantes, escenarios, tipo de estudio y diseño de investigación, así como el instrumento empleado y el procedimiento llevado a cabo. Este último se divide en tres fases, siendo la tercera la que constituye el objetivo central del presente trabajo.

En el capítulo 3 se presentan los resultados de cada una de las fases de la investigación, describiendo e interpretando la información obtenida. La última fase consiste en un análisis del contenido de las respuestas de los niños, realizado a partir de un análisis del contenido de cada una de las situaciones de juego planteadas en la prueba de apego.

Finalmente, en el capítulo 4 se discuten los resultados, realizando un análisis general de los mismos y contrastándolos con el marco teórico de referencia. Así mismo, se lleva a cabo una reflexión sobre la utilidad del procedimiento descrito en el reporte y la experiencia profesional adquirida a través del mismo.

CAPÍTULO I.

Antecedentes

En este capítulo se revisarán tres grandes temas: el maltrato infantil, el apego en relación con el maltrato, y por último, el juego.

I.1 El maltrato infantil

Históricamente, los niños no han sido verdaderamente respetados como sujetos. No es sino hasta el siglo XIX que la infancia empieza a ser un motivo de preocupación, lo cual origina una reflexión sobre la naturaleza de los cuidados básicos que cabía proporcionar a los niños (Barudy, 1998).

El primer trabajo sobre maltrato infantil que sale a la luz fue realizado en 1860 por un médico francés, Ambroise Tardieu, denunciando la existencia de niños golpeados hasta la muerte (Arruabarrena y Ochotorena, 1994). Sin embargo, la conciencia de la infancia sin protección y el maltrato infantil como realidades sociales no aparece sino hasta el siglo veinte, en los años sesenta (Barudy, 1998).

Kempe y sus colegas publican en 1962 un trabajo sobre el *síndrome del niño apaleado*, con lo cual el mundo médico acepta al fin que una serie de lesiones en el cuerpo del niño pueden provenir de golpes propinados por adultos. Se plantea así la existencia real del fenómeno del maltrato físico y crece la sensibilización de los profesionales de la infancia y la sociedad en general con respecto a esta problemática (Helfer y Kempe, 1968, en Arruabarrena y Ochotorena, 1994).

Arruabarrena y Ochotorena (1994) señalan que, al principio, el estudio del maltrato infantil se enfocaba casi exclusivamente en el análisis del maltrato de tipo físico. Lentamente, en las últimas décadas del siglo XX, se va produciendo una ampliación hacia otras formas de malos tratos, especialmente la negligencia física y el maltrato emocional. Sin embargo, el estudio de este último sufre un estancamiento por la falta de evidencias objetivas para su detección. Mientras tanto, se hace evidente el fenómeno del abuso sexual y éste se vuelve un tema de especial interés para la investigación.

El principal escenario del maltrato infantil siempre ha sido el hogar. Barudy (1998) señala que la violencia intrafamiliar implica una disfunción importante del sistema familiar en el cual se produce, así como de los sistemas institucionales y sociales que lo rodean.

Los victimarios son los miembros adultos del sistema familiar. En el maltrato físico y el abuso sexual infantil, estos adultos malversan sus responsabilidades y sus funciones biológicas y psicosociales respecto a cuidar a los niños, protegerlos y socializarlos, utilizándolos para sus propios fines. El abusador se aprovecha de la dependencia afectiva de la víctima, y a ésta última no le queda otra alternativa que aceptar la situación de abuso como legítima. Esta situación acarrea el riesgo de una perpetuación de los comportamientos maltratadores y de las ideologías que los sustentan, organizándose en una forma de cultura familiar que se transmitirá de generación en generación (Barudy, 1998).

a) Definición y tipos de maltrato infantil

Maltrato Infantil es un término que implica tanto las acciones físicas o psicológicas por parte de un tercero que provocan un daño al menor, como la omisión de las acciones necesarias para el bienestar del mismo. (Arruabarrena y Ochotorena, 1998). Dada la complejidad del fenómeno, han sido propuestas categorías para clasificar los malos tratos al niño, que incluyen el abandono o negligencia, el maltrato físico, el abuso sexual y el maltrato psicológico o emocional. A continuación se expone cada una de las categorías:

Abandono o negligencia

Se refiere a toda situación en la que las necesidades físicas y emocionales del niño no son atendidas por los adultos a cargo. Lo que provoca la no satisfacción de tales necesidades es siempre una *omisión* de ciertos comportamientos por parte de los responsables (Arruabarrena y Ochotorena, 1994).

Barudy (1998) resume esta situación como la falta o ausencia de respuesta de los adultos a las señales del niño. De acuerdo con Kempe y Kempe (1978), la percepción distorsionada de la madre acerca del niño como insaciable, potencialmente malo, y una amenaza constante, está ligada a la manera en que ignora las necesidades de su hijo. Sin embargo, a menudo un contexto de pobreza y/o aislamiento social rodea al sistema familiar negligente, lo cual suele coincidir con una historia personal de los padres marcada por la carencia.

Según Barudy (1998), estas fallas a nivel de las funciones parentales pueden ser resultado de tres dinámicas que se entremezclan:

- A) Biológica - trastorno del apego
- B) Cultural – transmisión intergeneracional de modelos de crianza inadecuados
- C) Contextual – Insuficiencia de recursos en el ambiente: pobreza, exclusión social, hacinamiento, falta de identidad de los miembros, familias monoparentales, padre ausente, alcoholismo, carencia educativa. Las familias pobres dedican su energía a sobrevivir; por tanto, no se puede esperar de ellas una organización sana ni funcional (Barudy, 1998).

La negligencia (o abandono) produce alteraciones emocionales en el niño. Éstas son esencialmente las siguientes:

- 1 *Baja autoestima y sentimiento de inferioridad.* Al niño le queda un sentimiento de inadecuación y falta de valía. Dado que no ha recibido nada, siente que no merece nada. Presenta una dificultad para mostrar placer y alegría, un sentimiento de

fracaso y vergüenza frente a sus dificultades de aprendizaje, así como una baja tolerancia a la frustración. Todo se resume en una inseguridad profunda.

- 2 *Vivencia depresiva.* El niño objeto de negligencia posee una visión del mundo que le es amenazante y poco segura, pues la parte del mundo más importante para él (los padres) lo rechaza. Esto genera en el niño sentimientos de frustración, hostilidad e inseguridad, los cuales son proyectados sobre el mundo exterior. De esta forma se produce un círculo vicioso de la vivencia depresiva y el resultado es una tristeza y ansiedad crónica. Una de las principales causas de la depresión infantil es la privación afectiva. Sin embargo, en los niños la depresión puede permanecer enmascarada por trastornos del comportamiento (Barudy, 1998).

Maltrato físico

Consiste en cualquier acción no accidental por parte de los padres o cuidadores que provoque daño físico o enfermedad en el niño, o le coloque en grave riesgo de padecerlo (Arruabarrena y Ochotorena, 1994).

El niño golpeado vive permanentemente en un clima de extrema inseguridad e indefensión, donde repentinamente emergen momentos de terror intenso provocados por las reacciones imprevisibles del padre violento o por la proximidad del momento en que el niño sabe que va a recibir una paliza (Barudy, 1998).

Según Barudy (1998), la sensación que predomina en el niño maltratado es la impotencia. El niño está completamente en manos de su padre agresor, de quien depende física y emocionalmente, y a menudo sin la protección de otro (ni siquiera de la madre, quien suele ser cómplice del padre). En este ambiente, el niño víctima aprende a considerar su impotencia como normal, aprende a dejarse llevar, a no reaccionar frente a la agresión.

“Su cuerpo ya no le pertenecía... su cuerpo pertenecía a sus padres torturadores” (Barudy, 1998, p.154).

El niño golpeado se sale de su cuerpo para no sentir el dolor físico. Como mecanismo defensivo, se escinde; su cuerpo pasa a ser algo ajeno. Más adelante no recuerda el dolor; sin embargo, esto no impide que las heridas queden inscritas en la “memoria corporal” (Jeddi, 1982, en Barudy, 1998).

Las consecuencias psicosociales del maltrato físico en el niño se pueden resumir en las siguientes:

- 1 *Trastornos de la identidad.* El niño golpeado se siente malo, inadecuado.
- 2 *Baja autoestima.* Presenta sentimientos de inferioridad, de ser incapaz. Esto se expresa por comportamientos tímidos y miedosos, o al contrario, por un intento de compensar con conductas agresivas o antisociales con las que trata de llamar la atención.
- 3 *Ansiedad, angustia, depresión.* La angustia puede presentarse sola o acompañada con los componentes del síndrome de estrés postraumático. Al igual que los niños abandonados, los niños golpeados desarrollan sentimientos de depresión y de desesperación, a veces con comportamientos autodestructivos que incluyen la automutilación. Perciben el mundo como inseguro y amenazante; por lo tanto, desconfían de él. Estos niños se vuelven recelosos (Barudy, 1998).

Abuso sexual

Se define como cualquier clase de contacto sexual por parte de un adulto hacia un menor, desde una posición de poder o autoridad sobre éste último. El niño puede ser utilizado para la realización de actos sexuales o como objeto de estimulación sexual (Arruabarrena y

Ochotorena, 1994). En la categoría de abuso sexual se incluyen los tocamientos intencionados en zonas de naturaleza sexual (con o sin agresión), exposición de pornografía, prostitución del menor, exhibicionismo, masturbación en presencia del menor, o solicitudes indecentes (Soriano, 2001).

El agresor ejerce un control sobre la víctima a través de la intimidación, la sugestión, las mentiras, el chantaje emocional, y/o la violencia. En el abuso intrafamiliar, la víctima depende de manera vital de su abusador. Se encuentra en una situación de enorme dependencia y sin una distancia afectiva y social que le permita defenderse de su abusador. Se genera así en la víctima un sentimiento de impotencia que procede de la dependencia, de la asimetría en la relación de poder y del aprendizaje forzado de la sumisión impuesta por el adulto (Barudy, 1998).

Barudy (1998) señala que el niño abusado sexualmente vive experiencias extremas, las cuales implican fuertes emociones en las que el goce sexual se combina con la manipulación de los lazos afectivos, la culpa, así como amenazas que obligan al silencio y el secreto. En este contexto, el niño no puede apoyarse ni sobre sí mismo ni sobre su red social; se queda solo, a merced de su abusador.

El abuso sexual produce las siguientes consecuencias conductuales y psicosociales en el niño:

- 1 *Conflictos con la sexualidad.* El niño suele presentar conductas sexualizadas y conocimientos sexuales inadecuados para su edad, así como miedo a las personas del otro sexo.
- 2 *Problemas conductuales y sociales.* Aparecen cambios repentinos de humor y comportamiento, conductas regresivas, actitudes que oscilan entre la desconfianza y la necesidad de atención, conducta antisocial agresiva hacia los pares, retraimiento social.

- 3 *Ansiedad, angustia, depresión.* La angustia y la sensación de temor suelen acompañarse del síndrome de estrés postraumático. Además, al igual que los niños abandonados y golpeados, los niños abusados sexualmente desarrollan sentimientos de depresión y de desesperación, a veces con comportamientos autodestructivos. Su vivencia depresiva está ligada a sentimientos de vergüenza y culpa, lo cual produce una disminución en la autoestima.

- 4 *Pesadillas, fobias, trastornos somáticos.* La vivencia traumática del niño abusado sexualmente suele generar trastornos del sueño y de la alimentación, y en ocasiones ciertas fobias (Cantón y Cortés, 1997).

Maltrato psicológico o emocional

Se refiere a la hostilidad verbal en forma de crítica, insulto, desprecio o amenaza de abandono, y constante bloqueo de las iniciativas de interacción infantiles (desde la evitación hasta el encierro o confinamiento) por parte del adulto a cargo (Arruabarrena y Ochotorena, 1994). La palabra es utilizada sistemáticamente para manipular y/o destruir el mundo de los niños (Barudy, 1998).

Este tipo de maltrato suele estar asociado tanto a la violencia física como a la sexual. Barudy (1998) señala que los niños maltratados reciben golpes que duelen, pero además los reciben en un contexto de terror y desprotección donde las relaciones de poder son profundamente desiguales. Lo más traumático para el niño es precisamente el ambiente de tensión y terror latente en la familia.

El problema del maltrato psicológico es la dificultad para ser detectado; suele pasar desapercibido por no dejar marcas físicas. Sin embargo, sus efectos pueden ser devastadores para el desarrollo emocional del niño. Entre estos efectos podemos encontrar los siguientes:

- 1 *Problemas conductuales y sociales.* Se genera en el niño víctima de maltrato psicológico una inseguridad profunda que afecta su manera de relacionarse con los demás. Su actitud suele ser retraída y antisocial, y puede presentar conductas excesivamente infantiles o demasiado adultas.
- 2 *Ansiedad, angustia, depresión.* El niño se vuelve pesimista y suele sufrir de ansiedad y/o depresión crónicas.
- 3 *Baja autoestima.* La educación represiva que recibe lo convierte en un niño excesivamente rígido y conformista, con una constante preocupación por complacer a las figuras de autoridad. Aprende a sacrificar sus propios deseos y autoestima para no entrar en conflicto.
- 4 *Trastornos somáticos.* El tormento psicológico puede generar en el niño una ansiedad tal, que desarrolle trastornos del sueño y/o problemas de control de esfínteres (Cantón y Cortés, 1997).

b) Factores culturales y sociales asociados al maltrato infantil

Quizá no sea acertado hablar de *causas* concretas del maltrato infantil, pero sí de *condiciones* o *factores* que fácilmente promueven comportamientos maltratantes de los padres hacia los hijos. Estos factores pueden englobarse en culturales y sociales, y se describen a continuación:

Factores culturales:

La transmisión intergeneracional del maltrato

Se puede decir que la transmisión intergeneracional de modelos de crianza inadecuados es el principal determinante cultural del problema del maltrato infantil. De acuerdo con Arruabarrena y Ochotorena (1996), la experiencia de los padres como víctimas de maltrato

en su propia infancia aumenta la probabilidad de que abusen de los hijos. El psicoanálisis entiende el fenómeno del maltrato infantil con base en esta premisa teórica.

La teoría del apego de Bowlby (1983) también ha analizado la transmisión intergeneracional aplicando el constructo de los modelos internos de funcionamiento. Las experiencias infantiles de maltrato constituirían una predisposición a que la relación con los propios hijos se establezca sobre la base de la relación con la imagen de sí mismo como niño (Arruabarrena y Ochotorena, 1996).

Bowlby (1989) afirma que una proporción significativa de niños rechazados y maltratados crecen perpetuando el ciclo de la violencia familiar, pues siguen respondiendo a las situaciones sociales con las mismas pautas de conducta que desarrollaron en la primera infancia.

Algunas de las pruebas más claras respecto al importante papel que desempeña la experiencia infantil para determinar el modo en que un progenitor trata a un niño surgen de estudios de padres que han maltratado a sus hijos físicamente (Parker y Colmer, 1979, en Bowlby, 1989). En otras investigaciones sobre maltrato infantil (Morris y Gould, 1963; Steele y Pollock, 1968; Green, Gaines y Sandgrun, 1974; DeLozier, 1982; en Bowlby, 1989) se ha observado en adultos la tendencia a exigir cuidado y atención por parte de sus propios hijos, es decir, a invertir la relación. Durante las entrevistas describieron cómo, de niños, se les había hecho responsables de cuidar a sus padres.

Por otro lado, desde el aprendizaje social se ha utilizado la idea de la transmisión intergeneracional del maltrato para apoyar la hipótesis de la ausencia de habilidades aprendidas para el manejo de las conductas de los niños y de la utilización del castigo como exponente de la única estrategia aprendida (Wolfe, 1985, en Arruabarrena y Ochotorena, 1996).

Factores sociales:

Una perspectiva ecológica

Desde una perspectiva ecológica de la violencia intrafamiliar, Barudy (1998) habla del problema de la acumulación de situaciones generadoras de tensión y estrés, a menudo acompañadas de una insuficiencia de recursos culturales, sociales y económicos que permitan afrontar este problema. Ejemplos de situaciones estresantes, cuya combinación crea condiciones que facilitan el maltrato, son el embarazo en adolescentes, la maternidad en solitario, el aislamiento, el desempleo, la pobreza, el hacinamiento, y la marginación ligada a la emigración.

Garbarino y Eckenrode (1999) consideran el maltrato infantil como un indicador social e intentan relacionarlo con otras fuerzas y factores que operan en la sociedad. La desigualdad económica es parte importante del origen de la violencia dentro de las familias menos favorecidas. Las condiciones precarias de vida agravan las deficiencias y puntos vulnerables de los padres, y en contraste, una condición privilegiada ayuda a contrarrestar los problemas. Warren (1980) estudia también la forma en que influyen los entornos a favor o en contra de las familias. Por su parte, Gil (1970) señala que los bajos ingresos económicos en una familia aumentan su vulnerabilidad (Garbarino y Eckenrode, 1999).

“Cuando el entorno brinda un apoyo sostenido, se produce el crecimiento y la adaptación creativa. Cuando el entorno no da protección o existen carencias, se genera estrés y el funcionamiento adaptativo puede verse obstaculizado” (Germain, 1978, en Garbarino y Eckenrode, 1999).

A grandes rasgos, la tesis de Garbarino y Eckenrode (1999) es la siguiente: los factores económicos afectan la suficiencia de los recursos personales y, por lo tanto, la importancia compensatoria de los recursos sociales para una parentalidad exitosa. La perspectiva ecológica arroja luz sobre el maltrato infantil, dirigiendo la atención hacia familias empobrecidas en términos personales y que residen en lugares empobrecidos en términos sociales: familias y vecindarios de alto riesgo. Por un lado, los valores y actitudes

familiares que ponen a los niños en riesgo de maltrato se ven acentuados por las tensiones que genera el empobrecimiento social. Por otro lado, la segregación residencial basada en factores socioeconómicos constituye una seria amenaza para el bienestar familiar porque genera concentraciones de familias de bajos recursos con un alto grado de necesidades. En un contexto social así, faltan personas cuyas necesidades estén lo suficientemente resueltas como para que puedan servir de ayuda a los demás (Garbarino y Eckenrode, 1999).

En palabras de Barudy (1998), en este tipo de sistema familiar los recursos propios de las funciones de “padre” y “madre” se ven desviados hacia otras funciones que aparecen como prioritarias y urgentes para los adultos. Este autor señala que la mayoría de los casos de niños víctimas de negligencia se presentan en familias que viven en lo que él denomina una *ecología de la supervivencia*, caracterizada por una situación crónica de pobreza, exclusión social y marginación.

“La pobreza crea un contexto de vida para los niños y sus familias que les obliga a desarrollar una serie de comportamientos y de creencias que a menudo se transmiten de generación en generación y que corresponden a respuestas adaptativas a esta situación injusta y carenciada” (Barudy, 1998, p.97).

Estas familias viven con carencias crónicas de alimentación, higiene, vestido, techo, atención médica, educación, etc. El conjunto de necesidades básicas conforma una realidad concreta en la que se construye un modo de vida basado en estrategias destinadas a subsistir. Bajo este esquema, el bienestar afectivo de los niños pasa a segundo término.

A la pobreza, además, suelen asociarse problemas como el de la crianza de los niños en familias monoparentales, generalmente de madres solteras o que participan de modelos matriarcales donde la presencia del hombre es inconsistente. Estas madres tienen que afrontar solas la educación de los hijos, lo cual implica mantenerlos económicamente y al mismo tiempo proveerles cariño y atención. El estrés que experimenta cualquier familia se intensifica cuando un solo adulto carga con toda la responsabilidad y, de esta manera, aumenta la probabilidad de maltrato a los niños (Arruabarrena y Ochotorena, 1996).

Santiago Ramírez (1977) analiza la familia mexicana y describe como una constante el hecho del abandono del padre, que cuando presente, fue alcohólico y violento. Estas mujeres abandonadas suelen encontrar una nueva pareja, repetir el mismo ciclo, y así sucesivamente hasta que se produce como resultado una familia con muchos niños, una madre abrumada y varios padres ausentes.

En esta dinámica, entonces, es común que haya un padrastro en la casa. Mediante diversas investigaciones se ha observado que la presencia de una figura paterna masculina sin relación biológica constituye un factor de riesgo de maltrato infantil. El abuso físico y sexual se produce de manera muy frecuente en aquellas familias en que los hijos conviven con un hombre que no es su padre (Krugman, 1985; Margolin, 1992; Daly y Wilson, 1981; en Arruabarrena y Ochotorena, 1996). Margolin (1992) encontró en un estudio que la mayor parte de los casos de maltrato físico perpetrados por personas no relacionadas genéticamente con los niños se dan en familias de madre soltera, cometidos casi siempre por el compañero de la madre. La explicación de este fenómeno puede ser muy compleja: la ausencia de legitimación del estatus de padre del compañero de la madre puede dificultar la relación y el establecimiento de patrones de disciplina adecuados. La competencia entre los dos subsistemas que aparecen en estas familias (madre/compañero y madre/hijos) puede llegar a ser muy conflictiva (Barudy, 1998).

A partir de todo lo anterior, se puede ver que el enfoque ecológico nos ayuda a entender el maltrato infantil considerando no sólo la psicología de la familia, sino también la organización de nuestras sociedades que por su estructura y funcionamiento generan grandes problemas sociales. Según Garbarino (1999), este es un enfoque que va más allá de la orientación individualista que predomina en la teoría y las políticas sociales.

I. 2 Apego y maltrato infantil

a) Teoría del apego

El apego es el lazo afectivo con las figuras primarias. De acuerdo con Bowlby (1959), el ser humano está programado genéticamente para comportarse durante los primeros años de vida de forma que logre la proximidad y el contacto con el adulto que le cuida, para garantizar de esta forma su protección y con ello la supervivencia y la de su especie (Díaz, Segura y Royo, 1996).

La teoría del apego surge a partir de una revisión de la teoría psicoanalítica, y ha sido fuertemente influida por principios biológicos, con énfasis en la etología y la teoría evolucionista.

En este planteamiento etológico se encuentra implícita la suposición de que la conducta de crianza, como la conducta de apego, está determinada biológicamente para desarrollarse en cierta dirección cuando las circunstancias lo permiten. Según Bowlby (1989), las raíces biológicas explican las fuertes emociones asociadas a la crianza y al apego, pero la forma que estas conductas adquieren en cada individuo depende de sus experiencias particulares. Es decir, se produce una combinación entre lo instintivo y el aprendizaje; la herencia y el ambiente. Bowlby considera la conducta de crianza y el apego como sistemas independientes, tanto del instinto sexual como del instinto de alimentación. Esto contrasta con la teoría tradicional de la libido, en la que todas son expresiones de un único impulso (Bowlby, 1989).

Antes de Bowlby se afirmaba que la razón por la cual un niño desarrolla un estrecho vínculo con su madre radica en que ella lo alimenta. Sin embargo, a partir de ciertos hallazgos científicos esa idea empezó a ser descalificada. Lorenz (1935) realizó un trabajo sobre la respuesta de seguimiento de los patitos y los ansarinos, en el que observó que podía generarse un fuerte vínculo con una figura materna individual, sin el alimento como intermediario (ya que estas crías no son alimentadas por los padres sino que se alimentan a

sí mismas atrapando insectos). Por otro lado, Harlow (1959), en un estudio con macacos de la India, encontró que las crías muestran una marcada preferencia por una madre ficticia de consistencia suave, a pesar de que no brinda alimento, en lugar de una dura que sí lo proporciona. En estos hallazgos había un modelo alternativo que podía adaptarse al caso de los seres humanos. Bowlby (1959) aplica estos principios etológicos a sus problemas clínicos y se da cuenta de que funcionan, con lo cual da lugar a todo un enfoque prometedor en la comprensión del apego humano (Bowlby, 1989).

De esta forma, se conceptualiza el apego como una tendencia biológica cuya función es la protección. Dicha función es adaptativa, pero independiente de otras conductas instintivas, y mediada por una relación de tipo emocional. El ser humano adulto debe ser capaz de brindar protección y seguridad al niño, y para esto es necesario que el trato sea afectuoso y cálido. El niño, por su parte, de manera natural debe buscar los cuidados del adulto (Bowlby, 1989).

Al principio de la vida, esta búsqueda de cuidados se da en forma pasiva. Las señales infantiles como el llanto tienen la función universal de atraer a la madre y lograr su proximidad. Tales señales son elicitadas por situaciones estresantes (ruidos fuertes, personas u objetos extraños, molestia interna, quedarse solo). Una vez que el contacto corporal es obtenido, el llanto tiende a terminar y emergen otras conductas como sonreír o vocalizar, que funcionan para mantener dicho contacto y procurarse una sensación de seguridad.

Cuando el adulto responde con sensibilidad y consistencia a las demandas de atención del niño, le ayuda a desarrollar una confianza básica en sí mismo y en los demás. Como consecuencia de la interacción entre el niño y su cuidador, el niño construye modelos internos: de sí mismo y de la figura de apego. Dichos modelos determinarán su autoconcepto, su forma de percibir a las figuras futuras y su manera de relacionarse con ellas (Crittenden y Ainsworth, 1989).

De acuerdo con Bowlby (1975), podemos hablar de lazos de apego a partir de los 6 meses de edad, cuando el niño ya discrimina a una figura primaria, haciendo lo posible por mantener la proximidad con ella y no con otras figuras. Emerge la “protesta de separación” cuando el pequeño es alejado de la figura de apego. Esta actitud requiere del surgimiento de la noción de *permanencia de objeto*, ya que la queja del niño es un intento para hacer que vuelva el objeto ausente (si hubiera desaparecido, sería inútil quejarse) (Díaz, Segura y Royo, 1996).

Antes de la mitad del primer año, los niños se adaptan fácilmente a los cambios en el ambiente donde viven (Ej. En las adopciones). Después es más difícil, pues ya han creado un apego (Bowlby, 1979).

Ainsworth (1978) diseña un procedimiento denominado “Situación extraña” para evaluar la calidad del apego en niños menores de dos años. El objetivo es observar los recursos que el niño emplea para afrontar la separación de la figura de apego y su capacidad de utilizarla como base de seguridad en la exploración de objetos nuevos y en la interacción con adultos extraños (López, 2003).

A partir de sus investigaciones, Ainsworth (1978) plantea la existencia de tres estilos diferentes de apego, en función de la actitud que el niño presenta ante el reencuentro con la madre después de haber sido separado de ella, así como su conducta hacia adultos extraños y objetos nuevos. El estilo de apego puede ser seguro o inseguro, y en el segundo se presentan dos opciones distintas: apego evitativo y apego ansioso-ambivalente. A continuación se define cada uno de los 3 estilos de apego:

- 1) *Apego seguro* (tipo B). El niño explora activamente el entorno en presencia de la madre, y en su ausencia, después de un breve momento de inseguridad recupera la conducta de exploración. En el reencuentro con la madre expresa alegría y busca activamente su contacto. Dicho contacto le permite volver a explorar.

- 2) *Apego evitativo* (tipo A). El niño manifiesta escasa o nula ansiedad ante la separación y apenas expresa afecto o tensión en el reencuentro con la madre, explora sin interactuar con ella, y tiende a evitarla en las condiciones que tendrían que activar su búsqueda.

- 3) *Apego ansioso-ambivalente* (tipo C). El niño explora muy poco incluso en presencia de la madre, no se aleja de ella. Muestra una ansiedad intensa ante la separación, y al volver a encontrarse con ella manifiesta una actitud ambivalente: por una parte busca y procura mantener la proximidad y el contacto con ella, pero a la vez muestra oposición y rechazo. Asimismo, la presencia de la madre no parece consolarlo tras la experiencia de separación (Díaz, Segura y Royo, 1996).

Como se puede ver, los estilos de apego son definidos esencialmente según la presencia o ausencia de dos diferentes actitudes: la ansiedad y la evitación. El niño con un estilo seguro no presenta ninguna de las dos actitudes, y los estilos inseguros manifiestan únicamente una de las dos, pues son actitudes contradictorias entre sí (López, 2003). Más adelante hablaremos sobre la existencia de un cuarto estilo de apego en el que se hace posible dicha contradicción.

En sus experimentos de “Situación extraña”, una de las cuestiones que estudió Ainsworth (1978) son las diferencias culturales en cómo la separación de la madre afecta a los niños. El alejamiento de la madre siempre genera estrés en un bebé, pero éste es experimentado de diferente manera y en distinto grado, dependiendo del individuo, así como de la cultura a la que pertenezca. Así, un estudio transcultural puede ser abordado tanto cuantitativa como cualitativamente: se puede evaluar, por un lado, la cantidad de estrés experimentado ante la separación de la madre, y por otro lado, las distintas maneras de interpretar o experimentar dicha separación (Díaz, Segura y Royo, 1996).

A partir de cierta edad (aproximadamente los 3 años de vida), el sentido de seguridad del niño ya no debe depender tanto de la presencia física de la madre, como de la confianza que

ella es capaz de generar. Si el niño se siente seguro en su relación con la madre, cuenta con una base desde la cual explorar el mundo sin temor (Ainsworth, 1976, en Bowlby, 1989).

Sin embargo, aunque el individuo vaya avanzando en su desarrollo emocional, la percepción de señales de peligro (ruido intenso, imagen indefinida en la oscuridad, etc.) siempre provocará de manera natural la búsqueda de proximidad con alguna figura de apego (Bowlby, 1989).

De acuerdo con Crittenden y Ainsworth (1989), el sistema de apego funciona principalmente como un sistema de mantenimiento de la seguridad. La experiencia con el entorno físico y social, que se da gracias a una figura de apego de referencia, es crítica para el desarrollo cognitivo, emocional y social del niño. Este sistema de apego, que en condiciones sanas provee confianza y seguridad al niño, puede estar distorsionado en casos en que la figura primaria no cumpla con su función protectora de alguna u otra forma, es decir, en casos de maltrato infantil.

b) Relación entre apego y maltrato

En este apartado se expone la relación existente entre apego y maltrato infantil, primero de manera general, para después describir el fenómeno del apego desorganizado, la formación de modelos mentales en niños maltratados, así como la dinámica del maltrato.

Además de los estudios etológicos con animales, otra contribución importante para el surgimiento de la teoría del apego fueron ciertas investigaciones sobre *deprivación materna* y los efectos de la institucionalización en el desarrollo de los vínculos afectivos (Díaz, Segura y Royo, 1996).

Bowlby (1953) intentaba entender el funcionamiento alterado de individuos que experimentaron pérdidas traumáticas o separaciones tempranas. Se dio cuenta de que en una institución de acogida infantil, aunque se cubran las necesidades básicas del niño, el

déficit afectivo es muy grande y con consecuencias a largo plazo. El niño no sólo requiere de alguien que lo alimente, sino de una figura protectora estable (Díaz, Segura y Royo, 1996). En diferentes estudios se ha demostrado la importancia del contacto físico para la creación y mantenimiento del apego (Harlow y Zimmerman, 1959; Schaffer y Emerson, 1964, en Bowlby, 1989).

Schneider-Rosen y Braunwald (1970) estudiaron el apego en poblaciones infantiles atípicas, como lo es la de los niños maltratados. El estudio de las poblaciones atípicas tiene implicaciones para las teorías sobre el desarrollo normal; es importante trabajar con los extremos (niños maltratados / niños no maltratados) para poder entender bien el fenómeno de la crianza y sus consecuencias (Rueda, López y Linaza, 2000).

Cuando el niño es maltratado por las propias figuras de apego, el conflicto es grave, pues quienes tienen la función de proteger no lo hacen, y más bien representan una inseguridad o incluso peligro para el niño. “La principal función del apego es proveer la protección y supervivencia de la criatura joven, que es precisamente la que está en riesgo en casos de maltrato” (Crittenden y Ainsworth, 1989, p. 371). Un niño siempre desarrollará lazos de apego hacia sus padres, aunque sea maltratado por ellos. La dependencia biológica y psicológica de los niños y su vulnerabilidad en las relaciones de poder con los adultos constituye un contexto favorable para que los padres abusen de los hijos (Barudy, 1998).

Los niños pueden comportarse de manera positiva con aquellas personas que los maltratan. En realidad, estos niños siguen buscando el amor de sus padres, a no ser que hayan perdido la esperanza. Pueden no conocer otra clase de atenciones y, por tanto, aceptarán la violencia como algo natural (Kempe y Kempe, 1978).

“Todo está preparado para crear una dinámica de abuso y transmitirla de generación en generación. Nadie establece límites al poder ejercido de uno sobre otro. Al igual que sus padres, el niño entrará a la edad adulta con el cuerpo traumatizado y con una parte de su vivencia alienada para poder seguir manteniendo una imagen idealizada de sus padres” (Miller, 1986, en Barudy, 1998, p.83).

De acuerdo con Crittenden (1985), la conducta de los niños maltratados está organizada como un intento por resolver el conflicto entre la necesidad de proximidad con la madre y las expectativas de las reacciones de ésta. La tendencia a buscar protección siempre existe de alguna u otra forma, pero la falta de sensibilidad de la madre produce alteraciones importantes en el estilo de apego que el niño desarrolla (Díaz, Segura y Royo, 1996).

La mayoría de las investigaciones realizadas sobre los efectos emocionales que el maltrato produce en los niños pequeños giran en torno a las dificultades que implica para el establecimiento de una relación segura con la figura de apego. El estudio longitudinal más importante llevado a cabo sobre el desarrollo del apego en niños maltratados es el “Minnesota Mother-Child Project” (Egeland y Sroufe, 1981; Ericsson y cols., 1989; en Díaz, Segura y Royo, 1996). En esta investigación se encontró que la falta total de disponibilidad de la madre (abandono emocional) es la situación de maltrato que genera mayores problemas de apego. Según este resultado, el maltrato físico resulta menos perjudicial que la ausencia de contacto (Díaz, Segura y Royo, 1996).

A partir de diferentes estudios sobre el apego en niños maltratados, se planteó la necesidad de agregar una categoría más a la clasificación de estilos de apego propuesta por Ainsworth (1978). Es así como surge la noción de *apego desorganizado*.

Apego desorganizado

Se denominó *apego desorganizado* (tipo D) a los esquemas inconsistentes de apego. Los niños A, B, C, poseen una estrategia coherente para lidiar con el estrés y la separación. Los niños de apego desorganizado, en cambio, muestran conductas tanto ansiosas como de evitación: buscan proximidad y en seguida se alejan, y suelen aparecer como aturcidos y desorientados al reunirse con la madre o con el adulto extraño. La secuencia de su conducta está desorganizada y sus movimientos carecen de dirección, manifestando además un estado emocional depresivo (Crittenden y Ainsworth, 1989).

La actitud insensible de la figura primaria es la que lleva a respuestas con elementos contradictorios, una característica fundamental del apego desorganizado. El miedo desempeña también un papel importante en el desarrollo de este tipo de apego, pues al estar constantemente amenazado de castigo, el niño pierde naturalidad en su conducta y se vuelve receloso. La activación simultánea de los dos sistemas conductuales, miedo/recelo y apego, produce en el niño una motivación contradictoria de aproximación al cuidador en busca de alivio y de retirada de él para su seguridad. Lo que marca un apego desorganizado es esta ambivalencia. El bloqueo, aturdimiento y pasividad característicos se producen al activarse simultáneamente y con la misma intensidad los deseos opuestos de aproximación y de evitación de la figura de apego (Main y Solomon, 1990, en Cantón y Cortés, 1997).

Según Crittenden y Ainsworth (1989), un patrón desorganizado de apego infantil resulta de la inconsistencia de la conducta materna, más que del maltrato en sí. Cuando la conducta de la madre está severamente alterada, pero de una manera consistente, el niño tiene una base para desarrollar expectativas y una necesidad de adaptarse a condiciones desagradables e insatisfactorias. En cambio, si la madre es voluble en su forma de reaccionar, impide al niño predecir respuestas y le genera una inseguridad y conductas contradictorias, caóticas.

Una combinación de negligencia-maltrato es lo que más daño causa al niño en su desarrollo emocional, pues es difícil que prediga la reacción que tendrá el cuidador en cada momento (a veces ignora y a veces castiga), y por lo tanto, no será fácil crear un modelo mental de cómo es el otro. El modelo de sí mismo será el de alguien que no hace nada bien, pues la respuesta que obtiene nunca es la esperada ni deseada (Crittenden y Ainsworth, 1989).

En el desarrollo emocional infantil, la construcción de modelos mentales se va realizando mediante las relaciones de apego. Y si el sistema de apego está alterado por el maltrato, los modelos mentales se formarán distorsionadamente.

Apego y modelos mentales en niños maltratados

Para un niño cuyas experiencias con figuras de apego han sido seguras, la tarea de integrar experiencias en un esquema generalizado de modelos es relativamente simple. Las experiencias ocasionales de desilusión, frustración o ansiedad no interfieren con la naturaleza positiva de los modelos. Sin embargo, para el niño cuyas experiencias lo han conducido a apegos inseguros, la tarea de la integración es más difícil. Bowlby (1973, 1980) sugiere que un niño así puede formar múltiples modelos de tan solo una figura de apego. Entonces, una madre inconsistente, que en ocasiones ofrece su protección y a veces ignora o rechaza, puede generar en el niño dos modelos de ella: una responsiva y otra rechazante, y dos modelos de sí mismo como consecuencia: uno que es digno de cariño y el otro que no lo es (Crittenden y Ainsworth, 1989). Se produce así una disociación en la psique del individuo, que recuerda a la fase esquizo-paranoide propuesta por Klein, la cual debe ser superada en el desarrollo para evitar una psicosis (Bleichmar y Leiberman, 1989).

De acuerdo con Crittenden y Ainsworth (1989), la desorganización observada en los niños maltratados puede resolverse para la edad de 6 años hacia un patrón organizado. Estos autores sugieren que los niños pequeños organizan su conducta más fácilmente si el comportamiento de la madre es predecible, sin importar qué tan sensible o apropiado sea. Pero que los niños más grandes, que han tenido que lidiar con inconsistencias mayores, eventualmente integran tal información (las mismas inconsistencias) dentro de su esquema de expectativas y desarrollan un patrón organizado de respuesta.

Conforme el niño progresa en el lenguaje, los modelos que crea ya no se basan solamente en la secuencia de episodios de experiencia; la integración y generalización son apoyadas por procesos conceptuales. Las formulaciones conceptuales ahora reemplazan a los episodios de experiencia de donde se originaron. El niño suele basar tales formulaciones conceptuales en ciertos mensajes de los padres, que en ocasiones son generalizaciones contundentes: “Eres malo, “eres tonto”, “no sirves para nada”. Un niño a quien constantemente se le dice que es malo y se le castiga “por su propio bien”, puede tener un modelo de su madre como una persona “buena”, interesada en la educación de su hijo, y un

modelo de sí mismo como malo y poco valioso. Este esquema mental derivado de los mensajes verbales suele ser más accesible a la conciencia que el modelo basado en experiencias o hechos. La realidad de una madre dura y rechazante puede ser fácilmente distorsionada en la mente del niño cuando los mensajes verbales dicen otra cosa, y esto es algo que ocurre frecuentemente con los niños maltratados, que en vez de enojo sienten culpa hacia los padres maltratantes.

El niño maltratado necesita contar con alguna figura alterna de apoyo; tener algún vínculo positivo durante la infancia que, además de ayudarlo a lidiar con experiencias difíciles, a largo plazo sirva como imagen positiva en los modelos que cree de sí mismo y del otro. Un apoyo de este tipo aumenta la probabilidad de que el niño sea capaz de formar relaciones sanas en el futuro. En pocas palabras, existe la necesidad de un modelo que compense al que está dañado por la figura que maltrata (Crittenden y Ainsworth, 1989).

El maltrato infantil se produce dentro de una dinámica relacional entre el niño y su figura de apego. Las dificultades que conlleva la maternidad y paternidad, aunadas a la vulnerabilidad del niño, constituyen los elementos que propician el desarrollo de la dinámica de maltrato.

Dinámica del maltrato

De acuerdo con la teoría psicoanalítica, el niño presenta de manera natural sentimientos ambivalentes hacia la madre, que es el primer objeto de amor. La ambivalencia se mueve del amor al odio, según si la madre satisface o frustra los deseos del niño. Para Bowlby (1956), uno de los mayores efectos de la privación materna es la intensificación del conflicto de ambivalencia. Este aumento en la intensidad, tanto de la demanda libidinal como del enojo y odio, puede producir daños en el desarrollo de la personalidad del niño (Bowlby, 2003).

Según Bowlby (2003), para tener un desarrollo emocional sano, el niño debe expresar sus pasiones (tanto positivas como negativas) abiertamente, y los padres deben ser capaces de aceptar con ecuanimidad tales expresiones. Es importante que los padres sean lo suficientemente fuertes emocionalmente como para no sentirse ofendidos por el hijo cuando éste expresa su agresión. Deben entender que, entre más comprensión puedan brindarle al pequeño, éste tendrá menos motivos para guardar hostilidad. En un ambiente de tolerancia se favorece el autocontrol en el niño, mientras que la represión y coerción lo que generan es temor y sumisión, pero en el fondo un aumento de la agresividad.

La capacidad para lidiar con situaciones estresantes influye en la organización de conductas de apego en la díada niño-cuidador, así como en la estabilidad de la relación de apego (Bretherton, 1985).

El niño desde que nace es sumamente sensible a las actitudes de la figura de apego; entonces, puede percibir la ansiedad de la madre y siente cuando ésta no es hábil para atenderlo o no lo hace con cariño. Muchas de las dificultades de los padres parten de su inhabilidad para regular su propio conflicto de ambivalencia arrastrado desde la infancia. El ser padre despierta sentimientos de amor, devoción y posesividad, pero al mismo tiempo rechazo y hostilidad hacia el hijo. Es una ambivalencia similar a la que se experimentó hacia los propios padres en el pasado. La re-emergencia de sentimientos ambivalentes es manejada, sin ser consciente de ello, mediante los métodos precarios que se utilizó en la infancia. El recurso de la proyección es muy común: la madre atribuye sus propias fallas al hijo y, como consecuencia, lo percibe como una amenaza (Bowlby, 2003).

Según Crittenden y Ainsworth (1989), el problema en el maltrato infantil gira en torno a la percepción e interpretación de la realidad. La madre con conflictos de apego interpreta mal las señales del hijo, por lo tanto no responde apropiadamente a ellas. Y el niño, al no tener sus necesidades satisfechas, no está contento y entonces no puede complacer a su madre. En ocasiones el pequeño expresa su insatisfacción con enojo, y esto es interpretado por la madre como un rechazo hacia ella, como un mensaje de “no eres una madre adecuada”

(porque en el fondo ella se da cuenta de que, en efecto, no lo es). Esta situación genera en ella un sentimiento de frustración que puede dar lugar a arranques violentos contra el hijo.

Como resultado de los malos tratos recibidos, el niño crea, a su vez, modelos mentales distorsionados y, por tanto, también presentará problemas en la interpretación de lo que ocurre en su entorno. El niño maltratado se vuelve defensivo, está condicionado a esperar ataques continuamente (Crittenden y Ainsworth, 1989).

Sin embargo, la manera de “defenderse” puede tomar distintas formas. Crittenden y DiLalla (1988) observaron en niños maltratados, en su segundo año de vida, dos esquemas diferentes de respuesta:

- 1) Negativo, de resistencia
- 2) Complaciente compulsivo

Según estos autores, es muy probable que la conducta complaciente logre evitar el maltrato más que la conducta de resistencia (que probablemente lo aumentará). El niño complaciente ha aprendido a adaptarse a su madre. Primero, inhibiendo señales de enojo y, después, aprendiendo a tolerar la interferencia de la madre sin quejarse e incluso complaciendo sus deseos. Es una manera de responder al cuidador, cuyo fin es reducir la posibilidad de abuso o negligencia subsecuente (Díaz, Segura y Royo, 1996).

Haciendo esto, el pequeño cambia la naturaleza de la interacción con su madre, del enojo mutuo a la cooperación superficial y complacencia. Sin embargo, estas conductas que se originan como mecanismos defensivos y adaptativos, acaban formando parte de la personalidad del niño (Díaz, Segura y Royo, 1996). El niño crea un modelo interno que le indica que para ser apreciado necesita olvidarse de sus propias necesidades y atender a las de los demás (Kempe y Kempe, 1978).

El aprendizaje de un esquema sumiso y complaciente de respuesta implica una alteración importante del desarrollo emocional: son niños que presentan una dificultad para reconocer sus propios sentimientos y para hablar de ellos, están insatisfechos con ellos mismos,

suelen pensar que son malos, tontos, y se sienten como una carga para los demás (Kempe y Kempe, 1978). Al no tener ningún tipo de satisfacción garantizada, tienen que estar siempre alerta para evitar disgustos y en un esfuerzo constante por intentar agradar (Barudy, 1998).

Kempe y Kempe (1978) afirman que el sintomático comportamiento del niño maltratado o descuidado es su modo de ajustarse a las expectativas de sus padres. Dichas expectativas suelen ser imposibles de alcanzar porque lo que se les exige es, básicamente, que no se comporten como niños. Las atenciones que el niño reciba y la medida en que escape a los malos tratos dependen del grado de adaptación de su estilo a dichas expectativas. “Al parecer, el mejor modo que tienen muchos niños de obtener alimento, atención y cuidados en un ambiente hostil de este tipo consiste en una total sumisión a los deseos de los padres” (Kempe y Kempe, 1978, p.67). El “cariño” que brindan los padres maltratantes es un cariño condicionado (Kempe y Kempe, 1978).

Como ya se mencionó, los mecanismos defensivos que desarrollan los niños maltratados para adaptarse a la situación que viven implican una distorsión de la realidad. De acuerdo con Kempe y Kempe (1978), un niño con un estilo defensivo complaciente percibe al otro como poderoso, aunque quizá “bueno” y justo, y a sí mismo como “malo”, culpable. Niega sus propios deseos y sentimientos, reprime su enojo, y al final es la ansiedad la sensación que prevalece.

Es común que el niño maltratado defienda y proteja al padre que lo arremete. Se ha visto en investigaciones sobre abuso infantil (Flanzraich y Dunsavage, 1977; Morris y Gould, 1963; Steele y Pollock, 1974; en Díaz, Segura y Royo, 1996) que los niños no están dispuestos a acusar a los padres maltratantes, aunque esté asegurada la protección contra posibles represalias. Se ha encontrado que los niños abusados tienen el impulso de cuidar a sus padres, como si los roles padre-hijo estuvieran revertidos.

Según Bowlby (1973), una de las conductas que suelen presentar los niños maltratados es el de proveer cuidados compulsivamente a los demás, especialmente a la figura maltratante.

Esta conducta se presenta como una manera de mantener la proximidad de la figura de apego, así como de negar el enojo hacia ella (Díaz, Segura y Royo, 1996).

Sin embargo, hay niños que, ante el maltrato, permanecen con la actitud resistente, negativista. Pueden tener actitudes de enojo, evitación, y búsqueda de contacto con extraños. A diferencia de un niño complaciente, un niño con estilo negativo resistente es capaz de enojarse abiertamente con sus padres maltratantes. De esta forma, es más probable que el niño experimente agresiones continuas de sus padres, pero menos probable que niegue sus propios sentimientos y que sienta culpa (Barudy, 1998).

De acuerdo con Crittenden y Ainsworth (1989), un niño capaz de expresar sus impulsos y emociones tendrá menos tendencia a malinterpretar la realidad. No justificará a los padres maltratantes ni se sentirá un niño “malo”; más bien reaccionará activamente al maltrato, enfadándose. El resistente es un estilo activo, en cierta forma autoafirmativo, mientras que el complaciente es pasivo (acepta cualquier cosa con tal de evitar el maltrato).

El maltrato suele generar individuos sumisos ante la autoridad (el estilo complaciente), pero la hostilidad que acumulan tiene que ser depositada en alguien, en algún momento dado. “Su ansiedad por agradar no significa que no sientan rabia en su interior” (Kempe y Kempe, 1978, p.33). Si el maltrato sufrido no se simboliza de alguna manera (Ej. En Psicoterapia), en un futuro será actuado. Lo común es que el niño que sufre de maltrato se vuelva agresivo hacia los que están en desventaja (niños menores, y en un futuro los propios hijos). De esta forma, desplaza en otras personas el resentimiento que siente hacia sus propios padres maltratantes (Kempe y Kempe, 1978).

Aunque muchos niños maltratados son complacientes con los adultos, pueden ser agresivos con los pares (Galston, 1971; George y Main, 1979; Herrenkohl, 1981; Riedy, 1977; en Cantón y Cortés, 1997). Su agresividad puede estar motivada por enojo desplazado o por un aumento en la vigilancia, esperando agresión de los demás (actitud defensiva, paranoica). La hipervigilancia resulta de modelos internos basados en el conflicto, la dominación y el poder. Estos modelos suelen conducir al niño maltratado a interpretar erróneamente la

conducta de los otros y entonces responder con agresión. Los demás naturalmente reaccionarán a esta agresión, lo cual confirmará el modelo que posee el niño maltratado. Esta distorsión de la realidad de los niños maltratados los vuelve, entonces, individuos antisociales, con problemas para relacionarse con sus semejantes (Crittenden y Ainsworth, 1989).

Un niño maltratado puede desarrollar, entonces, un estilo complaciente o resistente. Sin embargo, con la negligencia o abandono emocional ocurre algo distinto: El niño se esforzará por obtener la atención que requiere, pero si el resultado es siempre la indiferencia por parte de las figuras de apego, llega un momento en que se da por vencido y deja de esforzarse, resignándose. Esta situación de desesperanza suele conducir a una depresión, que puede volverse crónica. Y en lo social también se presentan conflictos graves, pues la constante falta de respuesta de los padres tiene como consecuencia a largo plazo la extinción de la capacidad innata de socialización activa del niño (Kempe y Kempe, 1978).

De acuerdo con Kempe y Kempe (1978), el retraso en el desarrollo (físico, intelectual y emocional) que se observa en los niños maltratados, está probablemente menos relacionado con la violencia física, en sí, que con la negligencia y los agravios emocionales que con frecuencia la acompañan.

A partir de todo lo anterior, se puede ver que el fenómeno del apego constituye parte esencial del desarrollo emocional infantil, pues el tipo de vínculo afectivo que se establece en la infancia temprana va a definir la percepción que el individuo tenga de sí mismo y del mundo que le rodea. De esta manera, el niño aprende a relacionarse con sus semejantes de acuerdo con el estilo de apego que haya desarrollado a través de su experiencia con las figuras primarias. El maltrato infantil es un problema que tiene repercusiones serias en el apego, sobre todo cuando son las mismas figuras de apego quienes arremeten al pequeño. Un niño maltratado adquiere comportamientos defensivos que le ayudan a sobrellevar el abuso, pero que producen alteraciones importantes en su forma de establecer lazos afectivos.

Ahora bien, en términos prácticos es importante contar con un medio para evaluar el estilo de apego de un niño. Considerando que los niños suelen expresarse libremente a través del juego, lo más pertinente es emplear éste último como instrumento de evaluación infantil, concretamente en el área del apego.

I.3 El juego

Para poder abordar el tema de la evaluación de juego, primero es necesario hablar sobre las diferentes teorías acerca de éste.

a) Teoría del juego

El juego es la forma privilegiada de expresión infantil; lugar de encuentro entre niño y terapeuta (Campoy, 1997).

La primera observación del juego nos indica que es una actividad de placer, descarga de energía, reducción de tensión acumulada. Desde este enfoque, se considera que el juego se realiza como un fin en sí mismo, por el placer que se deriva de él. Es una actividad libre, de recreo, distracción. Un acto sin significado (Campoy, 1997). Hasta el siglo XIX, el juego era concebido de esta forma (Gilmore, 1971).

Después surgieron posturas en las que se relacionaba el juego con el instinto: Por un lado, la idea de que, mediante el juego, el niño desarrolla habilidades instintivas (Kart Groos, 1898-1908, en Gilmore, 1971); por otro lado, el juego visto como actividad que sirve más bien para irse deshaciendo de habilidades instintivas primitivas e innecesarias, existentes debido a la herencia (Stanley Hall, 1906, en Gilmore, 1971).

Ya a finales del siglo XIX y principios del XX, a partir del psicoanálisis se generan explicaciones más complejas acerca de la naturaleza del juego: el juego considerado como simbólico.

De acuerdo con Freud (1920), el juego puede responder a tres cosas: una descarga de energía, la elaboración de conflictos, o un deseo de ser mayor (Amorrortu, 1999).

Las visiones más complejas sobre el juego no excluyen que la base del mismo siga siendo la descarga pulsional, el principio de placer. Sin embargo, por medio de la observación de

ciertos juegos de los niños (estereotipados, repetidos compulsivamente), Freud se da cuenta de que en ocasiones el placer parece estar ausente y lo que tiene lugar es la recreación de vivencias traumáticas. De esta manera, llega a plantear que el niño reproduce en sus juegos todo lo que ha supuesto un fuerte impacto en su vida como una especie de reacción contra la intensidad del impacto, que intenta dominar. El carácter desagradable de un acontecimiento no es incompatible con su transformación en objeto de juego, con su reproducción escénica. Es decir, el juego puede tener una función catártica (Freud, 1920, en Amorrotu, 1999).

Otros juegos, según Freud, están condicionados por un deseo del niño de comportarse como lo hacen los adultos (Campoy, 1997).

Para Freud (1908, 1920), el juego está estrechamente relacionado con la fantasía. Él define el juego como la fantasía proyectada en objetos reales (juguetes), en contraste con la fantasía pura, que es el soñar despierto. El juego, para Freud, comparte muchos determinantes inconscientes de la vida onírica (Gilmore, 1971).

El juego es, entonces, fantasía imaginativa, un reflejo del fantasma. Pero no puede ser independiente del principio de realidad ni de cierta censura del *superyo*. Debe colocarse en el campo de lo que es aceptable y posible. Sin embargo, como en el sueño, se da un relajamiento de la censura, dando una nueva estructura al fantasma. El juego modifica profundamente la dinámica misma del sujeto, pues no sólo es representación, es realidad, produce desarrollo, organiza la psique. El juego no es un sistema de funciones para algo que está constituido; lo que hace el juego es constituir un aparato psíquico. Es decir, el aparato psíquico no produce juego, sino al revés.

La descarga pulsional que tiene lugar mediante el juego no es una descarga pura ni total, es descarga controlada, reconvertida en principio de realidad. Lo que el juego permite es instaurar el aparato psíquico como susceptible de descarga organizada. La represión en el juego es necesaria; un juego absolutamente espontáneo sería un juego patológico (Campoy, 1997).

Campoy (1997) afirma que la organización psíquica siempre está ligada a la organización social. El juego es lenguaje, implica cultura, no solo pulsión. La comunicación humana sólo puede darse donde hay algún tipo de regla, donde hay organización y por tanto represión.

En el juego, el *yo* se encarga de llevar a cabo la regulación del deseo en relación con la realidad. Un aparato psíquico sin *yo* no juega porque no puede significar, no puede representar. Sin un *yo* estructurado no hay lenguaje comunicativo. El símbolo surge una vez que las diferentes proyecciones energéticas del aparato psíquico configuran un todo organizado. El juego es actividad primero, y luego es representación; primero placer y luego símbolo (Campoy, 1997).

A partir de todo este proceso de desarrollo teórico acerca del juego, en el siglo XX Anna Freud y Melanie Klein introducen el juego en el proceso psicoterapéutico de los niños. De hecho, gracias a ellas el análisis de niños adquiere importancia.

Para Anna Freud (1977), el juego es una forma de conducta que conduce a la organización, a la actividad socialmente organizada que es el trabajo. Juego y trabajo son realidades conectadas (Campoy, 1997).

Más que la espontaneidad, lo importante en el juego es la creatividad: el niño que juega se sale de un contexto para entrar a otro; el juego implica transgredir contextos. Hay juego donde hay posibilidad de divergencia y transgresión, pero dentro de un espacio normativo. En la terapia psicoanalítica de juego, la norma es que el niño “haga lo que quiera” (con el juguete), como en la asociación libre del adulto (Campoy, 1997).

La valiosa aportación de Klein (1955) fue encontrar en el juego la forma de expresión natural del niño, lo cual implica que puede ser utilizado como medio de comunicación entre adulto y niño (Campoy, 1997).

En tanto Freud infirió la psicología infantil del análisis de adultos, Klein estudió la estructura y los conflictos infantiles directamente en el niño (Campoy, 1997). Para el niño,

la actividad de jugar no sólo se trata de una forma de explorar el mundo, sino de un medio para expresar y controlar sus angustias a través de la manipulación y elaboración de sus fantasías. El juego es para el niño un medio de expresar lo que el adulto manifiesta por la palabra (Klein, 1955, en Campoy, 1997).

Klein (1955) pone énfasis en la importancia de la interpretación del juego, pues el juego es, ante todo, simbólico. Ella analizaba el juego tal y como se analizan los sueños y las asociaciones libres, interpretando fantasías, conflictos y defensas (Campoy, 1997). Por medio del juego, el niño manifiesta sus emociones abiertamente y con una intensidad que no podría alcanzarse de otra forma. “Un niño pequeño entiende más de lo que él mismo puede expresar en palabras” (Campoy, 1997, p.93). La forma de lenguaje infantil es principalmente el *acting out* en el juego.

Campoy (1997) señala que esta autora comparte la idea freudiana del juego como realización de deseos y forma de manejar la ansiedad. En el juego, el niño transforma las experiencias sufridas pasivamente en activas y cambia el dolor en placer, dando a estas experiencias un final feliz. Reduce su ansiedad elaborando las situaciones desagradables mediante el juego simbólico. Al ser simbólico, el juego es también proyectivo. El niño proyecta al mundo exterior los miedos y peligros internos y de esta forma adquiere un dominio sobre ellos.

También para Winnicott (1982) el juego pertenece a lo simbólico, pues constituye un medio de comunicación (al principio exclusivamente con la madre). Sin embargo, lo más importante en el juego no es su contenido sino el estado de “alejamiento” en que el niño se encuentra mientras juega, similar al estado de concentración del adulto. El espacio en que el niño juega funciona como refugio, libre de “ataques” externos. Jugar es como soñar; hay libertad, el propio sujeto es el creador. En esta “zona de juego” el niño reúne objetos o fenómenos del mundo exterior (objetos transicionales que sustituyen a la madre) y los usa al servicio de la realidad interna. “Cuando presenciamos el empleo, por un niño, de un objeto transicional, la primera posesión no-yo, vemos al mismo tiempo la primera utilización de un símbolo por aquel y su primera experiencia de juego... El objeto es

símbolo de la unión del bebé y la madre... se encuentra en el punto del tiempo y el espacio de la iniciación de su estado de separación” (Winnicott, 1982, p. 130-131).

Desde una postura cognoscitivista, Piaget (1981) habla también del juego simbólico. Según este autor, las etapas del desarrollo intelectual infantil implican un desarrollo de la actividad de jugar. Al principio, los juegos son de simple ejercicio de habilidades, y más tarde nace el juego simbólico.

El símbolo es la representación de un objeto ausente. Para Piaget, la representación que toma primacía sobre la acción pura permite al juego asimilar el mundo externo al *yo*. La representación es un medio mucho más enriquecedor que el juego de simple ejercicio (Piaget, 1981).

La concepción piagetiana del juego simbólico tiene cierta relación con la idea psicoanalítica del mismo: el juego como realización de deseos reprimidos, y por otro lado, como compensación de situaciones desagradables. La representación de dichas situaciones ayuda al niño a asimilarlas (Campoy, 1997).

Según Piaget (1981), en la etapa preescolar el juego simbólico empieza a desaparecer. El símbolo pierde su carácter deformante para convertirse en una representación fiel de la realidad. “A medida que el niño crece y se va adaptando a la realidad se dedica cada vez menos a las deformaciones simbólicas, ya que en lugar de asimilar el mundo a su *yo*, progresivamente va sometiendo éste a la realidad” (Campoy, 1997, p.64) De esta manera, los juegos se desarrollan en dirección de la actividad constructiva o de trabajo, y del progreso de la socialización. En términos freudianos, el ingreso al principio de realidad implica que la actividad del niño se vuelva más compleja en sus fines, obteniendo gratificaciones indirectas y más a largo plazo a partir de la sublimación creativa (Cortés Poza, 2003).

Entonces, desde la postura piagetiana, el juego simbólico es importante pero sólo como base del desarrollo hacia una forma más “madura” de juego. El juego simbólico constituye tan solo una etapa; no una cualidad del juego en sí.

Sin embargo, es necesario enfocar el juego como actividad simbólica si vemos en él una forma de expresión. Si el juego comunica algo por medio de símbolos, esto significa que es susceptible de ser interpretado y analizado, y de ahí su valor como herramienta diagnóstica (Campoy, 1997).

b) Evaluación de juego

En este apartado se habla del juego como herramienta de evaluación psicológica infantil, para centrarnos posteriormente en el tema del juego proyectivo, y como ejemplo de este último, una prueba de apego en preescolares.

Cualquier valoración requiere especificación de los objetivos y metas del proceso de evaluación; tal especificación permite una selección apropiada de los factores a estudiar. Las valoraciones pueden tener una variedad de propósitos clínicos: diagnóstico, selección de tratamiento apropiado, evaluación del progreso del tratamiento, o predicción de conductas futuras.

El término “evaluación de juego” significa el proceso por el cual profesionales entrenados analizan conductas de juego para entender el funcionamiento psicosocial de un niño (Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

De acuerdo con Gitlin y cols. (2000), en la evaluación de niños pequeños, el juego constituye la mayor área de expresión conductual. Para los preescolares, el juego es central y por tanto una herramienta de evaluación particularmente eficaz. Provee una situación familiar y no estresante en que el niño puede demostrar sus fortalezas y debilidades.

El juego revela las preocupaciones y conflictos emocionales del niño, su estilo cognitivo para entender las experiencias, su habilidad para imitar e interactuar en el medio social, y mucho más. La habilidad de niños pequeños para expresar verbalmente lo que sienten y piensan es aún limitada; de ahí la ventaja de emplear el juego como herramienta comunicacional.

Especialmente útil para el trabajo con niños ansiosos o excesivamente inhibidos, el formato de juego permite a estos niños expresarse libremente y demostrar su habilidad en una atmósfera no amenazante. Además, el juego provee un escenario en el cual las interacciones pueden ser observadas en un nivel comportamental entre el niño y su familia, cuidadores, maestros y pares. Esto es, maneja muestras reales de las interacciones más que conductas reportadas.

Otra ventaja de la evaluación de juego es la disponibilidad de información de observaciones secuenciales. Dado que el juego permite variaciones infinitas de un tema, las observaciones pueden ser repetidas a lo largo de un período de tiempo sin que interfiera el aburrimiento o los efectos de las pruebas de conocimiento (fatiga mental, etc.). Los materiales de juego son intrínsecamente interesantes e invitan a la participación de los niños por su misma naturaleza. Esto crea una situación en la que el evaluador puede más fácilmente obtener la cooperación e involucramiento de sus pacientes.

Las evaluaciones de juego ofrecen información no sólo sobre el niño sino también sobre las formas en que los factores ambientales refuerzan y cambian su conducta a través del tiempo. Proveen una puerta a los aspectos multiculturales del mundo del niño. De esta forma, el juego constituye un medio flexible y sensible para valorar niños de diferentes edades, así como de una variedad de contextos y culturas.

Sin embargo, debido a la naturaleza tan variable de las conductas de los niños, la evaluación de juego enfrenta el mismo problema que el tratar de entender los datos obtenidos de técnicas proyectivas. Surge entonces un conflicto, pues en aras de la confiabilidad, lo que se suele hacer es limitar la observación a cierta conducta específica,

“desperdiciando” la mayor parte de lo que el niño expresa en su juego. Sin embargo, en defensa del juego como herramienta confiable, se ha comprobado en la evaluación de juego que el hecho de realizar observaciones en sesiones repetidas minimiza la probabilidad de malinterpretar lo observado en una sola evaluación.

A lo largo de los años, desde la década de los 30 hasta los 60, el juego era visto principalmente por los clínicos como una técnica de tratamiento más que como herramienta de evaluación. Mientras tanto, en el ámbito del desarrollo psicológico se iniciaba un trabajo de intentar describir y clasificar el juego del niño dentro de un marco normativo. Este trabajo eventualmente se volvió precursor de la idea de usar el juego en un formato de diagnóstico. Sin embargo, la mayor parte de este material no se integró a la literatura clínica hasta mucho después (Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

En Londres, Lowenfeld (1939, 1969) originó una de las más estructuradas aproximaciones psicodinámicas a la terapia de juego, que más tarde se modificó para su uso en el proceso de evaluación. Usando la técnica del “mundo miniatura”, Lowenfeld pedía a los niños que construyeran una serie de mundos con una charola de arena y una gran variedad de objetos pequeños representando aspectos de ambientes pasados y futuros. Lowenfeld sostenía que esta técnica facilitaba la expresión de ideas y sentimientos del niño, en forma de representación, e independiente de sus habilidades y conocimientos (Kamp y Kessler, 1970; Lowenfeld, 1939; en Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

En los años 70 y 80 proliferó una variedad de instrumentos de juego diagnóstico basados en datos normativos que podían ser usados con mayor confiabilidad en el escenario clínico. En lugar de ver el juego como una amplia ventana hacia el mundo interno del niño, los teóricos e investigadores empezaron a acordar que la observación del juego tenía el potencial para arrojar información más específica y objetiva.

Actualmente, se cree que las conductas y patrones de juego reflejan una amplia variedad de aspectos del mundo interno del niño, nivel de desarrollo y habilidades de competencia. Entre aquellas características observables en el juego están el desarrollo del *yo*, estilo

cognitivo, adaptabilidad, funcionamiento del lenguaje, responsividad emocional y conductual, desarrollo social y moral, capacidad intelectual, estilos de afrontamiento, técnicas de resolución de problemas, y percepción e interpretación del mundo circundante (Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

Sin embargo, a pesar de los intentos por hacer del juego una herramienta objetiva de evaluación, la concepción psicodinámica del juego como actividad simbólica y proyectiva aún prevalece.

Evaluación de juego proyectivo

Para abordar el tema de la evaluación de juego proyectivo, antes es necesario hablar de lo que es la proyección. El primero que utilizó el concepto de *proyección* en un sentido psicológico fue Freud (1895, en Maggio y Álvarez, 2004). Inicialmente, asoció la proyección a la psicopatología, afirmando que se trata de un mecanismo primitivo de defensa, que se ve actuar particularmente en la paranoia, y que está presente en el hombre desde los inicios de su ciclo vital. Este mecanismo desempeña un papel importante en la configuración de nuestro mundo externo; en términos simples, proyectar es poner en el afuera algo que pertenece al adentro del sujeto. En un sentido propiamente psicoanalítico, se dice que el sujeto expulsa de sí y localiza en el otro (persona o cosa) cualidades, sentimientos, deseos, que no reconoce o que rechaza en sí mismo (Laplanche y Pontalis, 1987).

Más adelante, Freud (1901) habla de la proyección como fenómeno perceptual normal, por el que toda percepción significativa actual está fundamentada y organizada en las huellas mnémicas de todas las percepciones previas. El sujeto percibe el medio ambiente y responde al mismo en función de sus propios intereses, estados afectivos, esperanzas, deseos, preocupaciones, etc. Es decir, las estructuras o rasgos esenciales de la personalidad pueden aparecer en el comportamiento manifiesto. Tal es el hecho que se encuentra en la base de las técnicas llamadas proyectivas (Laplanche y Pontalis, 1987). Frank (1939) acuñó el término *métodos proyectivos* para el estudio de la personalidad (Bellak, 1990).

En estos métodos, la proyección se refiere a la operación que lleva a cabo el sujeto cuando ordena y da sentido a un material que por sí mismo no tiene un sentido único (Aguirre, 1989). El material ambiguo no puede ser organizado por el sujeto sin que éste revele aspectos de sí mismo (Anzieu, 1985).

Bellak (1990) propone sustituir el término de proyección por el concepto más general de *apercepción*. Esta designa “la interpretación dinámicamente significativa que hace un organismo de una percepción” (Bellak, 1990, p.22). Por ejemplo, en el Test de Apercepción Temática (TAT) y Test de Apercepción Infantil (CAT), cada sujeto interpreta los estímulos visuales de acuerdo con su historia personal.

Sin embargo, no toda la proyección es *apercepción*. Existen técnicas proyectivas que no consisten en la presentación de estímulos a interpretar, sino en la tarea de *crear* mediante el dibujo, la narración o el juego. Entre 1920 y 1930, los psicoanalistas extienden sus tratamientos a los niños y recurren al uso proyectivo del dibujo, los relatos y el juego como sustitutos de la asociación libre de los adultos. Estas producciones infantiles revelaron poseer un significado simbólico, análogo al de los sueños o de los síntomas neuróticos (Anzieu, 1985).

Klein es una de las primeras en plantear la importancia del contenido del juego de los niños. Al ser simbólico, el juego es susceptible de ser interpretado y ofrece un acceso único al inconsciente (Klein, 1955). De acuerdo con Gitlin y cols. (2000), no existe un método que alcance mayor riqueza y profundidad que la obtenida a partir de la observación de juego.

Dado que el juego permite la expresión natural de los pensamientos, sentimientos, percepciones, y creencias del niño, puede conducir a la interpretación en múltiples niveles. El juego facilita que emerjan temas de contenidos muy ricos, difícilmente expresados por el niño en forma verbal.

Ciertos juguetes y actividades específicamente conducen hacia el proceso proyectivo. El juego con títeres ha sido fundamental en la terapia de juego y está alcanzando una importancia similar en el área de evaluación de juego. Esta técnica permite a los niños pequeños, comúnmente miembros no escuchados de la familia, expresar más claramente sus sentimientos. Los títeres constituyen un medio de expresión que es natural y adecuado para el nivel de madurez intelectual de los niños pequeños (Gitlin, Sandgrund y Schaefer, 2000).

Prueba de apego en preescolares

Existen técnicas proyectivas de juego enfocadas en la evaluación de cierto contenido específico del psiquismo del niño. Tal es el caso de una prueba para evaluar el estilo de apego en preescolares, denominada “*Attachment story completion task*” (Tarea de completar historias de apego). Se trata de un instrumento desarrollado por Bretherton, Ridgeway y Cassidy (1990), que consiste en presentar a los niños una serie de historias inacabadas en las que los personajes son muñecos que representan a los miembros de una familia. Cada una de las historias es una situación activadora de conductas de apego.

Esta prueba se ha utilizado en diversas investigaciones de psicología infantil. En Francia, Miljkovitch, Pierrehumbert, Karmaniola y Halfon (2003) desarrollan un sistema de codificación para dicha prueba, y en 2004, Miljkovitch, Pierrehumbert, Bretherton y Halfon realizan un estudio sobre la transmisión intergeneracional de las representaciones de apego. En Estados Unidos, Aux (2000) investiga también la cuestión de la transmisión intergeneracional del apego, y Demoss (1999) explora la relación entre la seguridad del apego y el contenido del juego simbólico en preescolares. En España, López, Apodaca, Etxebarria, Fuentes y Ortiz (1998) plantean el apego como una de las variables predictoras de la conducta prosocial en preescolares. Y en Korea, Song (2004) estudia la forma en que la comprensión emocional de los niños está influida por las reacciones parentales a sus expresiones emocionales negativas.

Como podemos ver, el juego constituye un constructo que implica el desarrollo de distintas teorías para su comprensión. Dichas teorías, en las que predomina una perspectiva psicodinámica, sustentan la visión práctica del juego como herramienta para la evaluación infantil.

En este trabajo se emplea una técnica de juego para evaluar uno de los aspectos emocionales más importantes en el niño, el apego, y relacionarlo empíricamente con el fenómeno del maltrato infantil. La metodología empleada se presenta a continuación.

CAPÍTULO II.

Metodología

II.1 Planteamiento y justificación del problema

El maltrato infantil ha sido siempre evaluado desde el punto de vista de sus consecuencias físicas, por ser las más fácilmente detectables. En cambio, los efectos emocionales, que suelen ser más duraderos y devastadores, a menudo pasan desapercibidos o son asociados a otras causas.

El apego es parte esencial del desarrollo emocional, pues los primeros vínculos determinan la calidad de las relaciones que el individuo establecerá en adelante. Las alteraciones del apego en el niño, entonces, dificultan la posterior formación de lazos afectivos sanos.

Diversos autores han relacionado el maltrato infantil con el apego (Schneider-Rosen y Braunwald, 1970; Kempe y Kempe, 1978; Egeland y Sroufe, 1981; Crittenden y Ainsworth, 1989; Barudy, 1998). De hecho, el estudio del fenómeno de la privación materna constituyó una de las bases para el surgimiento de la teoría del apego. La categorización de los estilos de apego también se vio influida por la cuestión del maltrato, pues aparece la noción de *apego desorganizado* para describir la conducta de los niños maltratados.

Cabe hacer notar que suelen ser las propias figuras de apego quienes maltratan a los niños. Se ha encontrado que, en la mayoría de los casos, estos niños desarrollan un estilo de apego inseguro que les afecta de manera considerable en sus relaciones interpersonales, y que en un futuro es muy probable que reproduzcan el trato hostil hacia sus propios hijos. De esta manera, se establece un ciclo de transmisión intergeneracional del abuso, que debe ser interrumpido mediante la injerencia del psicólogo clínico.

Comúnmente, el apego se ha estudiado con bebés o niños muy pequeños, pero faltan técnicas que evalúen este fenómeno en los preescolares. La población preescolar es especialmente imaginativa, espontánea y expresiva por medio del juego (Piaget, 1981), además de susceptible al cambio a través de la intervención psicoterapéutica. Por estas razones se eligió trabajar con dicho grupo de edad.

Partiendo de la premisa de que el juego es el principal medio de expresión infantil, es conveniente valerse de él como herramienta para la evaluación de estos niños. Por ello, en la valoración del apego, un instrumento basado en el juego puede ser muy adecuado y eficiente, especialmente para niños de dicho grupo de edad y para niños maltratados. Estos últimos suelen presentar problemas en la expresión verbal, por alteraciones físicas o bloqueos de tipo emocional, ligados al maltrato sufrido. Entonces, el juego resulta la actividad más sencilla y menos amenazante.

Además, dada la falta de pruebas psicológicas que evalúen maltrato infantil, y con base en el supuesto de la relación entre maltrato y apego, resultaría de gran utilidad determinar si los criterios empleados para evaluar el apego en preescolares pueden funcionar para la detección de indicadores de maltrato. A partir de todo lo anterior, se plantea la siguiente pregunta de investigación:

¿Cuáles son los efectos del maltrato infantil sobre el estilo de apego desarrollado por el niño?

II.2 Objetivo general

El objetivo del presente estudio es analizar los efectos del maltrato infantil sobre el apego, mediante la evaluación y descripción cualitativa de las diferencias en el estilo de apego entre niños preescolares maltratados y sin maltrato.

Objetivos específicos

1. Evaluar la viabilidad de la aplicación de una prueba de apego basada en juego proyectivo (“*Attachment story completion task*”), en niños preescolares.
2. Evaluar la utilidad de dicha prueba de apego para detectar indicios de maltrato infantil.
3. Obtener indicadores de maltrato infantil a partir de la prueba mencionada.
4. Elaborar un análisis del contenido de cada una de las historias de la prueba.
5. Analizar las diferencias cualitativas en el estilo de apego, entre niños preescolares maltratados y sin maltrato.
6. Establecer empíricamente una asociación entre los constructos *maltrato infantil* y *apego*.

II.3 Hipótesis conceptual:

De los estilos de apego planteados por Ainsworth (1978), se espera que los niños sin maltrato presenten un estilo más seguro que los niños maltratados. Dada la relación fundamentada teóricamente entre maltrato infantil y apego inseguro, los niños maltratados pueden mostrar estilos inseguros de apego.

Hipótesis específicas:

H1. El estilo de apego de los niños maltratados será diferente que el de los niños sin maltrato.

H2. Los niños sin maltrato presentarán un estilo de apego más seguro que los niños maltratados.

H3. Los niños maltratados presentarán un estilo de apego inseguro.

II.4 Variables

Maltrato infantil

Acciones físicas o psicológicas por parte de un tercero que provocan daño a un menor, así como la omisión de las acciones necesarias para el bienestar del mismo (Arruabarrena y Ochotorena, 1998).

Estilos de apego

Diferentes formas en que puede manifestarse el apego. Puede ser seguro o inseguro, y este último incluye el apego evitativo, el ansioso y el desorganizado (Ainsworth, 1978).

II.5 Participantes

El trabajo fue elaborado en tres fases de evaluación de juego, para cada una de las cuales se consideraron diferentes grupos de participantes.

Primera fase

Esta constituyó una fase piloto que se desarrolló durante mi estancia de Intercambio Académico en la Universidad de Salamanca, España. La muestra fue de 14 niños españoles (7 niñas y 7 niños), entre 4 y 5 años de edad, en un Jardín de Infancia de Salamanca.

Los criterios de inclusión fueron:

- La edad (dentro de los preescolares, se eligió a los más grandes, ya que cuentan con mejores herramientas cognitivas para responder a la prueba).
- Que no estuvieran reportados con maltrato (en un primer acercamiento a la aplicación y análisis de la prueba de apego, el objetivo fue trabajar con la menor cantidad posible de variables y para esto se requería de población “normal”).

Para realizar la selección de los participantes se contó con el consentimiento informado de la directora de la escuela. Una vez considerados los criterios de inclusión mencionados, la participación de los niños fue voluntaria.

Segunda fase

En esta segunda fase, cuyo propósito era obtener indicadores de maltrato a partir de la prueba de apego, se consideró un total de 45 niños, en tres diferentes grupos:

- | | |
|------------------------|---|
| 15 de albergue | <ul style="list-style-type: none">- Institucionalizados (albergue temporal)- Víctimas de maltrato por parte de figuras de apego (de acuerdo con los expedientes legales y psicológicos de la institución).- 8 niños y 7 niñas- Edades de 4 y 5 años, la mayoría sin escolaridad.- Sin problemas de lenguaje (para que fueran capaces de responder a la prueba). |
| 15 de guardería | <ul style="list-style-type: none">- No reportados con maltrato- 7 niños y 8 niñas- Preescolares de 4 y 5 años de edad- Sin problemas de lenguaje |
| 15 de kinder | <ul style="list-style-type: none">- No reportados con maltrato- 7 niños y 8 niñas- Preescolares de 4 y 5 años de edad- Sin problemas de lenguaje. |

Se incluyeron tres grupos en esta fase debido a que era necesario abarcar los diferentes escenarios posibles, para de esta manera obtener una información comparativa que permitiera evaluar el instrumento de apego, especialmente en cuanto a su utilidad para la detección de maltrato infantil.

En los tres grupos de participantes se contó con el consentimiento informado de la persona a cargo de la institución: en el Albergue Temporal, se obtuvo la autorización tanto de la directora general como de la jefa del Área de Psicología; en la guardería y el jardín de niños, las respectivas directoras otorgaron su autorización para realizar las aplicaciones de la prueba. Una vez conseguido este consentimiento, se consideraron, como requisitos para la selección de los participantes, los criterios mencionados arriba para cada uno de los escenarios. Sin embargo, la participación de los niños fue voluntaria.

Tercera fase

Para integrar la muestra de esta fase, que constituye la investigación final y cuyo objetivo es estudiar el maltrato como variable, se trabajó con dos grupos: niños maltratados y niños sin maltrato. Ambos fueron extraídos de la muestra de la segunda fase: el primer grupo se conformó por los participantes del albergue, considerando que todos fueron víctimas de maltrato de acuerdo con sus expedientes legales; y el segundo grupo fue integrado por niños de la guardería y del kinder, donde ninguno de ellos está reportado con maltrato. Dada la importancia de contar con la misma cantidad de participantes para ambos grupos, en esta muestra se incluyeron los 15 niños del albergue y 15 niños no institucionalizados (8 de guardería y 7 de kinder, elegidos aleatoriamente).

Total: **30** niños.

15 maltratados

- Confinados en albergue temporal (institucionalizados)
- Víctimas de maltrato por parte de figuras de apego.
- 8 niños y 7 niñas
- Edades de 4 y 5 años (7 de 4 años y 8 de 5)
- La mayoría sin escolaridad
- Sin problemas de lenguaje

15 sin maltrato

- Preescolares de guardería y kinder
- No reportados con maltrato
- 7 niños y 8 niñas
- Edades de 4 y 5 años (8 de 4 años y 7 de 5)
- Sin problemas de lenguaje

II.6 Escenarios

Primera fase. Jardín de Infancia asociado a la Junta de Castilla y León de Salamanca, España.
- Estancia de 9 a 14 horas

Segunda y tercera fase.

3 escenarios: 1) Albergue Temporal de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal.
- Institución total o internado
- Niños separados de sus familias

(Para una descripción más amplia de esta institución, ver Apéndice 2).

2) Guardería del ISSSTE
- Madres y padres trabajadores
- Estancia de 7 a 17 horas

3) Kinder privado
- Estancia de 9 a 14 horas

II.7 Tipo de estudio

Es un estudio no experimental (no se interviene sobre la conducta de los participantes), transversal (se realiza una sola medición), descriptivo (describe el significado de las respuestas de los niños, así como las diferencias entre los niños maltratados y sin maltrato) y correlacional (intenta establecer una relación entre las variables maltrato y apego) (Hernández, Fernández y Baptista, 1998). Estas características se reúnen en una investigación cualitativa que se llevará a cabo por medio de un análisis del contenido de las respuestas de los niños a una serie de historias inacabadas.

II.8 Diseño de investigación

Es un diseño de dos muestras con una sola medición, cuyo propósito es describir las variables y analizar su incidencia e interrelación en un momento dado (Hernández, Fernández y Baptista, 1998).

II.9 Instrumento

“Attachment story completion task” (Tarea de completar historias de apego)

Se trata de un instrumento desarrollado por Bretherton, Ridgeway y Cassidy (1990), que permite evaluar el estilo de apego en niños de edad preescolar a partir de sus respuestas a una serie de historias inacabadas (López, 1998).

Es de aplicación individual. Se le pide al niño que complete historias que son evocadas a partir de muñecos que representan una familia en diferentes situaciones. Las historias están diseñadas para poner de manifiesto diferencias individuales en las manifestaciones de los niños en una variedad de situaciones activadoras de conductas de apego. El siguiente cuadro presenta una historia cero (neutra o introductoria) más las 5 historias que constituyen la prueba y la situación activadora de apego que representa cada una de ellas.

Historias	Situación activadora de apego que representan
0. Historia del cumpleaños	Historia neutra para establecer <i>rapport</i>
1. Historia del jugo derramado	Figura de apego en situación de autoridad con el niño
2. Historia del monstruo en la habitación	Miedo como activador de conducta de apego
3. Historia de la herida en la rodilla	Dolor como activador de conducta de apego
4. Historia de la partida de los padres	Separación
5. Historia del reencuentro	Reunión con los padres tras una separación

(López, 1998)

Materiales

Los materiales requeridos para la escenificación de las historias son los siguientes:

1. Unos muñecos que representan la familia protagonista: la madre, el padre, la abuela y tres hijos: un niño, una niña y un bebé.
2. Otros juguetes y accesorios: pastel de cumpleaños, mesa, cubiertos, vasos, platos, pasto, roca, cama y un coche.

Historias

0. Historia introductoria: Fiesta de cumpleaños

Esta historia no es utilizada en el diagnóstico del estilo de apego. Es una historia neutra cuya utilidad es presentar al niño los muñecos, comprobar que entiende el procedimiento a seguir, así como establecer el *rapport*.

Materiales necesarios para la representación: la familia, una mesa de juguete (puede utilizarse una caja como tal), trastes y un pastel de cumpleaños.

El examinador va presentando a la familia y preguntándole al niño quién es cada uno de los miembros. A continuación dice “aquí tenemos una mesa y fíjate ¿qué es esto? (mientras muestra al niño el pastel)... ¿qué tipo de pastel es?... sí, es un pastel de cumpleaños. La mamá hizo un pastel porque hoy cumple años uno de los niños... ¿quién es el que cumple años?, ¿cómo se llama?”. El personaje elegido por el niño será considerado el protagonista de las historias. Se pregunta al niño qué ocurre en la fiesta de cumpleaños. Una vez que se logra el *rapport* y se comprueba que el niño comprende el procedimiento se pasa a la representación de las 5 historias a evaluar.

1. *Historia del jugo derramado*

La historia representa a la familia sentada en torno a una mesa, cuando el niño protagonista derrama el jugo sobre el mantel.

Materiales necesarios para la representación: la familia, la mesa y los trastes de juguete.

La historia se presenta pidiendo al niño que nos ayude a poner la mesa porque la familia se dispone a comer. Una vez situados los muñecos en torno a la mesa, el examinador inicia la historia: “La familia está comiendo, el(a) niño(a) (el protagonista, por su nombre) agarra su vaso y accidentalmente se le cae el jugo sobre el mantel”. Se pregunta al niño qué ocurre a continuación.

2. *Historia del monstruo en la habitación*

La historia representa a la familia en su casa por la noche, cuando el niño protagonista es mandado a su habitación a dormir y se encuentra con un monstruo.

Materiales necesarios para la representación: la familia y una cama de juguete.

El examinador introduce la historia situando a la familia en su casa a la hora de ir a dormir. Es importante situar a los muñecos al menos a 30 cm. de la cama. El examinador pone frente a frente a la madre y al niño protagonista mientras representa a la madre diciendo: “ya es hora de dormir, vete a la cama, buenas noches” (con voz dulce). El niño responde: “sí, ya voy, buenas noches”. El examinador agarra al niño y lo dirige hacia la cama. Una vez ahí se escenifica al niño gritando porque hay un monstruo en su cuarto (se utiliza voz de alarma): “¡Auxilio, un monstruo!”. Se pregunta al niño qué ocurre a continuación.

3. *Historia de la herida en la rodilla*

La historia representa a la familia de paseo en el parque, cuando el niño protagonista se cae de una roca y se raspa la rodilla.

Materiales necesarios para la representación: la familia, una hoja de papel verde que represente el parque, y una roca.

El examinador introduce la historia situando a la familia en el parque y escenificando la caída del hijo (protagonista) de una roca, raspándose la rodilla. Es necesario que se interprete el dolor del niño “¡ay, ay, mi rodilla! ¡Me lastimé la rodilla!” (Con voz llorosa). Se pregunta al niño qué ocurre a continuación.

4. *Historia de la partida de los padres*

La historia representa la partida de los padres y la estancia de los niños con la abuela.

Materiales necesarios para la representación: la familia y un coche.

Es importante colocar el coche frente a la familia, y los dos padres frente a la abuela y los niños. El examinador introduce la historia presentando a todos los muñecos y diciendo que los papás de nuestra familia tienen que hacer un viaje. A continuación, agarra a la madre y dice: “niños, papá y yo vamos a hacer un viaje y ya nos vamos”, toma al padre y dice: “nos veremos mañana, la abuela se queda con ustedes”. El examinador coloca a los padres en el coche, hace el sonido del motor y los aleja escondiéndolos debajo de la mesa. Se pregunta al niño qué ocurre a continuación.

5. *Historia del reencuentro*

En esta historia se representa el regreso de los padres de su viaje.

Los materiales utilizados son los mismos que en la historia anterior, pero colocados en diferente forma.

El examinador presenta la historia diciendo que es un nuevo día, la abuela está mirando por la ventana y de repente dice: “niños, están llegando papá y mamá de su viaje”. Mientras tanto el examinador acerca el coche hacia ellos. Se pregunta al niño qué ocurre a continuación.

(López, 1998)

Criterios de valoración

López (1998) plantea los siguientes criterios para definir un estilo de apego seguro en cada historia:

1. *Historia del jugo derramado.*
 - El jugo es limpiado
 - palabras o gestos de disciplina (si es que aparecen) no violentos
2. *Historia del monstruo.*
 - El niño busca apoyo en los padres
 - Los padres se “ocupan”, “toman en serio” el miedo del niño.
 - Finalmente el niño se va tranquilo a la cama
3. *Historia de la herida en la rodilla.*
 - Uno de los padres o el hermano mayor reacciona abrazando, acariciando o poniendo una venda al niño.
 - Si la historia acaba con final feliz (niños y padres suben a la roca sin caerse) será clasificado como seguro, pero sólo si el daño del protagonista es tenido en cuenta.
4. *Historia de la partida.*
 - Despedir a los padres

- conductas como jugar con la abuela
- ir a dormir con normalidad

5. *Historia del reencuentro.*

- Se ponen de cara unos a otros
- se besan, abrazan
- conversan juntos
- realizan actividades comunes

Y para definir un estilo inseguro de apego, se basa en indicadores comportamentales y de actitud, más que en el contenido de las respuestas. Por ejemplo:

- Evitar la tarea
- Respuestas incoherentes, raras o inapropiadas
- Responder después de varias sugerencias o afirmaciones un “no sé”
- No decir nada y limitarse a señalar los personajes
- Sugerir cambiar de historia varias veces, después de una respuesta muy breve (López, 1998).

López emplea un criterio cuantitativo para concluir, de manera global, si un niño presenta un estilo de apego seguro o inseguro:

- 1) Se califica de seguro o inseguro el estilo de apego que muestra el niño en cada historia. De esta forma tendremos cinco calificaciones por sujeto.
- 2) De estas cinco calificaciones, tres indicarán el estilo de apego global del niño. Es decir, se observa cual opción fue mayoría (seguro o inseguro), y ésta constituirá la calificación final.

II.10 Procedimiento

El procedimiento se desarrolló en tres fases; las primeras constituyeron pasos preliminares a la investigación que conforma el principal objetivo del presente trabajo.

Primera fase

Con el propósito de evaluar la viabilidad de la utilización de una prueba de apego basada en juego proyectivo, en niños preescolares, apliqué el instrumento “*Attachment story completion task*” a población “normal” (sin maltrato) en España: 14 niños de 4 y 5 años, en un Jardín de Infancia de Salamanca.

Las aplicaciones fueron realizadas dentro de un despacho de la escuela, con la privacidad necesaria y un ambiente agradable, conocido por los niños. Se tomó video de cada una de las aplicaciones, para posteriormente registrar por escrito las respuestas, actitudes y conductas de los niños durante la prueba. Se empleó una sola sesión para cada aplicación y el tiempo de duración dependía del niño.

En todos los niños, la historia del pastel de cumpleaños fue suficiente para establecer el *rapport* y que entendieran de qué trataba la prueba. De esta forma, se podía continuar con las siguientes historias sin ningún problema.

Independientemente del estilo de apego de cada niño, todos parecieron disfrutar la actividad, e incluso algunos querían continuar jugando con los muñecos al final.

Esta primera fase piloto condujo a un conocimiento de la prueba y la manera de aplicarla, específicamente en preescolares de 4 y 5 años. La aplicación fue satisfactoria y su calificación permitió obtener resultados concretos, tipo presencia/ausencia (seguro/inseguro) en cuanto a estilo de apego de los niños.

Sin embargo, los criterios de evaluación empleados, al privilegiar la objetividad, limitan los alcances de la prueba, pues no se toma en cuenta la riqueza de contenido de las respuestas que los niños pueden dar, y todas las historias se consideran equivalentes entre sí.

Entonces, tratándose de una prueba de tipo proyectivo, se hace necesario proponer alternativas de interpretación cuya base sea el contenido de las situaciones de juego. Se considera que esta prueba requiere un análisis del contenido de sus historias, así como de las respuestas de los niños, tomando en cuenta todos los elementos del discurso.

De esta manera, se pretenden ampliar los criterios de evaluación existentes, dando lugar a una segunda y tercera fase de la investigación.

Segunda fase

El objetivo de la segunda fase fue evaluar la utilidad de la prueba “*Attachment story completion task*” para detectar maltrato infantil, a través de la comparación de los resultados de tres grupos. De esta manera, se pretende corroborar empíricamente la relación entre los constructos *maltrato* y *apego*, mediante la utilización de una prueba proyectiva basada en el juego.

Esta fase se llevó a cabo en dos etapas: primero, se analizó el contenido de la prueba en sí para extraer categorías de respuesta y obtener, de esta manera, un criterio más amplio para la calificación. Después, con base en dicho criterio, se ubicaron las respuestas de cada niño en las diferentes categorías y se realizó un análisis cuantitativo en el que se compararon los resultados de los diferentes grupos, para finalmente, obtener indicadores de maltrato infantil.

Se aplicó la prueba a 45 niños mexicanos de 4 y 5 años de edad, divididos en tres escenarios distintos: 15 en el Albergue Temporal de la PGJ-DF, 15 en una Guardería del ISSSTE y 15 en un Jardín de Niños privado. En los tres escenarios se realizaron las

aplicaciones en forma individual, en espacios cerrados y con privacidad. Se empleó una sola sesión para cada aplicación y el tiempo de duración dependía del niño. Donde había la posibilidad de grabar, se grabaron las respuestas.

En cuanto a la forma de abordar la prueba para el desarrollo de esta segunda fase de la investigación, es importante hacer notar que el hecho de analizar el significado de las historias y observar las diferencias entre ellas, permitió extraer categorías que se acercan más al contenido de cada una de las historias y conducen a una evaluación de juego más efectiva y completa de las respuestas de los niños.

Tercera fase: El apego en niños maltratados

El propósito de esta fase fue integrar el proceso iniciado en las fases preliminares y corresponde al objetivo central del presente trabajo: evaluar las diferencias en el estilo de apego entre niños maltratados y sin maltrato.

La evaluación de estas diferencias se realizó en forma cualitativa, por medio de un análisis del contenido de las respuestas de los niños a la serie de historias inacabadas planteadas en la prueba "*Attachment story completion task*".

De acuerdo con Kazdin (2001), la investigación cualitativa es una aproximación al tema en cuestión centrada en la experiencia humana y basada en informes narrativos, descripción, interpretación, contexto y significado. El objetivo es describir, interpretar y comprender los fenómenos de interés, mediante el estudio profundo de la experiencia de los sujetos de estudio y del significado que ésta tiene para ellos.

El análisis de contenido es una técnica cualitativa utilizada para el análisis y procesamiento de contenidos abiertos y poco estructurados. Esta técnica consiste en la codificación de la información en categorías para dar sentido al material estudiado. Cualquier material que se desee analizar es considerado como un texto a interpretar (González Rey, 2000).

Para el desarrollo de la tercera fase, los pasos a seguir fueron los siguientes:

Primero, se tomaron las respuestas de los dos grupos que componen la muestra (15 niños institucionalizados y 15 no institucionalizados), historia por historia, y se llevó a cabo un análisis del contenido de dichas respuestas traduciéndolas en categorías concretas.

Posteriormente, con el propósito de ampliar los criterios interpretativos de la prueba “*Attachment story completion task*”, se elaboró un análisis del contenido de las situaciones de juego planteadas en la prueba, con base en la premisa de que cada historia representa una situación activadora de apego y cada situación se relaciona con un conflicto desde el punto de vista psicodinámico. La literatura sobre el apego (Bowlby, Ainsworth, Crittenden, Sroufe) y conceptos del psicoanálisis infantil (Freud, Winnicott, Mahler, Kris) constituyó el sustento teórico para este trabajo analítico.

Finalmente, empleando como referencia el análisis del contenido de las historias, se interpretaron las categorías de resultados previamente planteadas. La interpretación fue realizada en cinco niveles, de manera general para cada uno de los grupos:

- 1) *Cognoscitivo. ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?*: Lo primero que debe analizarse de las respuestas de los niños es el factor cognoscitivo, pues al ser una prueba proyectiva, se introducen, a manera de estímulos, elementos no objetivos que el niño debe identificar para posteriormente poder utilizarlos en la elaboración de una historia. Estos elementos son principalmente los personajes, cada uno de los cuales se presenta al niño sin especificación de quién es ni qué rol desempeña. Los demás elementos son los materiales inanimados (piedra, cama, etc.), así como la situación planteada en la historia.
- 2) *Respuesta en sí. ¿Cómo termina la historia?*: Se trata de un nivel descriptivo, que consiste en ubicar concretamente lo que el niño responde a cada una de las situaciones que se le plantean en el juego. Esta descripción de la respuesta del niño

es necesaria para poder realizar posteriormente un análisis de la misma, como se plantea en los siguientes puntos.

- 3) *¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?:* En el análisis de las respuestas, el primer componente se encuentra dentro del mismo niño y se refiere a la forma en que éste reacciona a la situación planteada. Esta reacción varía dependiendo del niño, principalmente en función de los recursos psicológicos que posee, los cuales deben identificarse en su forma de enfrentar el conflicto.
- 4) *¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?:* Se trata de otro componente dentro del análisis de las respuestas, que se halla en la actitud de los adultos reflejada desde la perspectiva del niño; es decir, cómo éste percibe que reaccionarían las figuras de apego al conflicto planteado.
- 5) *¿Qué estilo de apego se ve reflejado en el niño a partir de todo lo anterior?:* Por último, la integración del análisis llevado a cabo en los cuatro niveles anteriores, conduce a la identificación del tema central del instrumento de evaluación, que es la cuestión del apego. El objetivo final de este proceso analítico realizado en cinco niveles es inferir el estilo de apego que el niño refleja en sus respuestas a la prueba.

CAPÍTULO III.

Resultados

A continuación se presentan los resultados de cada una de las fases de esta investigación:

III. 1 Primera fase

Esta fase, en la cual se trabajó con un solo grupo (14 niños españoles), consistió en un análisis del instrumento de apego en cuanto a su forma de aplicación, el tipo de respuestas que permite obtener y su criterio de calificación. Mediante el procedimiento descrito en la sección anterior, se realizó una evaluación de los participantes, asignándole a cada uno de ellos una calificación de “seguro” o “inseguro” por cada historia y finalmente en forma global. La historia cero no se incluye en la evaluación, puesto que se trata de una historia neutral cuya función principal es establecer el *rapport*. En la siguiente tabla se exponen los resultados obtenidos en esta primera fase:

Sujetos	H1	H2	H3	H4	H5	Total	Observaciones
1 h	S	S	S	I	I	S	El conflicto es con la cuestión de la separación
2 m	S	S	S	S	S	S	Niña muy sana, actitud positiva y alegre, familia cálida y unida.
3 m	S	S	I	I	I	I	Emocionalmente no se ve bien. No tolera la situación de separación.
4 m	I	I	I	I	I	I	Posible maltrato por parte del padre: “El padre no la lleva de la mano... se traga a la niña... la pisotea”
5 h	I	I	S	S	S	S	Tarda en entrar en confianza con la psicóloga pero no parece tener problemas de apego.
6 h	S	S	S	I	S	S	Niño tranquilo, seguro, siente apoyo de ambos padres.
7 m	I	S	S	I	I	I	Al parecer, les teme a los padres: “La niña se pone castigada detrás del padre”... “Cuando llegan los padres, los niños se esconden”
8 m	S	I	S	I	I	I	Sensación de fragilidad propia y de la familia: “Se rompe todo, hay que coserlo”. Miedo de que no vuelvan los padres, pero al mismo tiempo, temor ante el reencuentro.

9 m	I	S	S	I	S	S	La madre la castiga; sin embargo, ella siente el apoyo de ambos padres en situaciones importantes.
10 h	S	I	S	I	I	I	En la historia del monstruo, los padres no son capaces de deshacerse de la amenaza. Ante la situación de separación se bloquea.
11 h	S	I	S	I	S	S	Cuando se presenta un problema, no son los padres quienes acuden. Sin embargo, los problemas se resuelven.
12 h	S	I	S	S	I	S	Familia unida, pero no siempre son los padres quienes resuelven los problemas. Cuenta con figura alterna de apego (abuelita).
13 m	S	S	S	I	S	S	Niña contenta, activa, platicadora. Siente que cuenta con una buena red de apoyo.
14 h	S	I	S	I	S	S	Niño inquieto, carácter fuerte. Siente el apoyo de ambos padres. Sin embargo, no le gusta la historia de la separación.
% S	71.43	50	85.71	21.43	50	64.28	De los 9 seguros, 6 son hombres y 3 mujeres
% I	28.57	50	14.28	78.57	50	35.71	De los 5 inseguros, 4 son mujeres y 1 hombre.

Nomenclatura:

H = historias
h = hombre
m = mujer

S = (Apego) Seguro
I = (Apego) Inseguro

a) Descripción de resultados

- El tiempo que se empleó para la aplicación de la prueba fue de 20 a 30 minutos por niño.
- En la historia 1, diez sujetos obtuvieron un apego seguro y cuatro un apego inseguro (71.43% seguro y 28.57% inseguro).
- En la historia 2, siete obtuvieron un apego seguro y siete un apego inseguro (50% seguro y 50% inseguro).
- En la historia 3, doce obtuvieron un apego seguro y dos un apego inseguro (85.71% seguro y 14.28% inseguro).

- En la historia 4, tres obtuvieron un apego seguro y once un apego inseguro (21.43% seguro y 78.57% inseguro).
- En la historia 5, siete obtuvieron un apego seguro y siete un apego inseguro (50% seguro y 50% inseguro).
- De acuerdo con el criterio de calificación de López (1998), en que la seguridad o inseguridad del apego se define según la mayoría obtenida por cada sujeto de las cinco historias, nueve sujetos se evaluaron como seguros y cinco como inseguros (64.28% seguros y 35.71% inseguros).
- De los nueve sujetos seguros, seis fueron niños (66.66%) y tres niñas (33.33%).
- De los cinco sujetos inseguros, uno fue niño (20%) y cuatro niñas (80%).

b) Interpretación de resultados

- Dado que se trata de una muestra de sujetos “normales” (no institucionalizados), era de esperarse que la mayoría obtuviera una calificación global de *apego seguro*. Sin embargo, el hecho de que sean niños que acuden a un Jardín de Infancia no implica que todos posean vínculos familiares positivos. Se pudo observar que algunos de ellos presentan conflictos emocionales importantes, probablemente debido a un apoyo insuficiente por parte de las figuras de apego.
- En la historia del jugo derramado y la de la herida en la rodilla, la mayoría mostraron un apego seguro (una mayoría más contundente en la historia de la herida). Esto significa que ante las situaciones de accidente, la mayoría de los niños perciben que cuentan con el apoyo de las figuras de apego. Quizá por ser los accidentes el tipo de suceso al que los padres suelen otorgar más atención, especialmente cuando la integridad del niño se ve amenazada (como en el caso de la herida en la rodilla).

- En cambio, en la historia de la separación de los padres, la mayoría mostró un apego inseguro. Incluso niños con un apego seguro global pueden no tolerar esta situación en particular, lo cual puede explicarse por su edad, pues se encuentran en una etapa de transición hacia una mayor autonomía, y tal transición suele ser dolorosa. El conflicto mostrado ante la separación se manifestó de diferentes formas: algunos se resistían ligeramente a la partida de los padres y les costaba trabajo interactuar con la figura alterna, otros mostraban mucho temor de que no regresaran los padres y lo único que hacían era esperar ansiosamente su regreso, mientras que en los más inseguros se producía un bloqueo emocional y se quedaban callados.
- De los sujetos con apego seguro, la mayoría son niños, y de los de apego inseguro, la mayoría son niñas. Es decir, las niñas presentan más problemas de apego que los niños, lo que sugiere que a estos últimos probablemente se les trate mejor en casa y se les provea de mayor seguridad. Esto podría deberse a una cuestión cultural, que tiene lugar en sociedades machistas, en las que las mujeres son relegadas en la familia desde pequeñas. Y una persona relegada o devaluada crecerá con conflictos de apego.

El análisis de este grupo de niños españoles permitió conocer la prueba y evaluar la viabilidad de su aplicación, así como observar la forma de responder a situaciones de juego proyectivo en niños de 4 y 5 años.

III. 2 Segunda fase

El objetivo de esta fase fue obtener indicadores de maltrato infantil a partir de la prueba de apego, mediante la comparación entre las respuestas de tres grupos de niños a dicha prueba.

Se trabajó, entonces, con tres grupos (15 niños de albergue, 15 de guardería y 15 de kinder) y se realizó un análisis en dos etapas: primero, se consideró el contenido de la prueba en sí para extraer categorías de respuesta y, de esta manera, obtener un criterio más amplio para la calificación. Después, con base en dicho criterio se ubicaron las respuestas de cada niño en las diferentes categorías, se realizó un análisis cuantitativo en el que se compararon los resultados de los diferentes grupos, para finalmente, obtener indicadores de maltrato infantil.

a) Categorías de respuesta

Con el propósito de ampliar el criterio de calificación de la prueba “*Attachment story completion task*” a través de un análisis interno de la misma, se extrajeron categorías de respuesta para cada una de las situaciones de juego que comprende la prueba. Este proceso se llevó a cabo de la siguiente manera:

Se analizó cuál es la temática de cada historia, observando que las diferentes situaciones planteadas se pueden reducir a dos grandes temas: el surgimiento de un problema a resolver y la cuestión de la separación-reencuentro. De esta manera, la prueba fue dividida en dos partes, según el tema de las historias; por un lado, se abordaron las situaciones en que el protagonista tiene algún tipo de problema (historias 1-3), y por otro lado, las situaciones que tratan los temas de la separación y el reencuentro (historias 4 y 5).

Un aspecto común a todas las historias es que siempre se evoca una posible reacción de las figuras de apego (o figura alterna). La percepción que tiene el niño sobre la forma en que el cuidador respondería a la situación planteada resulta esencial para la evaluación del estilo de apego del pequeño. No obstante, en las historias que representan el surgimiento de un

problema, las figuras de apego funcionan como autoridad, pues les corresponde enfrentar de alguna manera el conflicto en que está envuelto el niño. Mientras tanto, en las historias de separación y reencuentro, la reacción de los cuidadores tiene lugar como respuesta de una figura de apego, más que de autoridad.

Sin embargo, aparece un segundo aspecto que varía dependiendo del tema de la historia. En las historias 1-3, se observa la resolución o no resolución del problema planteado; en las historias 4 y 5, observamos la actitud del niño ante la separación y el reencuentro.

Partiendo de lo anterior, para cada una de las historias se consideraron dos dimensiones distintas. Éstas fueron, en las historias 1-3: A) la posible solución al problema del niño, B) la respuesta de la autoridad ante dicho problema; y en las historias 4-5: A) la actitud del niño ante la separación o reencuentro, B) la respuesta de las figuras de apego o de la figura alterna.

Ahora bien, con base en lo observado a través de la primera aplicación de la prueba en la fase piloto, se decidió establecer cinco respuestas posibles (en un continuo de la A a la E) para cada historia. Cada una de las opciones de respuesta constituye una combinación de las dos dimensiones correspondientes.

Las historias cuyo tema es la aparición de un problema que sufre el niño, representan situaciones en que éste queda expuesto a cualquier tipo de reacción por parte de la autoridad a cargo. La respuesta de los adultos puede ir en contra del mismo niño (ej. ignorarlo, castigarlo) al considerársele culpable de lo ocurrido. Por esta razón, en las historias 1-3, a cada una de las posibles respuestas se le asoció un determinado tipo de maltrato. En las historias sobre separación y reencuentro, el maltrato tendría que ser inferido indirectamente, pues se observa la reacción de los adultos en calidad de figuras de apego más que de autoridad. En estas últimas dos historias, el foco está en la actitud del niño ante la situación.

La categoría A representa la opción más positiva, es decir, el estilo de apego más seguro y una ausencia de maltrato. Se trata de un continuo que llega hasta la E, la opción más negativa, o sea, el apego más inseguro y la presencia de maltrato (físico, psicológico, por negligencia, abandono, o una combinación de ellos).

Las categorías de respuesta planteadas por historia fueron las siguientes:

Historia 1

	Solución	Respuesta autoridad	Tipo de maltrato
A	Limpiar	No castigar	No maltrato
B	Niño limpia	No castigar	No (descuido)
C	No limpiar	No castigar	Negligencia
D	Limpiar	Castigar	Físico/psicológico
E	No limpiar	Castigar	Neg/fis/Psicol.

Historia 2

	Solución	Respuesta autoridad	Tipo de maltrato
A	Muere monstruo	Presencia	No maltrato
B	No muere mons	Presencia	No (Incapacidad)
C	No muere mons	Ausencia	Negligencia
D	Muere niño	Ausencia	Abandono
E	Muere niño	Padres son mons	Físico/Psicol.

Historia 3

	Solución	Respuesta autoridad	Tipo de maltrato
A	Lo curan	Presencia	No maltrato
B	No lo curan	Presencia	No (Incapacidad)
C	Lo cura otro	Ausencia	Negligencia
D	Autocuidado	Ausencia	Negligencia
E	No lo curan/muere	Ausencia	Abandono

Historia 4

	Actitud niño ante separación	Respuesta figura alterna
A	Separación fácil	Presencia
B	Sep. difícil	Presencia
C	Sep. fácil	Ausencia
D	Indiferencia	Ausencia
E	No desprendimiento	Ausencia

Historia 5

	Actitud niño ante reencuentro	Respuesta figuras de apego
A	(Buen) reencuentro	Unión
B	No reencuentro	Unión
C	No reencuentro	No unión
D	No reen, niño se va	No unión
E	Reencuentro	Agresión

b) Resultados

Una vez establecidas las categorías, las respuestas de cada niño se insertaron en ellas y se realizó una comparación entre los grupos.

La siguiente tabla expone lo que obtuvo cada grupo por historia (empezando por la historia 1) y en forma global, mostrando la frecuencia de niños que respondieron dentro de cada categoría (A–E) y el porcentaje que a dicha frecuencia corresponde:

Tabla 1.

Hist	Categoría	Albergue		Guardería		Jardín de Niños	
		F	%	F	%	F	%
1	A Limpiar/no castigar	2	13.33	3	20	11	73.33
	B Niño limpia/no castigar	2	13.33	9	60	0	0
	C No limpiar/ no castigar	3	20	0	0	4	26.66
	D Limpiar/castigar	2	13.33	2	13.33	0	0
	E No limpiar/castigar	6	40	1	6.66	0	0
2	A Muere mons/presencia	0	0	4	26.66	12	80
	B No muere mon/presencia	5	33.33	6	40	1	6.66
	C No muere mon/ausencia	4	26.66	1	6.66	2	13.33
	D Muere niño/ausencia	4	26.66	2	13.33	0	0
	E Muere niño/padres mons	2	13.33	2	13.33	0	0
3	A Lo curan/presencia	3	20	2	13.33	11	73.33
	B No lo curan/presencia	3	20	5	33.33	2	13.33
	C Lo cura otro/ausencia	2	13.33	3	20	1	6.66
	D Autocuidado/ausencia	1	6.66	3	20	1	6.66
	E No lo curan/ausencia	6	40	2	13.33	0	0
4	A Separación fácil/presen	4	26.66	5	33.33	10	66.66
	B Sep difícil/presencia	4	26.66	7	46.66	3	20
	C Sep fácil/ausencia	2	13.33	1	6.66	1	6.66
	D Indiferencia/ausencia	2	13.33	0	0	1	6.66
	E No desprendim/ausencia	3	20	2	13.33	0	0
5	A Reencuentro/unión	3	20	1	6.66	6	40
	B No reencuentro/unión	5	33.33	3	33.33	5	33.33
	C No reenc/no unión	2	13.33	7	46.66	2	13.33
	D Niño se va/no unión	1	6.66	2	13.33	1	6.66
	E Reencuentro/agresión	4	26.66	2	13.33	1	6.66
Total	A No malt-Apego seguro	12	16	15	20	50	66.66
	B Descuido/incapacidad	19	25.33	30	40	10	14.66
	C Negligencia	13	17.33	12	16	11	13.33
	D Malt fís/psicol./aband	10	13.33	9	12	3	4
	E Malt todo-Apego inseg	21	28	9	12	1	1.33

La tabla que se muestra a continuación describe la actitud que presentaron los niños de cada uno de los grupos ante las sesiones de juego que conforman la prueba, es decir, ante cada una de las historias. Se incluye la historia cero, pues a partir de ésta se empieza a observar el desenvolvimiento del niño:

Tabla 2.

Hist	Albergue	Guardería	Jardín de Niños
0	Los niños tardan en entender las instrucciones, pues les cuesta trabajo concentrarse, ya sea porque se dispersan fácilmente o se encuentran tensos y temerosos. Sin embargo, finalmente todos entienden e identifican adecuadamente los elementos que conforman la prueba y logran disminuir su ansiedad inicial.	Algunos niños inician muy dispersos o incluso temerosos, y no logran identificar adecuadamente cada uno de los elementos que conforman la prueba. Sin embargo, la situación alegre que implica el cumpleaños, ayuda a que se relajen y adquieran confianza en la psicóloga.	Los niños enseguida entienden las instrucciones y muestran una actitud cooperativa y entusiasta. Ubican bien cada uno de los elementos que constituyen la prueba y muestran iniciativa en el desarrollo de la historia.
1	Se pudo observar que la situación del jugo derramado fue inesperada para los niños, pues les causa sorpresa y un poco de tensión al romperse la armonía que se había desarrollado a través de la historia del cumpleaños. Entonces, sucede que algunos niños inicialmente se bloquean y tardan en contestar, y una vez que responden, magnifican las consecuencias del conflicto. En varios de los casos, el niño no era capaz de separarse de la situación planteada en el juego, de forma que hacía la narración en primera persona.	Al iniciar esta historia los niños se encuentran más relajados y entonces responden fácilmente. Se observa que empiezan a disfrutar la actividad; sin embargo, algunos tienden a magnificar las consecuencias del conflicto planteado en la historia.	Se observó que el accidente del jugo no representó un conflicto para la mayoría de los niños, pues su tranquilidad no se vio alterada y continuaron con la historia respondiendo en forma concreta y sin problema alguno.
2	Se pudo observar que fue la historia que más los impactó, pues se presentaron reacciones de angustia ante la situación planteada y una tendencia a desviarse de los elementos originales.	Se observó que la situación del monstruo provocó cierto impacto en los niños; sin embargo, la mayoría manejó adecuadamente el conflicto mediante la misma elaboración de la respuesta que permitía reducir la tensión. En algunos casos se observó la tendencia a introducir elementos nuevos en la historia, desviándose de la situación original.	Esta situación del monstruo también fue manejada por los niños con tranquilidad, respuestas concretas y apegadas a lo planteado en la historia.
3	Esta historia no causó tanto impacto como la anterior, pues no se observó una reacción de ansiedad ni tensión ante la situación. Sin embargo, también se presentaron casos de desviación de la situación original, cierta incoherencia en las respuestas y narración en primera persona. Uno de los niños no responde nada en esta historia.	Esta situación provocó menos impacto en los niños que la historia anterior, y suscitó diversos tipos de respuesta, o bien, formas de resolver el conflicto, incluyendo casos en que el niño se desviaba de la situación original.	Al igual que en la historia del monstruo, en esta situación del accidente de la rodilla los niños reaccionaron con tranquilidad y buscando soluciones realistas y concretas al problema.
4	La mayoría de los niños manifiestan una resistencia a la separación que se presenta en esta historia, y algunos de ellos muestran ansiedad.	Se observó la tendencia a resistirse a la separación; no obstante, la situación no provocó en los niños una ansiedad manifiesta, pues continuaban con la historia sin dificultad.	Se pudo observar que la situación de la separación tampoco representó un conflicto para estos niños, pues la aceptaron fácilmente, mostrando una adaptación a las circunstancias sin alterar su estado emocional.
5	En esta historia, los niños respondían en forma más amplia y elocuente, pero llegaba un momento en que se perdía el sentido de la narración. Finalmente, los niños se resistían a terminar el juego e incluso algunos de ellos presentaban una ansiedad ante la separación de la psicóloga.	Esta historia provocó respuestas más elaboradas y se presentaron casos en que el niño se resistía a concluir la actividad y despedirse de la psicóloga.	En esta historia final, los niños respondieron en la misma forma concreta que en las situaciones anteriores, ajustándose a los elementos planteados en la historia y aceptando el fin de la actividad con la misma actitud positiva mostrada desde el inicio.

Descripción de resultados

- El promedio de tiempo de las aplicaciones varió en cada escenario: En el Albergue, se emplearon entre 20 y 40 minutos por niño; en la Guardería, entre 25 y 35 minutos; y en el Jardín de Niños, alrededor de 20.
- Como se puede ver en la tabla 1, el grupo que mostró una mayor heterogeneidad en las respuestas fue el albergue, seguido por la guardería. Es decir, en ambos grupos las respuestas se distribuyeron en todas las categorías (no se observó una tendencia hacia un tipo de respuesta). El kinder fue el grupo más homogéneo, o sea, el que presentó una mayor tendencia hacia un mismo tipo de respuesta (la categoría A).
- Considerando el total de las historias mostrado en la tabla 1, se puede observar que la mayor parte del grupo del albergue (28%) contestó en la categoría que corresponde a las respuestas de maltrato (de tipo físico, psicológico, sexual o por negligencia) y al apego más inseguro. La mayoría de los sujetos de guardería (40%) respondieron en la opción que implica ser niños “descuidados”. Y la mayoría absoluta de los niños de kinder (66.66%) respondieron en la categoría que corresponde al apego más seguro, así como a una ausencia de maltrato.
- Entonces, los niños con un apego más seguro fueron los del kinder, y hay casi tan pocos niños con apego seguro en la guardería como en el albergue.
- Los niños con un apego más inseguro fueron los del albergue, y ellos fueron en quienes más se encontraron indicadores de maltrato.
- Todos los niños del albergue, que por referencia de sus expedientes legales son considerados víctimas de maltrato, lo reflejaron en sus respuestas a la prueba.

Interpretación de resultados

- La duración de las aplicaciones dependió principalmente de tres factores: el nivel de comprensión de los niños, su atención y concentración, así como su capacidad para elaborar. El tiempo que tardó en promedio cada grupo en contestar la prueba fue directamente proporcional a los problemas de apego reflejados en sus respuestas. De esta manera, fueron los del kinder los que menos tardaron y los del albergue los que más.
- La misma condición de los niños maltratados (combinación de déficit cognoscitivo y perturbación emocional) ocasionó que se les dificultara más atender y concentrarse en la actividad de juego que se les planteaba, a comparación de los niños no institucionalizados (ver tabla 2).
- Además, como se describe en la tabla 2, a la mayoría de los niños del albergue les costaba trabajo desprenderse de la situación de juego, así como separarse de la psicóloga al finalizar la actividad. Esta situación resultó un dato interesante por reflejar precisamente un conflicto ante la separación (en algunos casos, una franca ansiedad), y por tanto, una inseguridad en el apego. El mismo problema lo presentaron varios niños de la guardería, justamente quienes obtuvieron los apegos más inseguros en la prueba y en quienes se sospecha de maltrato.
- Como se puede apreciar en la tabla 2, en el grupo del jardín de niños todos entendían inmediatamente de qué trataba la actividad, se concentraban en ella hasta el final y no presentaban resistencia a la terminación del juego ni a la despedida de la psicóloga. Esta mejor condición, tanto intelectual como emocional, coincidió con el hecho de ser el grupo que obtuvo un apego más seguro.
- De los tres escenarios, el kinder es en el que los padres de familia cuentan con más tiempo para atender a los niños. Sin embargo, lo importante no es sólo el tiempo de convivencia con el niño, sino que el vínculo sea sano y positivo. En los niños de

esta población, las respuestas a la prueba sugieren que perciben mayor apoyo, cariño y protección por parte de las figuras de apego. Esto les da la seguridad y confianza necesarias para enfrentar el mundo y para sentir que los problemas tienen solución.

- En la cantidad de respuestas que indican un apego seguro, los niños de guardería aparecen más cercanos a los del albergue que a los de kinder. Es decir, hay casi tan pocos niños con apego seguro en la guardería como en el albergue, lo cual llama mucho la atención. A esto se asocia el hecho de que el grupo de la guardería haya obtenido la mayoría de respuestas en la categoría “B” (niños descuidados). Los padres de estos niños son percibidos como incapaces para proveer protección y resolver problemas. Esto puede deberse a que son niños que pasan muchas horas lejos de sus padres y es posible que vivan la situación como un abandono. Son padres, la mayoría de ellos, que por su situación laboral no cuentan con el tiempo para hacerse cargo de sus hijos. En las respuestas de estos niños aparece la negligencia (a veces física, a veces emocional) como denominador común. Sin embargo, en algunos de ellos también aparecen indicadores de maltrato físico, con respuestas similares a las que dan los niños del albergue (castigos, muerte del niño, padres son monstruos, etc.). Entonces, podemos decir que el problema de la situación de guardería no se limita a un déficit de tiempo para atender a los hijos, sino que también se presentan conflictos de origen social: madres solteras y saturadas de trabajo, por lo tanto estresadas y agresivas; padres ausentes, o presentes y abusivos; así como dificultades económicas en general.
- La heterogeneidad en las respuestas de los niños del albergue puede deberse a la diferencia en los tiempos de estancia de cada uno. Mientras más tiempo lleven los niños en el albergue, mayor es su adaptación al mismo, lo cual implica el establecimiento de nuevos vínculos con cuidadoras, maestros y psicólogas. Dichos vínculos, si son positivos, ayudan a reparar en cierta medida la imagen que el niño tiene de las figuras de apego. Sin embargo, si el maltrato sufrido fue muy severo, el niño puede tardar mucho en obtener una sensación de seguridad y confianza. Si el

maltrato empezó desde el inicio de su vida, entonces la confianza básica nunca se estableció y son niños que presentan serios problemas para relacionarse con los demás y en general para adaptarse a las nuevas situaciones (no se adaptan al albergue). Los niños que logran adaptarse adecuadamente y desarrollar lazos afectivos con las figuras que se le presentan en la institución, lo reflejan en la prueba de apego, quizá en la importancia otorgada a las figuras alternas (que pueden representar a las figuras positivas del albergue).

- La institucionalización a la que están sujetos los niños del albergue, es una situación que implica el haber sufrido algún tipo de maltrato y el haber sido separados de sus familias. Por estas razones, era de esperarse que fueran los niños del albergue quienes obtuvieran los resultados de apegos más inseguros y, por tanto, en quienes más se encontrarán indicadores de maltrato.
- Los niños maltratados aprenden que las figuras que supuestamente deben brindar protección, otorgan atención en forma de algún tipo de violencia (golpes, insultos, amenazas, contacto sexual forzoso). Este aprendizaje les genera un conflicto de no saber qué esperar de las figuras de apego ni cómo comportarse ante ellas. Por ello, en el grupo del albergue hubo niños que esperaban ansiosos el regreso de los padres (en las historias 4 y 5) y luego se escondían de ellos, se iban de la casa en venganza, o eran atropellados por los padres al llegar.
- Por otro lado, el desprendimiento de sus familias para ser puestos en una institución, hace que los niños del albergue tengan una fuerte sensación de abandono, la cual se ve reflejada en muchas de sus respuestas (por ejemplo, en las historias 2 y 3, cuando al niño “nadie lo oye gritar” y finalmente muere).
- Partiendo del hecho de que todos los niños identificados previamente como maltratados, lo reflejaron con sus respuestas en la prueba, se puede suponer que los indicadores de maltrato encontrados en niños de las poblaciones no

institucionalizadas, probablemente se apeguen a la realidad. Esto nos sugiere la efectividad de esta prueba proyectiva para la obtención de indicadores de maltrato.

Indicadores de maltrato infantil

Con base en lo que se describe en la literatura sobre maltrato infantil y apego (Kempe y Kempe, 1978; Arruabarrena y Ochotorena, 1994; Crittenden y Ainsworth, 1989; Cantón y Cortés, 1997; Barudy, 1998), se puede afirmar que las reacciones de los padres a situaciones cotidianas (de accidente, de separación, etc.) en que están envueltos los niños, define el tipo de trato que éstos últimos reciben en su casa. De esta manera, cada una de las respuestas de los niños a la prueba de apego corresponde a cierta acción u omisión por parte de los padres que indica algún tipo de maltrato.

A partir de las respuestas obtenidas de los tres grupos, se confirmó la asociación previamente establecida entre las distintas categorías de respuesta (A-E) y un cierto tipo de maltrato, o bien, la ausencia de éste. Especialmente, los casos de los niños identificados como maltratados (es decir, los del albergue) fueron los que permitieron asociar cierto tipo de respuesta a alguna clase de maltrato. El grupo del albergue funcionó como referencia para observar las mismas asociaciones en los otros grupos. Y las asociaciones que se repitieron consistentemente dentro de un grupo, así como a través de los diferentes grupos, fueron las que condujeron a definir indicadores de maltrato infantil. Es decir, si cierta respuesta (ej. “niño muere”) se presenta consistentemente asociado a una sensación de abandono (confirmada a través de respuestas de los mismos niños en otras historias), podemos establecer dicha asociación y plantear la respuesta como indicador de abandono.

El siguiente cuadro muestra los indicadores de maltrato obtenidos a partir de los resultados de la prueba de apego aplicada en los tres grupos:

Historia	Respuesta	Indicador de
1	No limpiar	Negligencia
	Castigar	Maltrato físico / psicológico
2	Padres no acuden	Negligencia / abandono
	Niño muere	Abandono / maltrato físico o psicológico severo
	Padres son monstruos	Maltrato físico /abuso sexual
3	Padres no acuden	Negligencia / abandono
	Castigar	Maltrato físico / psicológico
4	Angustia extrema ante separación	Trauma por abandono
5	Padres regresan a agredir a los hijos	Maltrato físico

A continuación se explica brevemente lo expuesto en el cuadro:

- En la historia 1, el hecho de que el niño perciba que nadie limpia el jugo que se derrama (es decir, que se ignore el accidente) es indicador de negligencia de los padres, pues este tipo de problemas práctico-domésticos deberían ser resueltos por alguien.
- El castigo en la historia 1 y 3 implica reprender al niño por un accidente ocurrido, ya sea haber derramado el jugo o haberse raspado la rodilla. Es común que los padres maltratantes castiguen a sus hijos, no sólo cuando han “desobedecido” intencionalmente, sino también cuando han cometido algún error o sufrido algún accidente. El castigo puede ser indicador de maltrato físico (golpes) o psicológico (castigar parado frente a la pared, insultar, etc.).
- En la historia 2 y 3, el hecho de que el niño refiera que los padres no acuden al llamado del niño (ante el monstruo o ante el accidente en la roca), es indicador de negligencia. El extremo es cuando al niño “nadie lo oye gritar” y puede indicar un abandono emocional extremo o un abandono real.

- En la historia 2, la muerte del niño indica una sensación de total desamparo a causa de un abandono emocional o real extremo. Así mismo, puede indicar la presencia de un maltrato severo, pues el mundo es tan amenazante que el niño es vencido y destruido.

- En la historia 2, el hecho de que alguno de los padres sea el monstruo indica que el niño percibe a tal progenitor como un peligro, y si lo percibe así es porque probablemente ha sufrido algún tipo de maltrato activo (físico o sexual) por parte de él o ella. Puede encontrarse un contenido sexual en la historia del monstruo, pues ésta tiene lugar en una recámara, y en las respuestas de los niños del albergue fue común que el maltrato se diera en la cama (ej. “El monstruo se sube a la cama con el niño y se lo traga”).

- En la historia 4, la manifestación de angustia extrema ante la separación de los padres es indicador de un trauma por abandono real. Los niños que se resisten desesperadamente a la separación de los padres, mostrando una fuerte ansiedad, e incluso perdiendo la capacidad para distinguir la situación de juego de la realidad, muy probablemente estén reviviendo el trauma del abandono.

- En la historia 5, el hecho de que los padres regresen a agredir a sus hijos (los atropellan, los golpean) indica la presencia de maltrato físico. Los niños maltratados viven con el temor de que en cualquier momento pueden recibir golpes. Entonces, el retorno de los padres después de un viaje implica el regreso de la amenaza y la violencia que aquejan al niño en su vida cotidiana.

III. 3 Tercera fase: El apego en niños maltratados

El objetivo de esta fase consistió en evaluar las diferencias en el estilo de apego entre dos grupos (niños maltratados y sin maltrato), por medio de un análisis del contenido de las respuestas de los niños a una serie de historias inacabadas. Se plantea una propuesta en la que se amplían los criterios de interpretación de la prueba “Attachment story completion task” para realizar el análisis de los resultados con base en dicho criterio y, de esta manera, valorar los alcances del instrumento de apego como técnica de evaluación de juego proyectivo en niños maltratados.

Los pasos realizados en esta tercera fase fueron los siguientes:

a) Descripción de los participantes

Para contextualizar los resultados que se presentarán en esta fase, primero se realiza una breve descripción de los participantes del estudio de la fase 3, a través de las siguientes tablas:

Tabla 1. Edad

Edad	Niños maltratados		Niños sin maltrato	
	F	%	F	%
4	7	46.66	8	53.33
5	8	53.33	7	46.66

- Las edades incluidas fueron 4 y 5 años
- Del grupo de los 15 niños maltratados, se trabajó con 7 de 4 años (46.66% del total del grupo) y 8 de 5 años (53.33%)
- Del grupo de los 15 niños sin maltrato, se trabajó con 8 de 4 años (53.33% del total del grupo) y 7 de 5 años (46.66%).

Tabla 2. Sexo

Sexo	Niños maltratados		Niños sin maltrato	
	F	%	F	%
M	8	53.33	7	46.66
F	7	46.66	8	53.33

- Del grupo de los 15 niños maltratados, se trabajó con 8 varones (53.33% del total del grupo) y 7 mujeres (46.66%)
- Del grupo de los 15 niños sin maltrato, se trabajó con 7 varones (46.66% del total del grupo) y 8 mujeres (53.33%)

Tabla 3. Escolaridad

Escolaridad	Niños maltratados		Niños sin maltrato	
	F	%	F	%
Escolarizado (Preescolar)	4	26.66	15	100
No escolarizado	11	73.33	0	0

- Del grupo de los 15 niños maltratados, 4 tienen escolaridad a nivel preescolar (26.66% del total del grupo) y 11 carecen de escolaridad (73.33%)
- Del grupo de los 15 niños sin maltrato, un 100% acude a la escuela (a nivel preescolar).

b) Análisis de contenido: categorías de respuesta

Para llevar a cabo el análisis de contenido, lo primero que se hizo fue abordar las respuestas de los niños a cada una de las historias como un texto a interpretar y, de esta manera, traducirlo en categorías concretas de respuesta.

En los siguientes cuadros se muestran las categorías extraídas por grupo; una columna de los niños maltratados y otra de los niños sin maltrato. A cada una de las historias del instrumento le corresponde un cuadro, y debajo de cada uno de éstos se explican los resultados presentados en el mismo:

1. Figura de apego en situación de autoridad con el niño

Sujeto	Niños maltratados		Niños sin maltrato	
	Presente/Ausente	Contenido	Presente/Ausente	Contenido
1	Ausente		Presente	Atiende
2	Ausente		Ausente	
3	Ausente		Presente	Atiende
4	Ausente		Presente	Atiende
5	Presente	Atiende	Presente	Reprime
6	Presente	Reprime/abandona	Presente	Reprime
7	Presente	Reprime	Ausente	
8	Presente	Atiende	Presente	Abandona
9	Ausente	Perversa	Presente	Atiende
10	Presente	Enojada	Ausente	
11	Presente	Enojada	Presente	Atiende
12	Ausente		Presente	Atiende
13	Presente	Enojada	Presente	Atiende
14	Presente	Adulto ajeno	Presente	Atiende
15	Presente	Reprime	Presente	Atiende

Niños maltratados: Como podemos ver, la mayoría de los niños de este grupo percibe a la autoridad como una figura ausente, o que cuando está presente reprime, se enoja con facilidad o abandona. En algunos casos, se da una mezcla de estas características (ej. Una autoridad que reprime y abandona, o que es perversa aunque no esté presente).

La categoría de *reprimir* implica cualquier tipo de coerción: regaño, castigo o agresión física. La categoría de *enojada*, en cambio, representa un estado o reacción emocional de la autoridad, pero no necesariamente una respuesta conductual. Sin embargo, el enojo muchas veces conduce a la agresión, por lo que ambas categorías están estrechamente relacionadas entre sí. Por otro lado, uno de los niños percibe a la figura de apego-autoridad como un ente perverso (que envenena al niño), situación que puede vincularse con la represión, pero que constituye un tipo de agresión más indirecta y a la vez más dañina.

Por último, se presenta un caso en que se ve reflejada la presencia de un adulto ajeno que se hace cargo (una señora). Al tratarse de niños institucionalizados y separados de sus familias, la figura de autoridad puede ser identificada en otros adultos.

Niños sin maltrato: En contraste con el otro grupo, en los niños sin maltrato lo que predomina es la percepción de la autoridad como figura presente, que atiende. Una minoría la perciben como figura ausente, y sólo un caso como alguien que *abandona*. Por último, en dos de los casos de este grupo aparece la *represión* (la mamá regaña la niña; le quita la leche), aunque ésta no sea en forma violenta.

2. Miedo como activador de conducta de apego

Sujeto	Niños maltratados (Contenido)	Niños sin maltrato (Contenido)
1	Abandono	Madre protectora
2	Figura materna amenazante /ausencia límites familia	Posible abuso sexual
3	Abandono	Abandono / maltrato físico
4	Abandono	Padre protector / enojo vs. Madre
5	Padres protegen	Padre protector
6	Abandono	Padre amenazante / madre protectora
7	Abandono	Madre protectora
8	Abandono	Abandono
9	Fig. paterna amenazante / necesidad protección	Madre protectora
10	Abandono	Padres protectores
11	Fig. materna amenazante	Padres protectores
12	Abandono	Padres protectores
13	Necesidad protección / padres incapaces	Padres protectores
14	Abandono	Padres protectores
15	Abandono	Padres protectores

Niños maltratados: Como se puede apreciar en el cuadro 2, en estos niños predomina la sensación de abandono (los padres no hacen nada por ayudar al niño y en algunos casos éste muere). Por otro lado, en dos de los casos se refleja una necesidad de protección, sentimiento que puede asociarse al abandono. Sin embargo, en los casos de necesidad de protección aparecen los padres en la historia (como objetos de la necesidad del niño). En un caso, se da la percepción de unos padres incapaces (que están ahí pero no resuelven el problema del niño), en combinación con la necesidad de protección (el niño sale corriendo en busca de sus papás).

Por otro lado, hay niños que perciben a alguna de las figuras de apego como alguien amenazante (“la abuela es el monstruo”). En uno de estos casos se infiere también una ausencia de límites en la familia (toda la familia se amontona en la misma cama), que puede reflejar un hacinamiento debido a la pobreza, o sugerir un contenido sexual (si lo analizamos junto con la presencia de una figura de apego amenazante).

Finalmente, un solo caso respondió en forma positiva, hablando de unos padres que protegen (mamá y papá echan al monstruo por la ventana y la niña se duerme).

Niños sin maltrato: En ellos lo que predomina es la sensación de contar con la protección de las figuras de apego. En la mayoría de los casos son ambos padres quienes protegen, mientras que en algunos es sólo la madre y en otros sólo el padre. En algunos casos, la percepción de uno de los progenitores como protector puede implicar la percepción del otro en forma negativa (ej. sentirlo amenazante).

Se observan dos casos en que la sensación del niño es de abandono (la niña grita y no la oyen), y en uno de ellos se presenta una combinación con un posible maltrato físico (“la mamá le grita a la niña ¡acuéstate! y le pega en la cara”). Por último, hay un caso en que la respuesta del niño parece tener un contenido sexual (“se sube una araña a la cama del niño y se le mete en la boca”).

3. Dolor como activador de conducta de apego

Sujeto	Niños maltratados (Contenido)	Niños sin maltrato (Contenido)
1	Madre protectora	Abandono
2	Familia frágil / Madre amenazante	Indefensión / necesidad protección
3	Adulto ajeno a cargo	Abandono
4	Familia frágil	Abandono
5	Madre protectora	Enojo vs. Madre
6	Familia frágil / Sensación pérdida padre	Madre protectora
7	Abandono	Madre protectora
8	Madre protectora	Sensación amenaza
9	Abandono	Padres negligentes
10	Abandono	Padre protector
11		Padres protectores
12	Abandono	Padres protectores
13	Madre protectora	Madre protectora
14	Adulto ajeno a cargo	Padres protectores
15	Abandono	Madre protectora

Niños maltratados: La categoría que más se repite en este grupo es la de abandono (el niño se encuentra solo ante el problema). En segundo lugar está la categoría de *madre protectora*, lo cual resulta interesante pues es opuesta a la de abandono.

Aparece también la categoría de *familia frágil*, en la que el niño percibe a una familia carente de recursos para enfrentar los peligros (todos los miembros de la familia se accidentan con la roca). En uno de los casos, esta fragilidad familiar está combinada con la percepción de una madre que representa una *amenaza* (la mamá dice: “toda la familia está enferma por mi culpa”). En otro caso, a la fragilidad familiar se le suma la sensación de pérdida del padre y un deseo de recuperarlo (“el papá se muere y los demás llaman a diosito para que lo reviva”).

Se observa en dos casos la categoría de *adulto ajeno a cargo*, en la que el niño no se encuentra completamente desprotegido, pues finalmente es atendido aunque no sea por sus padres. De todas formas, hay un cierto grado de abandono, situación común a todos los niños del albergue. Por último, uno de los niños no respondió nada en esta historia.

Niños sin maltrato: En estos niños predomina la percepción de los padres como figuras protectoras. En algunos casos es la madre, en otros son ambos padres y sólo en uno es el padre. Por otro lado, algunos niños perciben un abandono (no hay figura de apego que atienda), o bien, una negligencia por parte de los padres (están presentes pero no hacen nada por el niño y éste muere).

Aparece en un caso la *indefensión y necesidad de protección*, situación en que el niño convierte el pequeño accidente (herida en la rodilla) en algo abrumador (“se le cae la roca en la cabeza”). Ante esta indefensión, necesita a la figura de apego (“la mamá lo acuesta en la cama”). Por último, hay un caso en el que se ve reflejado un enojo contra la madre, pues en la historia la niña hace que la mamá también se accidente en la roca y muera.

4. La separación

Sujeto	Niños maltratados (Contenido)	Niños sin maltrato (Contenido)
1	Resistencia separación	Resistencia separación / presencia fig. alterna
2	Resistencia separación / humillación	Resistencia separación / presencia fig. alterna
3	Separación tranquila / presencia fig. alterna	Separación tranquila / presencia fig. alterna
4	Resistencia separación (ansiedad)	Resistencia separación / presencia fig. alterna
5	Separación tranquila / presencia fig. alterna	Separación tranquila / presencia fig. alterna
6	Abandono	Resistencia separación / rechazo vs padre
7	Abandono	Separación tranquila / presencia fig. alterna
8	Separación tranquila / presencia fig. alterna	Abandono
9	Fig. paterna amenazante	Separación tranquila / presencia fig. alterna
10	Autoridad represiva	Separación tranquila / presencia fig. alterna
11	Resistencia separación (ansiedad)	Separación tranquila / presencia fig. alterna
12	Resistencia separación / deseo protección y respeto	Separación tranquila / presencia fig. alterna
13	Miedo	Separación tranquila / presencia fig. alterna
14	Separación tranquila / presencia fig. alterna	Separación tranquila / presencia fig. alterna
15	Resistencia separación (ansiedad)	Separación tranquila / presencia fig. alterna

Niños maltratados: En este grupo, la categoría que más se repite es la de resistencia a la separación, y en algunos casos ésta llega al extremo de una ansiedad manifiesta (ansiedad de separación). Se da un caso en el que la resistencia se combina con un sentimiento de

humillación (“el bebé era una basura”), y otro en el que aparece junto con un deseo de protección y respeto (“sí cuidan a los niños y no les pegan”).

La segunda categoría que más se repite es una opción positiva, contraria a la de resistencia. Se trata de una *separación tranquila* y *presencia de figura alterna*. El niño permite que sus padres se vayan, siente que cuenta con una figura alterna que lo cuide y es capaz de interactuar con ella. (Esta es la respuesta ideal en la presente historia). Por otro lado, hay dos casos en que el niño no opone resistencia a la separación (quizá se resigne), pero sin embargo queda abandonado (ej. después de la partida de los padres, la abuelita también se va).

Otros dos casos muestran que la figura de apego-autoridad es considerada amenazante (“los niños se quedan viendo un león que estaba durmiendo”) o represiva (“la abuelita los regañaba porque se portaban mal”). Y por último, una de las respuestas refleja que la partida de los padres deja al niño con una sensación de miedo (cuando los niños se quedan solos hay un monstruo que los asusta).

Niños sin maltrato: A través del cuadro 4, se puede observar que en esta historia se presenta una homogeneidad en las respuestas de los niños sin maltrato, pues la mayoría respondió dentro de la misma categoría: *separación tranquila* y *presencia de figura alterna*, que constituye la opción más positiva.

En algunos niños se manifiesta una resistencia a la separación, aunque con la sensación de contar con una figura alterna. Es decir, el niño no quiere que se vayan sus padres pero es capaz de quedarse a cargo de otra persona. También se observa un caso en que a la resistencia a separarse se suma un rechazo contra el padre (sube a todos al coche y deja al papá abajo). Por último, hay un caso en que la sensación es de abandono (se van los papás, luego la abuela, los niños se quedan solos y se mueren).

5. El reencuentro

Sujeto	Niños maltratados (Contenido)	Niños sin maltrato (Contenido)
1	Deseo unión familiar	Conflicto sexualidad padres / padres violentos
2	Deseo unión familiar / sensación de ser una carga	Indiferencia
3	Deseo unión familiar / conflicto sexualidad madre	Madre amenazante
4	Resentimiento vs padres	Regresa vida cotidiana
5	Reencuentro alegre	Reencuentro alegre / unión familiar
6	Reencuentro alegre / padres violentos	Padres violentos
7	Familia destruida	Regresa vida cotidiana
8	Regresa vida cotidiana	Desunión familiar
9	Regresa vida cotidiana	Unión familiar
10	Padres violentos	Unión familiar
11	Resentimiento vs padres	Reencuentro alegre / unión familiar
12	Deseo unión familiar	Reencuentro alegre / unión familiar
13	Reencuentro alegre	Unión familiar
14	Reencuentro alegre / padres violentos	Reencuentro alegre / unión familiar
15	Resentimiento vs padres	Reencuentro alegre / unión familiar

Niños maltratados: A través de la tabla 5, podemos ver que no hay una tendencia hacia un tipo de respuesta en los niños maltratados, sino que se observa una heterogeneidad en su manera de responder, pues aparece una variedad de categorías. El deseo de unión familiar se presenta en repetidas ocasiones (ej. “¡Oh, bravo! ¡Ahora sí nos vamos a ir todos juntos!”), y en dos de ellas, combinado con algo más: 1) con la sensación de ser una carga (“van a ir apretados en el coche, el bebé está creciendo y pesa”); y 2) con un conflicto respecto a la sexualidad de la madre (“la mamá se sube a la cama, se la llevan los muchachos y la matan, la cama tiene sangre”).

El reencuentro alegre es otra categoría que aparece en repetidas ocasiones, lo cual puede explicarse por el deseo que tienen los niños del albergue de volver a ver a sus padres. En dos casos, este reencuentro alegre se presenta mezclado con la percepción de unos padres que son violentos (“atropellan a los niños”). Cabe hacer notar que la agresión de los padres resulta más impactante (y traicionera) cuando está precedida por un momento positivo, pues entonces el niño recibe señales contradictorias y esto puede dar origen a la formación

de un apego desorganizado. Hay un caso de *padres violentos*, en que la agresión es directa, sin un reencuentro previo.

Aparece también la categoría de *resentimiento contra los padres*, y se infiere que éste tiene como motivo la sensación del niño de haber sido abandonado, tanto en la situación que plantea el juego (el viaje de los padres), como en la realidad (la separación de los padres que conlleva la institucionalización). Esta actitud se manifiesta en respuestas como: “ahora los niños se van de paseo y los papás se quedan”.

Por otro lado, hay dos casos en que, después de la vuelta de los padres, la familia regresa a la vida cotidiana, pero sin un reencuentro explícito previo (“los papás se bajan del coche, se ponen todos a ver la tele”). Y por último, un niño percibe a una familia que se destruye (“la familia se moría”).

Niños sin maltrato: La mayoría de los niños de este grupo percibe a una familia unida. Esta unión casi siempre se sigue de un reencuentro alegre, y la combinación de ambas categorías constituye la opción más positiva de respuesta. Sin embargo, en dos casos la familia regresa a la vida cotidiana sin un reencuentro explícito previo.

La categoría de *padres violentos* (atropellan a los niños) aparece dos veces, una de ellas junto con un conflicto respecto a la sexualidad de los padres (“los papás se están besando, se quitan la ropa... eso es una grosería”). Y relacionada con la categoría de padres violentos está la de *madre amenazante* que se presenta una vez. La característica de amenazante no necesariamente implica ser violento, pero sí inspirar miedo (“la mamá es un monstruo... convertido en miedo”).

Por último, se observa un caso de indiferencia ante el reencuentro, tanto por parte del niño como de los padres (los niños no hacen nada, los papás se van al trabajo). Y un caso de desunión familiar (cada miembro de la familia se va a un lugar distinto).

c) Análisis de contenido: interpretación de resultados

La segunda parte del análisis de contenido consistió en interpretar las categorías de respuesta que se obtuvieron de cada grupo. Para cumplir con este objetivo, se empezó por realizar una fase preliminar, por medio de la cual se pretenden ampliar los criterios interpretativos de las historias de la prueba “*Attachment story completion task*”, considerando que los criterios ya existentes no eran suficientes. Lo que se hizo, entonces, fue un análisis del contenido de cada una de las situaciones de juego planteadas en la prueba de apego, para posteriormente emplear este nuevo criterio como referencia teórica en la interpretación de los resultados del estudio.

Análisis del contenido de las historias de la prueba de apego

Esta propuesta de análisis del contenido de las historias se elaboró con base en el modelo psicodinámico, así como en la teoría del apego, y se muestra a continuación:

Historia 1: Figura de apego en situación de autoridad con el niño

Mientras come con la familia, el niño accidentalmente derrama el jugo sobre el mantel. ¿Qué pasa ahora?

Esta es una situación en la que se hace evidente la relación del niño con las figuras de autoridad, que son las figuras de apego. Dicha relación implica el establecimiento de un sistema de normas que rigen la conducta, basadas en el código moral de la sociedad.

Para aspirar a integrarse en la cultura, es necesario que el niño aprenda a tolerar la frustración y se adapte a las reglas y principios que dictan los padres, de quienes depende física y emocionalmente (Freud, 1989).

En esta historia del jugo derramado se observa el hecho de la transgresión (aunque sea accidental) de las reglas y las consecuencias de dicha transgresión, dentro de la dinámica familiar.

La *forma* en que los padres ejercen su autoridad es muy importante -pudiendo usarse medios racionales o irracionales, de mayor o menor coerción, empleando o no la violencia- y participa en la determinación del estilo de apego del niño en desarrollo.

A partir de su experiencia en la relación con el cuidador, el niño va aprendiendo a predecir las reacciones de éste y a actuar en consecuencia. Las predicciones se integran en un cierto modelo mental de la relación, y dicho modelo define la manera en que el niño percibirá el mundo (Crittenden, Ainsworth, 1989).

Lo que se observa en esta historia es la percepción que tiene el niño de las reacciones de la autoridad, y de ahí se infiere la conducta en sí de la autoridad frente al niño.

Un niño con apego seguro muy probablemente perciba a la autoridad como una figura que protege, guía, y pone límites razonables cuya transgresión no se corrige con ningún tipo de agresión. Por el contrario, cuando las reglas son estrictas y difíciles de cumplir, severas las sanciones aplicadas por su ruptura y, en especial, cuando aquéllas incluyen amenazas de retirar todo apoyo, la confianza suele desvanecerse y se desarrolla un apego inseguro (Bowlby, 1993).

Desde el final del segundo año, los niños son sensibles a las señales afectivas negativas y exhiben reacciones emocionales negativas ante sus propias transgresiones. Muestran angustia cuando cometen o están por cometer una conducta prohibida, pero la intensidad de la angustia varía dependiendo de qué tan coercitiva sea la autoridad en cuestión. En situaciones como la del accidente del jugo, el niño pequeño puede desplegar una diversidad de emociones negativas junto con una preocupación verbalizada e intentos de reparación (Sroufe, 2000).

El niño tiene que obedecer a sus padres por un miedo a la pérdida de su amor, lo cual implica perder también su protección frente a los peligros, y ante todo, el riesgo de que el mismo cuidador, más poderoso que él, se convierta en un peligro demostrándole su superioridad en forma de castigo (Freud, 1989).

En términos freudianos, la interiorización del vínculo parental (a partir de la edad preescolar) se traduce en la formación de una instancia psíquica denominada *superyo*, que se encargará de vigilar constantemente al *yo* y censurarlo. El niño pequeño admira y teme a sus padres y más tarde los acoge en su interior.

Cuanto más represiva es la autoridad, tanto más riguroso se volverá después el imperio del *superyo* como conciencia moral y como sentimiento inconsciente de culpa, sobre el *yo*. El sentimiento de culpa es la tensión entre las exigencias de la conciencia moral y las operaciones del *yo*, y se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo (Freud, 1989). La culpa es evidente en los niños preescolares cuando “fallan” ante sus padres, pues manifiestan tensión, ansiedad, y en el caso de los niños maltratados, miedo.

El accidente del jugo, además de implicar una transgresión que puede generar un sentimiento de culpa en el niño, constituye un *problema* que alguien debe resolver. Entonces, en esta situación es importante también observar si el problema es resuelto y por quién (es decir, quién limpia el jugo derramado). Se trata de un problema de tipo doméstico y el hecho de ocuparse de él tiene que ver con la atención de las necesidades básicas del niño; por lo tanto, idealmente es alguno de los padres quien limpia el jugo. Un niño con apego seguro percibe a los cuidadores como figuras que atienden y son capaces de ocuparse de los problemas del hogar.

Historia 2: Miedo como activador de conducta de apego

El niño se va a dormir y al entrar a su habitación se encuentra con un monstruo. Entonces grita pidiendo auxilio. ¿Qué pasa ahora?

En esta historia se muestra la relación directa entre el miedo y el apego. Se observa lo que ocurre cuando se le presenta al niño una supuesta amenaza del mundo externo y necesita ayuda.

Diversas situaciones, aunque no sean intrínsecamente peligrosas, pueden provocar miedo en el niño. Éstas incluyen, entre otras, la oscuridad, ruidos intensos, movimientos rápidos, personas desconocidas y cosas extrañas, no familiares. La explicación de por qué el individuo joven (tanto humano como de otras especies) responde con miedo ante dichas situaciones, consiste en que cada una de ellas representa un peligro potencial. La respuesta adaptativa ante tales amenazas es el miedo, y éste se manifiesta en conductas de evitación o huida (Bowlby, 2003). La percepción de una figura extraña (en este caso, un monstruo) en la oscuridad es para el niño una señal de peligro ante la cual debe reaccionar.

La palabra “miedo” hace referencia tanto a las respuestas emocionales de la persona como a su conducta previsible. (Bowlby, 1993). De forma simultánea a la conducta de huida (alejarse del objeto amenazante), el miedo produce una tendencia a acercarse a la figura de apego en busca de protección.

En la presente historia, la necesidad de protección del niño se manifiesta, en primera instancia, mediante un llamado de auxilio. Ante esta demanda, los cuidadores pueden tener diferentes reacciones: idealmente, alguno de ellos acude inmediatamente y resuelve el problema (se deshace del monstruo), pero también puede ocurrir que ignoren la petición de ayuda, o bien, que acudan pero sin ser capaces de resolver el problema.

Las expectativas que tiene un niño sobre la accesibilidad y capacidad de respuesta de la figura de apego constituyen un reflejo relativamente fiel de sus experiencias con ella. La figura de apego no sólo debe ser accesible, sino estar dispuesta a responder de manera apropiada, es decir, ser capaz de proteger y brindar consuelo al niño cuando tiene miedo (Bowlby, 1993).

Al acudir los padres en ayuda del niño y demostrarle su capacidad protectora erradicando el peligro (monstruo), devuelven al niño la seguridad y éste se podrá dormir con tranquilidad. Una dinámica semejante refleja la presencia de un apego seguro.

En la edad preescolar, lo importante no es la presencia física del cuidador en todo momento. Más bien, éste debe ser capaz de proveer al niño una sensación de seguridad, basada en la confianza de que se encuentra “potencialmente disponible” para él (Winnicott, 2003). Cuando el niño confía en contar con el apoyo de la figura de apego siempre que lo necesite, será mucho menos propenso a experimentar miedos intensos. “La situación en que se halla el niño en relación con la figura en quien centra su afecto determina el modo en que responde a los estímulos potencialmente causantes de temor” (Bowlby, 1993, p.143).

La falta de seguridad en el apego provoca que el niño se sienta más “pequeño” e indefenso ante las amenazas del exterior y difícilmente podrá hacerles frente. Al estar acostumbrado a no ser asistido

por los adultos o únicamente recibir atención en forma de violencia, llega un momento en que el niño ya no pide auxilio cuando se siente en peligro. Este conflicto genera en él la sensación de encontrarse solo en el mundo y entonces su temor e inseguridad crecen (Kempe y Kempe, 1978). En cambio, un niño con apego seguro es capaz de reaccionar ante el peligro en busca de ayuda, se siente merecedor de recibir dicha ayuda y ésta le refuerza su seguridad. (Bowlby, 2003).

Historia 3: Dolor como activador de conducta de apego

El niño se cae de una roca y se raspa la rodilla, entonces grita pidiendo auxilio. ¿Qué pasa ahora?

En esta situación se muestra la relación directa entre el dolor y el apego. Se observa lo que ocurre cuando el niño se accidenta, se lastima y necesita ayuda.

Al igual que el miedo, el dolor crea en el individuo una vulnerabilidad que produce la activación de conductas de apego. El dolor físico tiene una función adaptativa, pues es una señal de alerta para que el individuo reaccione retirándose de la fuente del dolor y no reciba un mayor daño. El individuo lastimado tiende a buscar proximidad con las figuras de apego para obtener ayuda y consuelo (Bowlby, 1993).

Los cuidadores pueden responder de diversas maneras: idealmente, alguno de ellos acude inmediatamente al llamado del niño y le brinda atención de forma que el problema se resuelve (la rodilla se cura); pero también puede ocurrir que ignoren la petición de ayuda, o bien, que acudan al llamado pero no sean capaces de resolver el problema.

Las experiencias del niño con la figura de apego determinan las expectativas que tendrá respecto a su disponibilidad y capacidad de respuesta. El cuidador no sólo debe ser accesible, sino capaz de responder de manera adecuada, ayudando, protegiendo y brindando consuelo al niño cuando éste se encuentra en situación de dolor (Bowlby, 1993).

La respuesta del niño al hecho de haberse lastimado físicamente y a la sensación de dolor depende, en gran medida, de la calidad de su relación con el cuidador (Bowlby, 1993). Si el niño cuenta con el apoyo de la figura de apego, no se sentirá tan vulnerable al sufrir un accidente de este tipo (rasparse la rodilla). Reaccionará al suceso con un dolor físico que, de manera natural, le hará pedir auxilio y necesitar consuelo. Pero aunque se encuentre lastimado, en el fondo sabrá que la sensación es pasajera, pues así lo ha sido en ocasiones anteriores.

Si los padres asisten al niño y son capaces de cuidarlo, reconfortarlo y reparar el daño que sufrió (curarle la herida), el pequeño podrá recuperar la seguridad y confianza para reanudar su actividad sin temor (continuar jugando). Una dinámica semejante refleja la presencia de un apego seguro.

En cambio, un niño con apego inseguro puede experimentar con mayor angustia el hecho de lastimarse físicamente, pues al no contar con la protección de un adulto, se siente indefenso ante el dolor y con incertidumbre respecto a lo que sucederá. Esto puede hacer que el niño perciba un accidente pequeño como una catástrofe (Bowlby, 1993).

Sin embargo, con los niños maltratados ocurre un fenómeno interesante relacionado con el dolor físico: al recibir golpes constantemente, opera en ellos un mecanismo defensivo que les permite “separarse de su cuerpo” para sentir menos dolor (Barudy, 1998). De esta manera, su umbral al dolor aumenta y entonces los accidentes y lesiones pierden importancia, situación que va en contra del instinto de autoconservación que posee cualquier niño sano (Bowlby, 2003).

Entonces, ante un accidente pueden suscitarse distintas reacciones en los niños maltratados. Debido a que no cuentan con la protección de las figuras de apego, pueden vivir el suceso como algo dramático; pero también es posible que, por el contrario, la herida no los haga reaccionar.

Historia 4: La separación

Los padres se van de viaje y dejan a los niños con la abuela. ¿Qué pasa ahora?

Esta historia plantea la situación en que el apego se ve más directamente reflejado: la separación. El niño tiene que lidiar con el alejamiento temporal de las figuras de apego, y su forma de reaccionar ante este suceso depende de la seguridad que sienta de que habrá un reencuentro.

Si el adulto ha permitido al niño desarrollar una confianza en el vínculo existente entre ellos, el niño en edad preescolar ya no requerirá la presencia física de aquel para sentirse seguro y realizar sus actividades normalmente. Debe ser capaz de aceptar la partida de la figura de apego y quedarse a cargo de algún otro adulto conocido (figura alterna), confiando en que la separación es transitoria (Ainsworth, 1976, en Bowlby, 1989).

Sin embargo, para un niño con apego inseguro, producto de las carencias afectivas que ha sufrido, cualquier separación puede ser vivida como un abandono. A un niño así se le dificultará interactuar con otras personas y realizar actividades en ausencia de la figura de apego (Ainsworth, 1978, en Díaz, Segura y Royo, 1996), pues es muy posible que experimente *ansiedad de separación*. El origen de dicha ansiedad está asociado a la cuestión de la soledad, ya que ésta aumenta la probabilidad de peligro, en especial para los seres más vulnerables (en este caso los niños). La respuesta de temor suscitada ante la inaccesibilidad de la figura de apego puede considerarse una respuesta adaptativa básica. “El temor a una separación involuntaria de la figura de apego es una respuesta instintiva provocada por una señal natural de creciente peligro” (Bowlby, 1993, p.108).

La separación producida entre un niño pequeño y una figura de apego es perturbadora para el niño y suministra las condiciones necesarias para que experimente un miedo intenso. Al principio *protesta* vigorosamente y trata de recuperar a la persona ausente por todos los medios posibles. Después entra en una *desesperación*, pues empieza a perder la esperanza de recuperarla. Posteriormente parece perder el interés por ella y se genera en él un *desapego* emocional. Sin embargo, siempre que el período de separación no sea demasiado prolongado, el reencuentro con la figura de apego causa en forma natural el resurgimiento del apego.

La fase de protesta origina el problema de la ansiedad de separación. Ante la inminente partida de la figura materna, el pequeño suele emprender una acción dirigida a detenerla o buscarla, y no logra superar su ansiedad hasta que no cumple su objetivo (Bowlby, 1993).

La experiencia de separación, o las expectativas de separarse de una persona amada, hacen que se anhele su compañía de un modo mucho más intenso. Una de las principales causas de ansiedad del ser humano es la frustración de sus intentos de comunicación emocional (Bowlby, 1993).

“La respuesta universal ante una separación es la ansiedad” (Benedek, 1946, en Bowlby, 1993). La ansiedad en los niños no es, originariamente, sino la expresión del hecho de que sienten la pérdida de la persona que aman y de la cual dependen (Freud, 1998). La ansiedad implica, básicamente, una sensación de quedarse solo frente al peligro. Su manifestación es la necesidad de protección, la búsqueda de la figura de apego y una urgente necesidad de aferrarse a ella (Hermann, 1936, en Bowlby, 1993).

El desarrollo de una relación con un objeto de amor permanente y personalizado que ya no puede reemplazarse con facilidad ocurre sincrónicamente con el desarrollo de la capacidad de respuesta ante el peligro de perder el amor del objeto (Kris, 1950, en Bowlby, 1993). En otras palabras, para que se produzca la ansiedad de separación es necesaria la “constancia de objeto” dentro de la estructura mental infantil (Mahler, 1984).

Historia 5: El reencuentro

Los padres regresan a casa. ¿Qué pasa ahora?

En esta historia se observa la reacción que tiene el niño al volver a ver a sus padres tras una separación, así como la actitud que estos últimos mostrarían ante la situación (desde la percepción del niño).

Siempre que el período de separación no sea demasiado prolongado, el reencuentro con la madre causa en forma natural el resurgimiento del apego (Bowlby, 1993). Un niño que posee un apego seguro expresa alegría en el reencuentro con los padres y busca activamente su contacto. Dicho contacto le permite reforzar su confianza en el vínculo afectivo y aceptar separaciones subsecuentes.

En cambio, la inseguridad en el apego puede generar reacciones ambivalentes en el niño ante el regreso de los padres. Por un lado, puede alegrarse como respuesta natural después de haber estado esperando y anhelando su retorno, pero inmediatamente puede mostrar enojo o rechazo. El hecho de haberse sentido abandonado por los padres, y de experimentar esta sensación cada vez que éstos se van, puede provocar en el niño un rencor hacia ellos. O bien, como mecanismo de defensa ante el dolor del abandono, la actitud del niño ante la vuelta de los padres puede ser indiferente. Si este mecanismo persiste, el niño va perdiendo sensibilidad y el apego puede gradualmente desvanecerse (Ainsworth, 1978, en Díaz, Segura y Royo, 1996).

En los niños maltratados, el reencuentro con las figuras de apego puede suscitar una reacción de miedo (combinado con una necesidad de proximidad). Al estar constantemente amenazados de castigo, estos niños se vuelven celosos y temerosos. La activación simultánea de dos sistemas conductuales, miedo y apego, produce una motivación contradictoria de aproximación al cuidador en busca de alivio y de retirada de él para su seguridad (Cantón y Cortés, 1997).

De manera general, en los niños con apego inseguro la presencia de los padres no produce un verdadero restablecimiento de la tranquilidad, tras la experiencia de separación. Esto se debe a que no existe una confianza en el vínculo y lo que hay es un temor a un posterior abandono (Ainsworth, 1978, en Díaz, Segura y Royo, 1996).

Interpretación de resultados

A partir de las categorías de respuesta presentadas en los cuadros y utilizando como referencia teórica el análisis del contenido de las historias anteriormente expuesto, se analizaron las respuestas de los niños de cada grupo por historia, en los cinco niveles ya mencionados:

- 1) Aspecto cognoscitivo. ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?
- 2) Respuesta en sí. ¿Cómo termina el niño la historia?
- 3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?
- 4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?*
- 5) ¿Qué estilo de apego se ve reflejado en el niño a partir de todo lo anterior?

Historia 1: Figura de apego en situación de autoridad con el niño

(Consigna: “Mientras come con la familia, el niño accidentalmente derrama el jugo sobre el mantel. ¿Qué pasa ahora?”)

- 1) ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?

Niños maltratados: Todos los niños entendieron la situación que se les planteaba en esta historia, incluyendo el uso de cada uno de los materiales (mesa, trastes). Sin embargo, en el momento de responder, algunos se quedaban callados y había que volverles a preguntar “¿qué pasa cuando al niño se le cae el jugo?”. Una vez que respondían, algunos magnificaban la situación del jugo derramado, terminando en que “la mamá llevaba al niño a bañar porque se ensució” o incluso en la muerte del mismo niño o algún familiar. Por otro lado, hubo casos en que el niño se metía en la historia, de forma que él mismo era quien limpiaba el jugo.

* En la historia de la separación, en vez de figuras de apego se pregunta por la reacción de la figura alterna.

Niños sin maltrato: Los niños de este grupo también entendieron la situación que se les planteaba en la historia y el uso de cada uno de los materiales. Y a diferencia del otro grupo, estos niños respondían en seguida y de forma más fluida. Sin embargo, también desviaban un poco su respuesta de la situación original (ej. “ahora es el cumpleaños de la mamá”; “mamá y papá no deben entrar a la cocina porque se queman”; “al bebé y al niño les quemó el té y se van a morir”), y también hubo casos en que el niño se metía en la historia, narrando en primera persona.

2) ¿Cómo termina el niño la historia?

Niños maltratados: La mayoría de los niños de este grupo termina la primera historia de tal forma que nadie atiende el problema del jugo que se derramó, es decir, nadie limpia el mantel. En algunos casos, el niño es regañado, castigado o golpeado por lo que pasó.

Niños sin maltrato: En contraste con lo anterior, la mayoría de los niños de este otro grupo responde de manera que aparece alguna figura de apego a limpiar el mantel y el niño no recibe castigo por haber derramado el jugo.

3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?

Niños maltratados: Aunque todos los niños de este grupo hayan recibido algún tipo de maltrato en su hogar, en las respuestas de varios de ellos no aparece una coerción de los padres (aunque sí una negligencia). Es decir, por referencia de los expedientes legales de maltrato que existen en el albergue, podemos decir que los niños que no hablaron de una autoridad agresiva, muy probablemente sí la hayan sufrido en casa. Esto nos indica que siempre habrá cosas que un individuo no exprese en una prueba proyectiva.

Puede estar operando entonces un mecanismo de defensa a través del cual el niño se adelanta a los hechos, o bien, a la reacción de los padres (ej. El niño no quiere su jugo; limpia él mismo el mantel; ya no se le va a caer el jugo). Estos son recursos psicológicos que algunos niños poseen para enfrentar de alguna forma el problema y no vivirlo tan

pasivamente. En palabras de Winnicott, puede tratarse de un *falso self* que el niño desarrolla como resultado de experiencias tempranas traumáticas y cuya función es protegerlo de sentirse impotente ante un mundo que le es amenazante. Este *falso self* implica una estructura de personalidad que se construye como una máscara con la que el niño se sobrevalora a sí mismo y su verdadero *self* queda oculto (Winnicott, 1994).

Sin embargo, varios de los niños de este grupo reflejan en su respuesta una completa pasividad ante el conflicto: desde la respuesta de “se cae el jugo, entonces la niña se sienta”, hasta la de “el niño se moría porque el jugo tenía veneno”. Podemos decir que estos niños carecen de recursos para hacer frente a los conflictos, y esta debilidad es producto del mismo maltrato, así como de las experiencias que han sufrido en general.

Niños sin maltrato: Es evidente que los niños sin maltrato poseen muchos más recursos psicológicos para enfrentar problemas y esto se puede observar en sus respuestas, pues en la mayoría de ellas, el accidente del jugo ni siquiera representa un verdadero conflicto sino un simple asunto cotidiano. Si no son los padres quienes limpian el mantel, es el mismo niño, o quizá nadie limpie pero se le sirva más jugo al niño o vayan a comprar más a la tienda. Estas son la variedad de soluciones sencillas que el niño puede encontrarle al problema, y sin tener que sufrir ningún castigo.

4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?

Niños maltratados: La mayoría de los niños de este grupo percibe una ausencia de figuras de apego que limpien el mantel, sirvan más jugo, o realicen cualquier acción que implique un cuidado del niño y del hogar. Podemos ver que se trata de padres negligentes que por algún motivo no cumplen con la responsabilidad de resolver los problemas domésticos y satisfacer las necesidades básicas de los hijos.

Los padres aparecen como figuras de autoridad, mas no como figuras de apego. Y se trata de una autoridad represiva que no tolera la transgresión, aunque ésta sea accidental, y que mantiene una relación de dominación con el niño. Los niños responden como si fuera

natural recibir un castigo por haber derramado jugo, pues como resultado de los métodos educativos de sus padres, han desarrollado una fuerte propensión a sentir culpa ante el menor error cometido.

Niños sin maltrato: Éstos perciben que los padres reaccionarían al problema limpiando el mantel, o en algunos casos sirviendo más jugo, pero casi nunca castigando. Las respuestas de estos niños reflejan que viven en ambientes familiares donde las figuras de apego están presentes, se ocupan del hogar y atienden las necesidades básicas de los hijos. Los padres pueden ser al mismo tiempo figuras de apego y de autoridad, pero sin necesidad de someter ni infundir miedo al niño. Son niños que pueden cometer errores sin que caiga el peso de la culpa sobre ellos, pues están acostumbrados a que la autoridad sea razonable y los problemas tengan solución.

Historia 2: Miedo como activador de conducta de apego

(Consigna: “El niño se va a dormir y al entrar a su habitación se encuentra con un monstruo. Entonces grita pidiendo auxilio. ¿Qué pasa ahora?”)

1) ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?

Niños maltratados: Todos los niños entendieron la consigna. Sin embargo, en su reacción emocional (de cierta ansiedad) se pudo observar que fue la historia que más los impactó. Además, hubo la tendencia a desviarse de los elementos originales planteados. Por ejemplo: el monstruo es el protagonista y se va por sus hijos; la bruja se desaparece porque tiene brillo; llega un chango y mata al monstruo; “mi hermana siempre me espantaba, me decía que veía unos ojos”. Algunos cambiaban al monstruo por una bruja o un fantasma.

Niños sin maltrato: Todos entendieron la consigna y se apegaron más a lo que la historia planteaba, pero algunos niños sí introdujeron elementos distintos; por ejemplo: al niño se le mete una araña en la boca; el monstruo es un fantasma; atropellan a la mamá; el papá es el monstruo.

2) ¿Cómo termina el niño la historia?

Niños maltratados: Casi todos los niños de este grupo terminan la historia de tal forma que nadie acude en auxilio del niño y en muchos casos éste es matado o devorado por el monstruo. En algunos casos, el monstruo es alguno de los padres.

Niños sin maltrato: En ellos predominan las respuestas en que las figuras de apego se hacen presentes, se deshacen del monstruo y entonces el niño puede dormir tranquilo.

3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?

Niños maltratados: En esta historia, los niños institucionalizados no muestran prácticamente ningún recurso psicológico, pues la gran mayoría acaban vencidos por el problema (el monstruo) y la amenaza de peligro se hace realidad al morir finalmente. Esta desesperanza puede estar reflejando una depresión profunda, producto del maltrato, así como de la soledad a la que se enfrentan estos niños.

Hay casos en que el niño no muere pero se va a dormir sin que el monstruo haya abandonado la habitación, lo cual puede interpretarse como una resignación a vivir con la amenaza presente (pues es muy probable que esa sea la realidad en su casa) y una falta de recursos para imaginarse que podría vivir de otra forma.

La conducta de apego básica de los niños (pedir auxilio al cuidador) suele persistir en forma natural, aunque éstos sean maltratados por la propia figura de apego. Por esto, el llamado de auxilio formó parte de la premisa de esta historia y no del conjunto de respuestas esperadas. Esta conducta constituye el recurso psicológico más primario, que cualquier niño debe poseer para sobrevivir. Sin embargo, si la respuesta de los padres siempre es la indiferencia, la conducta de apego del niño se puede ir extinguiendo gradualmente y las consecuencias para su salud emocional son devastadoras.

Niños sin maltrato: A diferencia de los niños del albergue, estos niños sí cuentan con recursos psicológicos para enfrentar la amenaza del monstruo. En la mayoría de ellos, el

recurso consiste en imaginar que un adulto acude y se hace cargo del problema. Sin embargo, hay diferencias en cómo sucede esto.

La respuesta más común es que el monstruo sea destruido, pero hubo una excepción en que el niño demuestra un recurso de tipo racional para resolver el conflicto (los papás le piden al monstruo que no se lleve al niño, el monstruo está de acuerdo). También hay niños que poseen tal seguridad que ponen en duda la existencia del monstruo, aunque gracias a la presencia de los padres (“Cuando mi papá apaga la luz no hay monstruos”; “vienen sus papás, prenden la luz y ven que no hay monstruo”).

4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?

Niños maltratados: Los niños de este grupo se sienten abandonados ante el conflicto. Perciben una ausencia o falta de reacción por parte de las figuras de apego, por más que el niño grite pidiendo ayuda. Hay casos en que la historia termina con un “nadie lo oyó gritar”.

Para cualquier niño, el hecho de percibir un peligro y no ser atendido por nadie constituye una pesadilla. En los niños del albergue, esta pesadilla es la realidad que les toca vivir, al no contar con una figura de apego que les brinde apoyo y protección. El miedo que sienten ante la presencia del monstruo se hace mucho más grande cuando se dan cuenta de que se encuentran completamente solos frente al peligro.

En algunos casos, el monstruo es alguno de los padres, lo cual significa que las figuras de apego constituyen la amenaza. Esta situación representa una terrible contradicción para el niño, pues quienes tienen la función de protegerlo, ponen en riesgo su integridad. Como resultado, el niño desarrolla una profunda inseguridad que le hace sentir desamparado, y en la historia muere simbólicamente.

Niños sin maltrato: Estos niños perciben que las figuras de apego acudirían a resolver el problema. Son niños que se sienten protegidos por sus padres, pues la experiencia les ha

enseñado que pueden contar con ellos, especialmente en situaciones difíciles como lo es la presencia de un peligro externo. Con la presencia de las figuras de apego, la sensación de miedo se disipa y se restablece la seguridad. Entonces el niño puede dormir tranquilamente.

Historia 3: Dolor como activador de conducta de apego

(Consigna: “El niño se cae de una roca y se raspa la rodilla, entonces grita pidiendo auxilio. ¿Qué pasa ahora?”)

1) ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?

Niños maltratados: Todos entendieron la consigna; no obstante, al igual que en la historia del monstruo, hubo ciertas desviaciones de la situación original: toda la familia se accidenta en la roca; hay que tender la cama, etc. Algunos detalles incoherentes: “la rodilla anoche se le compone con el pasto”; “la abuelita se muere y ya no revive”. Y casos de involucramiento en la historia (narración en primera persona): “Yo cuando me lastimé la rodilla no me dolió”; “una vez me pusieron alcohol y sí me ardió”. Por otro lado, esta es la única historia en la que uno de los niños no respondió nada (al parecer, la situación planteada le produjo un fuerte rechazo).

Niños sin maltrato: Éstos también entendieron la consigna y se ajustaron más a los elementos de la historia. Sin embargo, también hubo casos en que la respuesta se desviaba de la situación planteada. Por ejemplo: al niño se le cae la roca en la cabeza; la niña se ensucia el pelo y la va a bañar su mamá; la mamá tenía un cólico; “ya se fue el cocodrilo... los cocodrilos comen venados”.

2) ¿Cómo termina el niño la historia?

Niños maltratados: En esta historia, las respuestas de los niños maltratados varían bastante. Sin embargo, en la mayoría de los casos el niño no es asistido adecuadamente y su rodilla no se cura. Puede ser que nadie acuda a ayudarlo o que lo haga alguna instancia impersonal (la ambulancia). Hay respuestas caóticas en que otros miembros de la familia también se golpean con la roca (como si se presentara una repetición compulsiva del suceso) y algunos mueren. Finalmente, casos de total abandono en que nadie oye al niño gritar, se desangra y

muere, reflejando una desesperanza que indica probablemente la presencia de una depresión profunda en el niño (como se observa en las respuestas de muerte del niño en la historia del monstruo).

Cabe hacer notar que hay varias respuestas en que la madre aparece como protectora en esta historia, a diferencia de lo que ocurre en la historia del monstruo.

Niños sin maltrato: Éstos terminan la historia de tal forma que los padres acuden a ayudar al niño y éste es reconfortado de alguna forma (le soban, le ponen un curita, lo llevan al doctor, etc.)

3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?

Niños maltratados: Al parecer, hay niños maltratados que cuentan con ciertos recursos para enfrentar una situación como la de un accidente físico, pues en esta historia buscan una solución al conflicto, casi siempre por medio del apoyo de la figura materna. Por el contrario, la desesperanza que manifiestan varios de los niños es indicio de una falta de recursos psicológicos para sobrevivir adecuadamente.

Otros responden, como mecanismo de defensa o mostrando un *falso self*, que al niño no le duele la herida o que se levanta solo. (Cabe hacer notar que los niños maltratados están acostumbrados al dolor físico y entonces no lo experimentan igual que niños sin maltrato).

Niños sin maltrato: Los niños de este grupo cuentan con mayores recursos para hacer frente al conflicto que se les presenta en esta historia, y su principal recurso es pensar que las figuras de apego acudirán a atenderlos y curarlos. Es común que estos niños no consideren grave el problema y no amerite hablar de sangre ni de hospital, pues algunos responden simplemente “la mamá le soba”. Pero a diferencia de lo que sucede con los niños del albergue, en este otro grupo no se trata de un mecanismo de defensa contra el dolor sino de una realidad tranquila.

4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?

Niños maltratados: La mayoría de los niños de este grupo perciben que las figuras de apego no reaccionarían al conflicto, entonces el problema se hace más grande (ej. desangrarse) y en ocasiones el niño muere.

Sucede como en la historia del monstruo, en el sentido de que, cuando un niño no siente que cuente con la protección de los padres (ante un peligro o un accidente), un problema pequeño puede convertirse en algo totalmente abrumador y vencer al niño. Como ya se mencionó, la diferencia es que en esta historia hay niños que sí son rescatados, principalmente por la figura materna. En estos casos, no se sabe si la madre es verdaderamente protectora o se trate tan sólo de un deseo del niño.

Niños sin maltrato: Éstos perciben que los padres reaccionarían acudiendo a atender al niño y curarlo. Son niños que cuentan con la protección y apoyo de las figuras de apego, lo cual les hace sentir que los problemas de este tipo (herida en la rodilla) tienen solución. Gracias a ello, no pierden la seguridad para seguir explorando el mundo.

Historia 4: La separación

(Consigna: “Los padres se van de viaje y dejan a los niños con la abuela. ¿Qué pasa ahora?”)

1) ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?

Niños maltratados: Todos entendieron la consigna y la mayoría se apegó a los elementos planteados en la historia; casi no se presentaron variaciones importantes. Llama la atención un caso en el que, cuando los niños se quedan solos, vuelve a aparecer el monstruo de la historia 2.

Niños sin maltrato: También entendieron todos la consigna y se apegaron a los elementos planteados. Y así como en el otro grupo, se presentó un caso en el que vuelve a aparecer el monstruo.

2) ¿Cómo termina el niño la historia?

Niños maltratados: La mayoría de estos niños se resisten a que los padres se vayan y casi siempre lo manifiestan insistiendo en irse con ellos, o aunque permitan la separación, después se sienten abandonados. Hay ocasiones en que la abuela también se va y los niños se quedan completamente solos, y otras veces sí se quedan con la abuela pero buscan a los padres o preguntan por ellos.

Niños sin maltrato: Los niños de este grupo permiten que los padres se vayan y se quedan al cuidado de la abuela, realizando alguna actividad con ella.

3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?

Niños maltratados: La ansiedad de separación que manifiestan algunos de los niños refleja una absoluta falta de recursos psicológicos para enfrentar el conflicto. Esto se debe a la profunda inseguridad que sienten, quizá como resultado de un trauma de abandono. Entonces, cada vez que viven otra separación (aunque sea dentro de un juego), los invade la ansiedad.

Sin embargo, varios de estos niños en la historia permiten tranquilamente la partida de los padres, lo cual constituye un recurso psicológico que quizá refleje una adaptación a la situación de la separación de su propia familia. Es posible que el duelo se esté elaborando, o bien, que se trate de un mecanismo de defensa o *falso self* para evitar el sufrimiento. De cualquier manera, los niños institucionalizados desarrollan una cierta autonomía, indispensable para sobrevivir.

Niños sin maltrato: Los niños sin maltrato poseen el recurso psicológico que mejor ayuda a enfrentar la situación de la separación, y éste consiste en confiar en la protección de una figura alterna mientras los padres no están. Al tener esta confianza, los niños son capaces incluso de divertirse en ausencia de las figuras de apego.

4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionaría la figura alterna a la situación?

Niños maltratados: La mayoría de estos niños no perciben la presencia de una figura alterna que los cuide y les brinde una sensación de tranquilidad mientras los padres no están. En algunos casos, el niño ni siquiera menciona a la figura alterna pues está concentrado en buscar a los papás, mientras que en otros casos, la abuela también se va y el pequeño se queda solo. De cualquier forma, lo que el niño siente es un abandono por parte de los adultos, que seguramente es reflejo de su experiencia de maltrato.

Sin embargo, también hay casos en que el niño sí habla de una figura alterna que se hace cargo. El hecho de poder percibir la presencia de otro cuidador en ausencia de las figuras de apego muy probablemente esté relacionado con la situación de institucionalización, en la que el niño es atendido por adultos ajenos a su familia.

Niños sin maltrato: Ellos, en cambio, sienten que la figura alterna reaccionaría estando presente para cuidarlos en ausencia de los padres. La compañía de la figura alterna representa para estos niños una persona que, al igual que los padres, atiende sus necesidades básicas, brinda protección y convive con ellos.

Se puede ver que se trata de niños cuya experiencia les ha enseñado que los adultos suelen ser figuras protectoras, y que muy probablemente cuenten con una red de apoyo que va más allá de la familia nuclear.

Historia 5: El reencuentro

(Consigna: “Los padres regresan a casa. ¿Qué pasa ahora?”)

1) ¿Entendió el niño la consigna? ¿Se ajusta a los elementos planteados en la historia?

Niños maltratados: Todos los niños entendieron la consigna e inclusive fue la historia en que respondieron en forma más amplia, mostrando una mayor elocuencia, fluidez, creatividad y confianza en la examinadora. Sin embargo, en algunos casos, la fluidez se convirtió en un desvarío, se perdió totalmente el sentido de la historia, continuando

ilimitadamente. No sólo se trataba de una resistencia a terminar la actividad, sino de una gradual pérdida de la coherencia en el discurso del niño. Dentro de esta desorganización, se introducían elementos extraños al final (ej. “Rompían una virgen, ya no podían pasar por ahí... se daban el abrazo”).

Niños sin maltrato: Entendieron la consigna y, a diferencia del otro grupo, asumían que se trataba de la última historia, siendo capaces de darle un final y hacer un cierre. Sin embargo, algunos se desviaban un poco de la situación planteada: “los papás se están besando, se quitan la ropa... eso es una grosería”; “¿por qué lastimaste a mi bebé?”. También se da un caso en que se vuelve a mencionar un monstruo. (Es evidente que el monstruo de la historia 2 causó impacto en muchos niños).

2) ¿Cómo termina el niño la historia?

Niños maltratados: Estos niños terminan la historia de tal forma que reciben a los padres con alegría y/o todos los miembros de la familia se van juntos; o bien, cada uno regresa tranquilamente a su actividad cotidiana. Sin embargo, dentro de la misma respuesta, esta situación de reencuentro agradable casi siempre va seguida de algún incidente negativo (ej. Los papás les dan un beso a los niños y luego les pegan porque no hicieron el quehacer).

Niños sin maltrato: Los niños de este grupo responden mostrando entusiasmo ante el reencuentro y posteriormente haciendo que toda la familia realice alguna actividad compartida.

3) ¿Qué recursos psicológicos posee el niño para enfrentar la situación?

Niños maltratados: El hecho de alegrarse de ver a los padres y de poner a la familia unida en la historia, representa un recurso psicológico ante su situación real de distanciamiento de los padres. Está implícita la necesidad de los niños del albergue de tener una familia; sin embargo, se aprecia un conflicto para integrarla como figuras de apego seguro.

Niños sin maltrato: La actitud de estos niños refleja que la separación no representó un conflicto para ellos, pues tenían la confianza de que ésta era transitoria y eventualmente recuperarían a las figuras de apego.

4) ¿Cómo percibe el niño que reaccionarían las figuras de apego a la situación?

Niños maltratados: Estos niños no perciben una reacción específica por parte de los padres ante el reencuentro, excepto en los casos en que éstos agraden a los niños al volver a casa. Se puede ver que, aunque los niños del albergue anhelan reencontrarse con sus padres, inconscientemente no sienten que el deseo sea recíproco. A través de las respuestas de estos niños a las historias de la prueba, se infiere que su sensación es de abandono.

Perciben a los padres como personas volubles que se enojan con facilidad y en forma impredecible. Como señalan Crittenden y Ainsworth (1989), el niño maltratado está condicionado a esperar ataques continuamente y necesita encontrar la manera de adaptarse a esta situación. Sin embargo, al adaptarse, se llega a convencer de que no merece nada mejor (Kempe, 1978).

Niños sin maltrato: En cambio, este grupo percibe que las figuras de apego mostrarían una actitud positiva ante el reencuentro y que el entusiasmo sería mutuo. Se puede ver en las respuestas de estos niños que la unión familiar que acompaña al reencuentro sería un deseo no sólo de los hijos, sino también de los padres. La percepción de esta reciprocidad refleja una armonía familiar que refuerza los lazos y facilita que el niño permita separaciones futuras.

5) ¿Qué estilo de apego se ve reflejado en el niño a partir de todo lo anterior?

Niños maltratados:

A través de las historias de la prueba, se puede ver que los niños institucionalizados no sienten que cuenten con el apoyo de las figuras de apego, pues éstas no aparecen en los momentos importantes; es decir, en las situaciones que implican la satisfacción de necesidades básicas del niño (historia 1), así como las situaciones de miedo y dolor (historias 2 y 3). Se percibe a unos padres generalmente ausentes y que únicamente están presentes para reprimir (en forma de castigo, regañños, golpes). Como consecuencia, estos niños suelen sentirse culpables de lo que ocurre a su alrededor.

Son niños que viven acostumbrados a dos tipos de actitud de los padres: la ausencia o falta de reacción, y la reacción negativa. Lo más común en estos niños fue la percepción de una ausencia de figuras de apego; sin embargo, también se presentaron combinaciones de actitudes negligentes y agresión. De cualquier manera, se hace evidente que los niños institucionalizados no reciben atención positiva por parte de las figuras de apego en los momentos en que experimentan una mayor vulnerabilidad. Son padres que ejercen un control en forma hostil y cuando deben proteger no lo hacen, funcionando entonces como figuras de autoridad, mas no como figuras de apego. Establecen una relación de dominio con el niño, de forma que éste se vuelve pasivo y carente de recursos psicológicos para defenderse y enfrentar los problemas en general.

Se pudo observar que la mayor angustia de los niños institucionalizados es sentirse solos ante el peligro. Estos niños perciben una incapacidad de las figuras de apego para protegerlos cuando experimentan temor, o sienten que las mismas figuras de apego representan la amenaza. Entonces el miedo se hace más intenso y crece la angustia e inseguridad (Bowlby, 1993).

Por otro lado, estos niños manifiestan resistencia e incluso ansiedad de separación, expresada a través de la necesidad de protección, la búsqueda de la figura de apego y la

necesidad de aferrarse a ella (Hermann, 1936, en Bowlby, 1993). No confían en que los padres regresen, pues no hay una seguridad en el vínculo, sino temor a un posterior abandono. Es por esto que el reencuentro no les devuelve la tranquilidad.

Podemos decir que las tres primeras situaciones (autoridad frente al niño, situación de miedo y de dolor) desembocan en cómo lidia el niño con la separación (historia 4). Así, a través de las experiencias de fracaso en la obtención de apoyo en situaciones como aquellas, los niños institucionalizados no desarrollan un sentimiento básico de confianza y entonces las separaciones representan un conflicto. Todo esto se traduce en la presencia de un estilo de apego inseguro en los niños maltratados.

Niños sin maltrato:

Los niños de este grupo, en cambio, reflejan en sus respuestas a lo largo de la prueba una sensación de seguridad y confianza, tanto de sí mismos como del vínculo con las figuras de apego. Esto puede ser resultado de haber recibido un trato respetuoso, cálido y protector por parte de los padres, quienes han demostrado que están ahí cuando más se les necesita.

Los padres son al mismo tiempo figuras de apego y de autoridad, pero sin necesidad de someter ni infundir temor al niño. La autoridad es percibida como una figura que protege y pone límites razonables cuya transgresión no se corrige con ningún tipo de agresión.

De esta manera, se puede ver que estos niños viven en ambientes familiares donde las figuras de apego están presentes, se ocupan del hogar atendiendo las necesidades básicas de los hijos, y están dispuestos a brindar consuelo y protección a estos últimos en situaciones adversas de peligro o dolor.

Son niños que confían y sienten que pueden contar con el apoyo de la figura de apego siempre que lo requieran, por ello son menos propensos a experimentar ansiedad y miedos intensos. Se sienten merecedores de recibir dicho apoyo y éste les refuerza la sensación de seguridad (Bowlby, 2003).

Se observa también que estos niños poseen recursos psicológicos para enfrentar problemas y elementos para darles solución. Se trata de una fuerza *yoica* que han adquirido a través del vínculo positivo con las figuras de apego, y que resulta fundamental para sobrevivir. Son niños capaces de salir adelante después de un conflicto.

Gracias a la seguridad que poseen los niños *no institucionalizados*, pueden aceptar con tranquilidad el alejamiento de las figuras de apego y quedarse al cuidado de una figura alterna. Se puede ver que la separación no representa un conflicto para ellos, pues la experiencia les dice que ésta conduce al reencuentro (Ainsworth, 1976, en Bowlby, 1989). Estos niños muestran entusiasmo ante el reencuentro, el cual produce en forma natural el resurgimiento del apego y un reforzamiento del vínculo que facilita que el niño permita separaciones futuras (Bowlby, 1993).

Con base en todo lo anterior, se puede afirmar que la mayoría de los niños sin maltrato poseen un estilo de apego seguro.

CAPÍTULO IV.

Discusión y Conclusiones

IV.1 Discusión

Por medio de los resultados del presente estudio se confirmaron las hipótesis planteadas, pues los niños maltratados presentaron un estilo de apego inseguro, mientras que los niños sin maltrato presentaron un estilo de apego seguro. Por lo tanto, podemos contestar a la pregunta de investigación afirmando que el maltrato infantil produce como consecuencia el desarrollo de un estilo de apego inseguro.

De esta manera, se constata la relación entre maltrato infantil y apego inseguro fundamentada en la teoría, por autores como Schneider-Rosen y Braunwald (1970), Kempe y Kempe (1978), Egeland y Sroufe (1981), Crittenden y Ainsworth (1989), y Barudy (1998).

Los resultados obtenidos a través del análisis del contenido de las respuestas de los niños a la prueba de apego, nos muestran que los niños maltratados poseen perturbaciones psicológicas relacionadas con sus vínculos afectivos con las figuras primarias, a quienes perciben como figuras hostiles e inaccesibles física o emocionalmente. En momentos en que más se les necesita, no están disponibles o responden con agresión.

En cambio, los niños sin maltrato no presentan dichos conflictos, pues perciben a los padres como figuras positivas que atienden, brindan protección y ejercen su autoridad de manera adecuada. Al parecer, estos niños están acostumbrados a recibir un trato cálido por parte de las figuras de apego y confían en que pueden tener su apoyo, especialmente en situaciones estresantes.

Como consecuencia de las experiencias negativas de ausencia de apoyo, los niños maltratados aprenden que las dificultades de la vida son más grandes que las posibles soluciones, y este hecho se ve reflejado en las respuestas a la prueba de apego. Por el contrario, los niños sin maltrato cuentan con los recursos necesarios para ver una salida cuando se enfrentan a situaciones problemáticas.

En lo que se refiere al tema de la separación, los niños maltratados viven esta situación como un conflicto que manifiestan mediante una resistencia al alejamiento de las figuras de apego, e incluso una ansiedad ante el hecho. La experiencia de abandono (emocional o real) que han sufrido estos niños, produce en ellos una profunda inseguridad que provoca que cada separación sea experimentada como un abandono más. Entonces, al prever una inminente partida de las figuras de apego, los niños tienen el impulso de aferrarse a ellas. Y pese a que anhelan su regreso, cuando éste ocurre no les restaura la tranquilidad, puesto que inevitablemente temen una nueva separación. Estos padres no han demostrado una consistencia en estar ahí para los hijos; por lo tanto, el lazo afectivo es sumamente frágil.

A diferencia de lo anterior, los niños sin maltrato pueden aceptar la separación en forma tranquila, pues ésta no representa un conflicto ni produce un miedo al abandono. Estos niños saben que cuentan con el apoyo de las figuras de apego más allá de su presencia física. Es decir, lo importante es la existencia de un lazo afectivo capaz de brindar al pequeño una sensación de seguridad que le permite separarse temporalmente de sus cuidadores. Y cuando surge el reencuentro, éste favorece la unión familiar, refuerza el vínculo y restablece la sensación de seguridad en el niño.

Esta dinámica que se presenta en ambos grupos de niños (maltratados y sin maltrato) respecto a la forma en que manejan la cuestión de la separación, nos permite ver cómo una misma situación puede vivirse como algo traumático en unos, y como un suceso no trascendente en otros.

Por otro lado, el instrumento “*Attachment story completion task*” resultó de utilidad en la obtención de indicadores de maltrato infantil, pues partiendo de la relación previamente planteada en la teoría, entre apego inseguro y maltrato, se analizó la prueba de apego con una óptica a través de la cual ciertas categorías de respuestas negativas se asociaron a algún tipo de maltrato. La comparación de los resultados de los diferentes grupos confirmó que algunas categorías de respuesta efectivamente pueden constituir indicadores de maltrato.

La población de los niños institucionalizados sirvió para contrastar los resultados de la prueba con la realidad conocida, puesto que estos niños son los “oficialmente maltratados” y en todos ellos se encontraron indicadores de maltrato. Por lo que podemos suponer que los indicadores de maltrato que aparecen en niños de las poblaciones no institucionalizadas, muy probablemente tengan un fundamento real.

En el momento de plantear las muestras con que se va a trabajar en una investigación de este tipo, uno hace una división entre niños maltratados y niños sin maltrato, valiéndose de lo que objetivamente se puede conocer de los niños, que es el contexto en el que se encuentran. En el caso de este estudio (en la fase 3), el contexto del primer grupo es una institución en la que se cuenta con expedientes legales que señalan la presencia de un maltrato, y el segundo grupo se conforma por niños que viven con sus familias y que la escuela a la que asisten no reporta que sean víctimas de maltrato.

Sin embargo, el hecho de que en la fase 2 se haya encontrado que hay niños *no institucionalizados* que presentan indicadores de maltrato, resulta muy interesante si pensamos en la división mencionada (de la fase 3) entre los niños oficialmente maltratados y los que oficialmente no sufren maltrato, pues nos hace ver que uno puede descubrir maltrato infantil en cualquier lugar y sólo es cuestión de contar con el instrumento adecuado que lo detecte.

El instrumento “*Attachment story completion task*”, siendo una prueba de apego, puede representar un hallazgo para la evaluación de maltrato infantil. Al emplear el juego como herramienta, esta prueba favorece el *rappport* y la libertad de que el niño exprese situaciones y conflictos que de otra forma resultaría angustiante comunicar.

Se pudo constatar en la presente investigación que el formato de juego es especialmente útil para el trabajo con niños ansiosos o excesivamente inhibidos (características comunes en los niños maltratados), pues provee una atmósfera agradable y no amenazante. Como señalan Gitlin, Sandgrund y Schaefer (2000), los materiales de juego invitan a la participación de los niños por su misma naturaleza y entonces se crea una situación en la que el evaluador puede más fácilmente obtener la cooperación e involucramiento del paciente.

El enfoque proyectivo de la prueba permite que emerjan contenidos muy ricos, de manera espontánea y sin que el niño se dé cuenta de que está siendo examinado. A diferencia de lo que sucede con las pruebas objetivas, el niño se expresa en forma indirecta, siendo su juego considerado simbólico y por lo tanto susceptible de ser interpretado. El juego revela conflictos emocionales del niño, así como sus miedos, preocupaciones y deseos respecto a sus vínculos afectivos con las figuras primarias. Esta prueba, al tener como tema la familia, extrae información no sólo sobre el niño sino sobre la forma en que se ve afectado por el trato que recibe de los padres o cuidadores.

El juego con muñecos resultó sumamente útil para que los niños proyectaran el tipo de dinámica familiar en que viven (o vivían antes de ser retirados de sus padres y llevados al albergue). De las producciones de los niños se obtuvo material que éstos difícilmente expresarían en forma verbal, y cuya interpretación psicodinámica ofreció un panorama aún más amplio del mundo interno de los pequeños.

Se pudo ver en este estudio que los niños pueden representar espontáneamente a un progenitor que ignora, castiga o golpea a su hijo, siempre y cuando se trate de un juego y se hable en tercera persona. El maltrato es una situación difícil de expresar directamente y esto se ha podido constatar mediante el trabajo con los niños del Albergue Temporal.

Dado que, como vimos, un instrumento que mide apego también arrojó indicadores de maltrato, podemos decir que el apego y el maltrato infantil son, en efecto, dos constructos relacionados. Se confirmó, a través de este trabajo de investigación, que el maltrato produce alteraciones importantes en el apego. Como señalan Crittenden y Ainsworth (1989), un adulto que no responde con sensibilidad ni consistencia a las demandas de atención del niño, le impide desarrollar una confianza básica en sí mismo y en los demás, así como construir modelos internos sanos. El autoconcepto del pequeño será el de una persona que no merece nada y que necesita renunciar a sus propios deseos para evitar disgustar a la figura de apego, a quien percibe como alguien amenazante e impredecible.

Para un niño resulta sumamente perturbador el hecho de que quienes tienen la función de protegerlo no lo hagan y más bien representen una inseguridad o incluso un peligro. De acuerdo con Díaz, Segura y Royo (1996), lo que sucede, entonces, es que el niño se ve obligado a desarrollar mecanismos defensivos que le ayuden a lidiar con el maltrato del cual es objeto. Dichos mecanismos se traducen en conductas que pueden ser complacientes (como se observa en respuestas a la prueba de apego en que, por ejemplo, el niño se queda limpiando la casa mientras los padres no están), de indiferencia (respuestas en que al niño no le importa que sus padres se vayan o no manifiesta ninguna emoción cuando éstos regresan), o de agresión (el niño responde que alguno de los progenitores queda excluido o muere).

Estos patrones de conducta del niño maltratado son adaptativos a corto plazo, facilitando la supervivencia inmediata; el problema es que a largo plazo son desadaptativos, afectando la salud mental, los vínculos futuros y el bienestar psicológico en general.

Uno de los problemas a largo plazo en los niños maltratados es la represión del enojo, pues la hostilidad acumulada tiene que emerger en algún momento dado. Si el maltrato sufrido no se simboliza de alguna manera (ej. Mediante la psicoterapia), en un futuro puede ser actuado en forma de agresión contra los propios hijos, y así se establece un ciclo intergeneracional del maltrato infantil. Como explican Kempe y Kempe (1978), se desplaza en otras personas el resentimiento que se siente hacia los propios padres maltratantes.

El ciclo intergeneracional del maltrato implica una transmisión intergeneracional de relaciones alteradas de apego y se sustenta en modelos mentales basados en el conflicto, la dominación y el poder. Dichos modelos poseen un origen psicológico pero también cultural. Como ya vimos, de acuerdo con la perspectiva ecológica (Garbarino y Eckenrode, 1999), el maltrato infantil debe entenderse como fenómeno social y no solamente abordarse desde el punto de vista de la psicología de la familia. La violencia que ocurre dentro de una familia se puede explicar mejor si se considera el contexto en el que ésta vive. En sociedades como la nuestra, donde existe una fuerte desigualdad económica e injusticia social, las familias pobres construyen un modo de vida basado en estrategias destinadas a subsistir. Bajo este esquema, el bienestar afectivo de los niños pasa a segundo término y surgen los problemas de maltrato. No sólo aparece la negligencia, sino que también se favorece una dinámica familiar en la que la insatisfacción, frustraciones y resentimiento de los padres se canaliza en los seres más vulnerables del núcleo familiar, que son los niños. Son padres que, maltratando a sus hijos, demuestran un dominio y poder sobre ellos en un intento por compensar su sensación de vulnerabilidad e impotencia ante la sociedad injusta.

El hecho de encontrarle una raíz social al problema del maltrato infantil ayuda a tener una comprensión más profunda y completa del fenómeno; sin embargo, la explicación social de ningún modo constituye una justificación para que los padres abusen de sus hijos. Lo que debe hacerse es incidir de alguna manera sobre el ciclo intergeneracional del maltrato y, para esto, con quienes se debe trabajar es con los niños, pues la infancia es el mejor momento para cambiar esquemas mentales y pautas de comportamiento, y de esta forma prevenir conflictos futuros.

Se puede proponer un modelo de intervención psicoterapéutica para niños maltratados que se centre en la cuestión del apego, pues es esencial que el niño aprenda a establecer vínculos afectivos sanos. Esta intervención debe estar basada en el juego y puede utilizarse el mismo tipo de material empleado en la prueba de apego, es decir, muñecos que representen a una familia. Si el juego de representación de la familia resulta tan adecuado para la evaluación de las relaciones de apego, podemos traspasarlo al trabajo de intervención y valernos de él para la reconstrucción de dichas relaciones, especialmente en niños maltratados. Además, dentro de la relación transferencial que tiene lugar en una psicoterapia, el mismo terapeuta puede servir como figura positiva de referencia que ayude a reparar la imagen dañada que el niño posee de las figuras primarias.

IV.2 Conclusiones

La experiencia profesional obtenida a través de este trabajo, dentro de la Residencia en Psicoterapia Infantil, me llevó a las siguientes conclusiones:

Los niños maltratados poseen un estilo de apego inseguro, mientras que los niños sin maltrato poseen un estilo de apego seguro. Por lo tanto, el maltrato infantil produce como consecuencia el desarrollo de un estilo de apego inseguro.

- Los niños maltratados perciben a las figuras de apego como figuras hostiles e inaccesibles física o emocionalmente. En cambio, los niños sin maltrato perciben a los padres como figuras positivas que atienden, brindan protección y ejercen su autoridad en forma respetuosa.
- Los niños sin maltrato cuentan con recursos psicológicos para hacer frente a los problemas que se les presentan, en tanto que los niños maltratados no poseen suficientes recursos.
- Para los niños sin maltrato la separación no representa un conflicto, mientras que los niños maltratados experimentan la situación de separación como un abandono y el reencuentro con las figuras de apego no restablece su tranquilidad.
- A través de la prueba de apego “*Attachment story completion task*”, se logró obtener indicadores de maltrato infantil. Este tipo de indicadores fueron hallados en todos los niños institucionalizados y en algunos niños no institucionalizados.
- El hecho de que se sospeche de maltrato en niños en quienes no se esperaba encontrar indicadores, hace patente la necesidad de contar con un instrumento psicológico que evalúe maltrato infantil. La prueba “*Attachment story completion task*” podría cumplir con esta función.

- Al ser una prueba basada en situaciones de juego, es especialmente adecuada para niños con perturbaciones emocionales severas, como lo son los niños maltratados, pues favorece el *rapport* y provee una atmósfera no amenazante.
- El juego con muñecos de la familia resulta sumamente útil para que los niños proyecten el tipo de dinámica existente en su casa y el trato que reciben de las figuras de apego.
- La interpretación psicodinámica del juego proyectivo de los niños nos ofrece un panorama amplio de su mundo interno.
- En general, en la evaluación psicológica infantil, al igual que en la psicoterapia, podemos decir que el juego constituye la mejor herramienta.
- Existe la necesidad de intervenir psicológicamente en los niños víctimas de maltrato, pues el maltrato no simbolizado muy probablemente será actuado en un futuro contra los propios hijos, estableciendo así un ciclo intergeneracional del abuso.
- En la intervención de esta problemática, el psicoterapeuta infantil tiene un papel fundamental. A través de la terapia de juego enfocada en el problema del apego, puede ayudar al niño a restablecer los modelos mentales que tiene de sí mismo y de la figura de apego. De esta manera, el objetivo a largo plazo es incidir sobre el ciclo intergeneracional de relaciones de apego mediadas por el maltrato.

Por último, es importante señalar que el proceso de elaboración del trabajo de investigación que conforma este Reporte de Experiencia Profesional, me permitió desarrollar habilidades relacionadas con la evaluación psicológica infantil, así como la intervención por medio de la terapia de juego, específicamente con niños maltratados que constituyen una población con una problemática muy compleja. (Para una descripción de mi Práctica Profesional Supervisada en el Albergue Temporal, ver Apéndice 2)

Dentro de la cuestión de la evaluación infantil y concretamente en el área del apego, tuve la oportunidad de conocer un instrumento proyectivo de medición sumamente interesante, útil, y con alcances que van más allá de su objetivo original. Así mismo, adquirí habilidades de análisis e interpretación y, con base en ellas, pude aportar una propuesta en que se amplían los criterios de calificación de dicha prueba de apego.

La técnica de juego en que se basa este instrumento provee elementos para la detección de maltrato y, además, resulta efectiva para el trabajo de intervención psicoterapéutica infantil. En la población de menores maltratados funcionó muy adecuadamente, tanto a nivel de evaluación como de tratamiento, debido a que favorece el *rapport* y facilita la libre expresión, incluso en niños con conflictos emocionales severos.

Finalmente, quiero decir que la experiencia en el trabajo con niños maltratados fue muy enriquecedora para mi formación como psicoterapeuta infantil. Pude darme cuenta de la importancia de estudiar el fenómeno del maltrato infantil para poder desarrollar estrategias de evaluación, diagnóstico e intervención en estos pacientes que constituyen una población muy vulnerable y necesitada de atención psicológica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, G. (1989). *Los tests proyectivos*. Barcelona: Laertes.
- Ali, S. (1982). *De la proyección*, Barcelona: Petrel.
- Anzieu, D. (1985). *Los métodos proyectivos*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Arruabarrena, M.; Ochotorena, J. (1994). *Maltrato a los niños en la familia: Evaluación y tratamiento*. Madrid: Pirámide.
- Arruabarrena, M.; Ochotorena, J. (2000). *Maltrato y abandono en la infancia*. Barcelona: Martínez Roca.
- Arruabarrena, M.; Ochotorena, J. (1996). *Manual de protección infantil*. Barcelona: Masson.
- Aux, K. (2000). Maternal affective communication and parenting behavior: Mechanisms for intergenerational transmission of attachment in preschoolers. *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*. 61(2-B), pp. 1108.

- Bellak, L. (1990). *TAT, CAT y SAT: Uso clínico*. México: Manual Moderno.
- Barudy, J. (1998). *El dolor invisible de la infancia: Una lectura ecosistémica del maltrato infantil*. Barcelona: Paidós Terapia Familiar.
- Bowlby, J. (1993). *La separación afectiva*. Barcelona: Paidós.
- Bowlby, J. (1979). *The making and breaking of affectional bonds*. London: Tavistock Publications.
- Bowlby, J. (1989). *Una base segura: Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Barcelona: Paidós.
- Bowlby, J. (2003). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid: Morata.
- Bretherton, I. (1985). Attachment theory: Retrospect and prospect. En Bretherton, I.; Waters, E. (Eds.) *Growing points of attachment theory and research. Monographs of the society for research in child development*. 209 (1-2) 3-35.
- Campoy, T. (1997). *Un programa de intervención desde una perspectiva psicodinámica (la hora de juego kleiniana)*. Universidad de Jaén: España.
- Cantón, J., Cortés, M. (1997). *Malos tratos y abuso sexual infantil*. Madrid: Siglo Veintiuno.

-
- Casas, F. (1988). *Infancia: Perspectivas psicosociales*. Barcelona: Paidós.
 - Cirillo, S. y Blassio, P. (1991). *Niños maltratados. Diagnóstico y terapia familiar*. Barcelona: Siglo Veintiuno.
 - Cortés Poza, A. (2003). *La moral en Nietzsche y Freud*. Tesis de Licenciatura. Facultad de Psicología, UNAM. México.
 - Crittenden, P. Ainsworth, M. (1989). Child maltreatment and attachment theory, en Cicchetti, D.; Carlson, V. (Eds.) *Child maltreatment: Theory and research on the causes and consequences of child abuse and neglect*. USA: Cambridge University Press.
 - Demoss, A. (1999). Symbolic play and security of attachment in young children (preschool age children). *Dissertation Abstracts International: The Sciences and Engineering*. 60(5-B), pp. 2335.
 - Díaz, M.; Segura, M.; Royo, P. (1996). *El desarrollo socioemocional de los niños maltratados*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
 - Eyer, D. (1995). *Vinculación madre-hijo*. Barcelona: Herder.
 - Freud, S. (1989). *El malestar en la cultura*. México: Alianza.
 - Freud, S. (1989). *El yo y el ello*. México: Alianza.
 - Freud, S. (1998). *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, V. XX (sexta reimpresión de la 2ª edición en castellano).

- Freud, S. (1999). *Más allá del principio de placer*. Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortu, V. XVIII (8ª reimpresión de la 2ª edición en castellano).
- Garbarino, J.; Eckenrode, J. (1999). *Por qué las familias abusan de sus hijos: Enfoque ecológico sobre el maltrato de niños y de adolescentes*. Barcelona: Granica.
- Gilmore, J. (1971). Play: A special behavior. En Herron, R., Sutton-Smith, B. (Eds.), *Child's play*. New York: John Wiley & Sons.
- Gitlin, K.; Sandgrund, A., Schaefer, C. (Eds). (2000). *Play diagnosis and assessment*. New York: John Wiley & Sons.
- González, F. (2000). *Investigación cualitativa en psicología*. México: International Thomson.
- Hernández, R.; Fernández, C.; Baptista, P. (1998). *Metodología de la Investigación*. México: Mc Graw Hill.
- Kazdin, A. (2001). *Métodos de investigación en psicología clínica*. México: Prentice Hall.
- Kempe, R.; Kempe, H. (1978). *Child abuse*. New York: Harvard University Press.
- Kempe, R.; Kempe, H. (1985). *Niños maltratados*. Madrid: Morata.

-
- Klein, M. (1955). *La técnica psicoanalítica de juego: su historia y su significado*. Barcelona: Paidós.
 - Laplanche, J., Pontalis, P. (1987). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.
 - López, F; Apodaca, P.; Etxebarria, I.; Fuentes, M.; Ortiz, M. (1998). Conducta prosocial en preescolares. *Infancia y Aprendizaje*. 82, 45-61.
 - López, F. (2003). *Desarrollo afectivo social*. Madrid: Pirámide.
 - Mahler, M. (1984). *Estudios 2: Separación-Individuación*. Buenos Aires: Paidós.
 - MacMillan, H., Munn, C. (2001). The sequelae of child maltreatment. *Current Opinion in Psychiatry*. 14(4), 325-331.
 - Miljkovitch, R.; Pierrehumbert, B.; Bretherton, I.; Halfon, O. (2004). Associations between parental and child attachment representations. *Attachment & Human Development*. 6(3), 305-325.
 - Miljkovitch, R.; Pierrehumbert, B.; Karmaniola, A.; Halfon, O. (2003). Preschoolers' attachment representations: Development of a coding system for the story completion task. *Devenir*. 15(2), 143-177.
 - Piaget, J. (1981). *La formación del símbolo en el niño*. Madrid: Morata.

- Programas 2003. *Dirección General del Albergue Temporal, Subprocuraduría de Atención a Víctimas de Delito y Servicios a la Comunidad.*
- Ramírez, S. (1977). *El mexicano, psicología de sus motivaciones.* México: Enlace Grijalbo.
- Rueda, C.; López Taboada, J; Linaza, J. (2000). *Maltrato y desarrollo infantil.* Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
- Segal, H. (2005). *Introducción a la obra de Melanie Klein.* México: Paidós.
- Song, H. (2004). The relationships between parental reactions to children's negative emotions and children's emotional understanding: Mediated pathways by children's internal working models of attachment relationship. *Dissertation Abstracts International: Humanities and Social Sciences.* 64(11-A), pp. 3958.
- Soriano, A. (2001). *Maltrato infantil.* Madrid: San Pablo.
- Sroufe, A. (2000). *Desarrollo emocional: La organización de la vida emocional en los primeros años.* México: Oxford University Press.
- Winnicott, D.W. (1994). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional.* Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D.W. (2003). *Realidad y juego.* Barcelona: Gedisa.

Consulta de páginas web:

- Maggio, E.; Álvarez, M. (2004). El mecanismo psicológico de la proyección. *Centro de Formación en Técnicas de Evaluación Psicológica*. Consultado el 5 de enero de 2006 de la página:
<http://www.geocities.com/centrotecnicas/proyeccion.html>

APÉNDICE 1.

**Aplicaciones de la prueba de apego en la tercera fase:
Grupo de niños maltratados y grupo de niños sin maltrato**

NIÑOS MALTRATADOS

1. SONIA (5 años)

Hist	Respuestas
0	Está nerviosa, canta las mañanitas pero pronuncia mal. El bebé es una nube.
1	La niña (sin nombre) tiene taza especial. Después de que se cae el jugo, la niña se sienta.
2	El monstruo se va por sus hijos que estaban en una casa muy lejos, donde los llevó su mamá. La niña se acuesta a dormir.
3	Va la mamá, la levanta, la lleva donde están todos, la rodilla "anoche se le compone... con el pasto" (pone a la niña boca abajo)
4	Papá conduce, mamá al lado. Cuando el carro se va, ella busca a los papás, pregunta por el bebé. ¿Qué pasa con los niños? "nada... juegan" (juegan a la rueda de san miguel), se sientan y la mamá viene.
5	Los hijos se van a la escuela y la abuelita se queda con el bebé, la mamá se queda, el papá maneja, la mamá se va (sube a toda la familia al coche), se van al museo. Quiere continuar jugando, empieza a desvariar un poco.

2. KARLA (5 años)

H	Respuestas
0	La protagonista se llama Hojita. Acomoda bien los platos, vasos y cubiertos, pero tarda mucho, es un poco obsesiva. Sienta a la niña sola. Pregunta quién parte el pastel, no canta las mañanitas, se empieza a distraer, tarda muchísimo en repartir el pastel.
1	Se le cae el jugo: "lo limpiaremos" ¿Quién? - "Yo".
2	"Mamá y papá van a su cuarto y empiezan a gritar todos, la bruja se desapareció". ¿Cómo? "Porque tiene brillo" "Cuando gritan, la bruja desaparece". La niña vuelve a su cama y se acuesta, pero la cama se eleva y la tira (por el poder de la bruja). La niña chillaba. La bruja se acuesta en la cama. Luego los papás dicen: "es la última vez que te acuestas aquí" y los papás se acuestan en la cama junto con la niña. La cama se vuelve a elevar (nuevamente por el poder de la bruja) y se cae la mamá. Luego toda la familia se amontona en la cama.
3	El bebé va por la hermana y le dice "ven hermanita, con papá y mamá" "Luego el bebé va a subirse a la roca y se pega en la cara, dice ¡mamá, Papá! ¡Me pegué en la cabeza!... Ya no dejan al bebé". Luego la mamá va, y dice "yo ya estoy grande". Va c/u a la roca y todos se van pegando en la cabeza. Acuesta al bebé en el pasto, luego a mamá al lado. "No hay que molestarlos". "No se debían subir a la roca"-dice la mamá (quita la roca). Un doc. Se los lleva a todos. La mamá se despierta adolorida del cuerpo y dice "Toda la familia está enferma por mi culpa", se toma una pastilla para el dolor. "La abuelita se muere y ya no revive... Hojita sí salió con vida". Junta a todos y se quedan muy felices.
4	Sube también al bebé al coche, se queja. Papá y mamá dicen "cúidenlos bien, que no les vaya a pasar nada... adiós hijitos" "adiós mamá y papá" Se mete el bebé por la rendija y se acuesta en el coche calladito para que no se den cuenta los papás. La niña se queda con abuela y tía. "Vamos a decir algo de mamá y papá, y el bebé dónde está, yo creo que está jugando" Niña se va a buscar al bebé. Lo encuentran y "era una basura".
5	Regresan papás "Voy a ver si no está el bebé... ¡bravo! ahora sí nos vamos a ir todos juntos, suban todos". "Van a ir apretados, el bebé está creciendo y pesa". Chocan con una virgencita y la rompen, "ya no podemos pasar por ahí, hay vidrio y sangre"... "Se dan el abrazo". Continúa diciendo cosas, cada vez con menos coherencia. Se mete debajo de la mesa con el coche y la familia.

3. TANIA (5 años)

Hist	Respuestas
0	No hay papá. La niña es niño y viceversa. La niña se llama Cobija. Pone los trastes amontonados y todos de un solo lado; los muñecos sobre la mesa. No habla nada, sólo hace ruiditos. Canta las mañanitas pero sin articular las palabras.
1	Cobija (niña) tira el jugo... "ya no hay jugo" (le sirven más) ¿Quién? Señala a la hermana. Empieza a hablar un poco mejor.
2	La niña gritó, luego se durmió.
3	"La rodilla se rompió... llamaron al doctor y ya vino" Agarra al de verde: "esta es la dra." Pone a la niña en la cama, el doc. y la dra. la revisan, "luego se levantó" "Hay que tender su cama".
4	Sube a los papás al coche. Los que se quedan "estaban jugando con la abuela, luego se acostó porque le dolía su pierna, luego se levanta, hay que tender su cama... Luego juegan a las estatuas de marfil" Acuesta a la abuela y al bebé, los niños se ponen a bailar.
5	Cuando regresan los papás, sube a todos al coche junto con la cama. "Ya se iban todos juntos... de paseo... lejos" La mamá duerme mucho "Se la llevan los muchachos, la mataron y luego se vinieron" La mamá se baja de la cama, la cama tiene sangre, limpian la cama (Le salió la sangre de la boca a la mamá).

4. JUAN (4 años)

Hist	Respuestas
0	El bebé es el protagonista. Tarda mucho en reaccionar, no pone la mesa, sólo agarra el pastel y se queda viéndolo. Pregunto cuántos años cumple el bebé y me muestra con sus dedos que 3. Casi no habla.
1	Por fin empieza a hablar. "Se le cayó el jugo porque no lo quiere" Él levanta el jugo y pone al bebé en el mismo sitio de antes.
2	"Se lo comió el monstruo, gritó porque le daba miedo el monstruo, los papás y el abuelito se fueron a la casa del papá, el bebé se va a parar y divertirse"
3	Papá sube a la roca y se cae... todos los demás se van subiendo después y también se caen.
4	Intenta subir a la abuela a manejar, después al hijo. Se pone nervioso, se chupa los dedos, se agarra los ojos, voltea a todos lados, se asoma a ver el coche que se fue. ¿Qué los ponemos a hacer? "buscar a los papás"
5	Sube al bebé al coche con la niña. "Buscaban a los papás" Los regresa, los baja y sube al resto.

5. EMILIA (5 años)

Hist	Respuestas
0	Canta las mañanitas, la niña se llama Diana, cumple 6 años, mamá parte el pastel. Tarda mucho en repartirlo, es un poco obsesiva. Va comentando todo. Al bebé le ayudan a comerse su pastel. Se fija en cada detalle, es muy bien hecha.
1	“La abuelita ya tiene cuidado” ¿Qué pasa cuando a la niña se le cae el jugo? “su mamá limpia” (limpia obsesivamente) “Ahora se toman su jugo con cuidado” se fija en que cada uno se lo vaya tomando.
2	Van mamá y papá, echan al monstruo por la ventana. Niña se duerme, los papás se van a su cuarto. Acomoda a cada personaje en su cuarto.
3	Va la mamá y atiende a la niña, la cura.
4	Los niños juegan con la abuela a la rueda de San Miguel
5	Los niños se ponen contentos cuando vuelven los papás.

6. IVÁN (4 años)

H	Respuestas
0	Dice que los personajes no caben en la mesa. El Protagonista es Iván. Al bebé no le gusta el pastel porque vomita. “Una vez yo comí pastel y vomité”. El papá apaga las velitas, mejor el niño. Papá parte el pastel.
1	Al niño se le cae el jugo, el papá lo para en el rincón (lo castiga), mamá limpia la mesa y limpia al niño, lo lleva a bañar. El bebé es Gustavo. Mamá lava los trastes. El grande carga a los 3 chiquitos. El niño cree que su mamá se murió, la mamá se convierte en fantasma.
2	“El hijo cree que el fantasma está dormido en su cama” “Empieza a llorar” ¿Quién es el fantasma? “mi mamá”. Solución: todos duermen en pareja- el bebé con la abuelita, el niño con el papá, la niña con mamá. Al final el fantasma sólo era un sueño de la abuelita.
3	“Primero ponemos al papá en el parque... y el papá se lastimaba con una roca... le salía sangre y se moría” ¿Los demás qué hacen? “le llaman a diosito para que lo reviva” (El niño se raspa la rodilla y grita “¡me duele!”). “No, eso no dice, porque yo cuando me lastimé la rodilla no me dolió” ¿Qué hacemos con el niño que se lastimó? “lo curamos... lo operan de la rodilla” “Luego el bebé se cae y se lastima”
4	“El hijo pregunta: ¿por qué la mamá Inés ya se fue? Ya tardó mucho” “Ahora los niños se desmayaron” “Ahorita van a revivir... cuando los papás se duerman” Todos se duermen... “éste se levanta, éste agarra las cosas de papá, éste agarra las cosas de mamá” ¿Por qué agarran sus cosas? “Porque van a arreglar un coche para llegar a donde están los papás”
5	Le emociona que regresen. “Eeeeh!! ¿Les fue buen viaje?” Los papás dicen gracias. Los papás atropellan al niño “porque a mi hermano una vez lo atropellaron... mis papás”. Continúa platicando sobre su hermano.

7. LUIS (4 años)

Hist	Respuestas
0	No hay papá, hay un señor. Protagonista es Alejandro. No quiere cantar las mañanitas, "en el coche se comían el pastel"
1	Se le cae su jugo... lo regañan.
2	Sale el monstruo de la cama, se pelea con el niño, se muere el niño, luego el monstruo. Llega el coche, se iban. Se van el monstruo y el niño en el camión.
3	Se raspa la rodilla... "Luego venían los coches... para que ya se iban a su casa"... "Luego ya no se lastimaba" Sube a todos al camión. ¿Nadie lo ayudó? "Él se levantó solito".
4	Papá y mamá se van... "Papá manejaba... la abuelita también se iba" La abuelita se va a otro paseo con un caballo. "Que venían la mamá y el papá".
5	Regresan papás... "se van todos juntos". Empieza a jugar con un caballo. ¿Qué pasa con la familia? "se moría, el caballo los mataba".

8. MÓNICA (4 años)

Hist	Respuestas
0	La familia es su propia familia; la protagonista es ella, habla todo en 1ª persona. Le da mucho gusto que sea su cumpleaños, canta las mañanitas, reparte pastel y café para todos.
1	"Su mamá le limpiaba... es que cuando a mi se me caía el jugo, mi mamá me limpiaba"... "Yo cuando mi mamá me limpiaba mi jugo, me servían más"
2	"Yo cuando me metía a mi cuarto, mi hermana siempre me espantaba, me decía que veía unos ojos... y mi mamá le echó agua bendita... se seguía espantando, entonces se dormía con mis papás" ¿Y tu con quién te dormías? "Solita" "Me tapaba la cara con la cobija para no tener miedo".
3	"Esta era la carretera por donde no podían pasar porque un carro los podía atropellar, ¿sale?" "Cuando yo me raspaba las rodillas, a mi me salía sangre... mi mamá siempre me llevaba a la casa y me ponía un curita... una vez me pusieron alcohol y sí me ardió" Agarra muñecos y los sube al coche "Los demás ya también se iban a la casa" Pone a la niña a descansar en la cama.
4	Los papás se van... los niños se quedan con la abuelita y el abuelito... "mami se va atrás, papi se va adelante". ¿Qué hacen los niños con los abuelitos? "Les decían: váyanse a dormir" "Yo me duermo junto a mi hermanita".
5	Vienen de regreso... "y los abuelitos ya se iban a su casa" "Mi hermanita no podía salir... porque está enferma, tiene temperatura... la niña tampoco podía salir... porque yo mucho tiempo tenía granos en todo el cuerpo" Los papás les dicen a las niñas "ya váyanse a dormir"

9. CANEK (4 años)

Hist	Respuestas
0	No festeja el cumpleaños, agarra trastes pero no los coloca ni hace caso al pastel. No le pone nombre al niño.
1	El niño se muere... el jugo tenía veneno
2	Llega un chango y mata al monstruo, rescata al niño.
3	Llega la hija, luego llama a todos y llegan. El niño se muere.
4	Los niños se quedan con la abuela viendo un león que estaba durmiendo.
5	Los papás se bajan del coche, se ponen todos a ver la tele.

10. JULIO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Pone lentamente la mesa, no quiere cantar las mañanitas, está muy serio. No le pone nombre al niño.
1	Se moja, se ensucia, se enojan (la familia)... se enojan porque se manchó el niño.
2	El fantasma espanta al niño, él grita... el fantasma mata al niño.
3	Llora y sangra su rodilla, se queda tirado, nadie lo ayuda.
4	La abuelita los regañaba porque se portaban mal.
5	Los papás atropellan a los niños (porque la abuelita los puso ahí para que los atropellaran).

11. ÁNGEL (4 años)

Hist	Respuestas
0	El bebé es el protagonista, se llama Pepe, es su cumpleaños. Pone bien la mesa.
1	El papá le decía que por qué tiró el jugo
2	"La abuela es el monstruo... llega papá". (Pone a todos juntos, agarra al monstruo y les pega... regresa al bebé a su cama)
3	No es capaz de continuar la historia por más que le insisto
4	Los niños se iban con papá y mamá, dejan a la abuela. (Insiste en que se vayan los niños con papás, no permite la separación y se pone ansioso)
5	Sube a los niños al coche y se van

12. VIVIANA (4 años)

Hist	Respuestas
0	No reparte los trastes ni canta las mañanitas, se distrae. No responde cuando le hago preguntas, no le pone nombre a la niña.
1	¿Qué pasa? "Nada, ya no se le va a caer".
2	Llora porque la lastimaron. No pasa nada, se acuesta.
3	"Le va a salir sangre, no se aguanta".
4	"Ya se fue la niña al coche...Escucha abuelita, te vas a quedar con nosotros" Sí cuidan a los niños y no les pegan.
5	Los van a ver por el espejo. Cuando llegan mamá y papá, se suben todos al coche.

13. FRANCISCO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Festejan poniéndole globos y un gorrito. El niño se llama Paco y cumplía 6 años.
1	Se enojaba su mamá "¿Por qué tiraste el jugo?"
2	El monstruo lo asustaba, él sale corriendo, va con sus papás, ellos lo llevan a su cuarto, el monstruo asusta a los tres, salen corriendo.
3	Iban todos, se lo llevan a su casa, le sale sangre. ¿No se cura? "Sí, su mamá lo cura"
4	Se iban a dormir y estaba el monstruo, los asustaba, ellos corrían. Prendía la luz y al monstruo le lastimaban sus ojos. Prendían las dos luces y se iban a dormir, el monstruo ya no estaba.
5	Los niños corrían, salían a ver a los papás, ellos se bajaban del auto. Están todos felices.

14. DELIA (5 años)

Hist	Respuestas
0	Cantamos las mañanitas. Reparte el pastel. La niña se llama Laura.
1	El mantel se moja, limpian la mesa (una señora)
2	Se moría la niña
3	Le salía sangre, se la curaron (una señora)
4	Los cuidaba la abuelita, recogían, uno barría, otro lavaba los trastes.
5	Los papás les dan un beso a los niños. ¿Los niños qué hacían? - recogiendo. Los papás les pegan a los niños porque no hacen nada (el quehacer)

15. CARLOS (5 años)

Hist	Respuestas
0	Sube a los muñecos a la mesa, encimados con los trastes y el pastel. Cantamos las mañanitas. El protagonista no tiene nombre
1	La mamá le pega al niño por haber ensuciado el mantel
2	El monstruo se come al niño, los papás no estaban.
3	El niño llora, le sale mucha sangre y se muere.
4	El niño se quiere ir con sus papás, no permite que se vayan, se angustia, los busca por todos lados.
5	"Después se iban los niños en el coche y los papás se quedaban".

NIÑOS SIN MALTRATO

1. SAMANTHA (4 años)

Hist	Respuestas
0	Anima la fiesta, es creativa y espontánea. Protagonista se llama Valeria.
1	Le dan leche porque ya se le acabó el jugo. Ya no va a ser su cumpleaños, ahora es el de la mamá.
2	La mamá entra inmediatamente y le pega al monstruo, lo mata, prende la luz y Valeria se acuesta, la mamá y el papá se despiden de todos.
3	Cuando Valeria se cae en la roca "nadie le ayudó", ella le pone un curita, mientras los papás estaban platicando.
4	Insiste en que la hermana se vaya con los papás, también intentó que se fuera el bebé. Dice "ya regresaban porque ya era muy tarde" "La abuelita lleva a los niños a la escuela... trae a los papás".
5	La abuela se asoma, ve que los papás se están besando, se quitan la ropa "eso es una grosería" "Ese (el papá) es su esposo". Atropellan a la abuela.

2. VÍCTOR (4 años)

Hist	Respuestas
0	No articula bien, es lento, cambia el sexo de los personajes, no sabe quién es la abuela. No le pone nombre al niño, dice que no puede. El bebé se llama Pollito. Pone a los muñecos encima de la mesa, sus respuestas no son muy coherentes.
1	Se le cae el jugo al niño. "Vamos a servirle más" ¿Quién? "Yo" (empieza a concentrarse y responder con mayor coherencia).
2	Mamá y papá entran a la cama del niño. Ya no hay monstruo, el niño se acuesta, se sube una araña a su cama, se le mete a la boca.
3	Se le cae la roca en la cabeza, entonces la mamá llega, lo acuesta en la cama. Le sale sangre.
4	Papá y mamá se van. Él los quiere regresar. Van a comer pastel, es el cumpleaños de la abuela.
5	Regresan. ¿Qué hacen los niños? "Nada" "Los papás se van al trabajo".

3. ELISA (4 años)

Hist	Respuestas
0	Le echan una porra a la niña del cumpleaños. La niña no tiene nombre.
1	"Limpiamos la mesa" (la mamá)
2	"Va a salir un fantasma" El fantasma se come a la niña. Ella grita y no la oyen. Sus papás estaban dormidos. Luego la mamá le grita a la niña "¡acuéstate!" y le pega en la cara, le salió un chichón (le pega porque no estaba dormida) "Es que había un fantasma" empieza a gritar.
3	Fue al doctor solita, sentadita. La nena le dice a la mamá "quiero ir al doctor"
4	Se van de paseo los papás, los que se quedan van a comer pastel con la abuela.
5	Regresan. "Ya pueden irse" Sube a la nena, se cae en un hoyo, "ya está llorando el bebé, lo machuqué" "¿Por qué lastimaste a mi bebé?" (niña tira al bebé) "¿Por qué se murió su mamá?" "La mamá es un monstruo... convertido en miedo".

4. FERNANDO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Protagonista se llama Eric. Pone bien la mesa y cantamos las mañanitas.
1	Se cae el jugo - Se suben al coche, van todos a la tienda a comprar más jugo.
2	Papá llega corriendo y mata al monstruo, el niño se acuesta y "ya se duerme". Machucan a la mamá, todos duermen separados, mamá en el coche.
3	El niño después de que se cae se va en el coche, lo llevan a su casa y lo acuestan en la cama, los demás se regresan al parque. Él se cura con cinta. Regresan al campo con la camita para quien quiera dormir. Duerme al niño en la cama sobre el coche. Pasa mucho tiempo en la cama en un lugar arrinconado.
4	Insiste en que regresen los papás. La abuela les hace un pastel, "les va a dar en la boquita"
5	Se van todos a la cama

5. VANIA (4 años)

Hist	Respuestas
0	La protagonista se llama Alisa. Dice que no le gustan los pasteles ni cantar las mañanitas. Los payasos sí le gustan (lo dice con cara enojada). "Mi mamá no sabe jugar esto"
1	¿Qué pasa cuando se cae el jugo? "mi mamá no sabe jugar eso". Les sirve jugo a los demás. ¿Luego qué pasa? "se la vamos a quitar" (le quita el jugo a la niña).
2	"Cuando mi papá apaga la luz no hay monstruos"... "la niña se acuesta". ¿Y el monstruo? "ya no hay monstruo" ¿a dónde se fue? "a su casa".
3	La familia sale de paseo... "pero se ensucian" La mamá Alicia también sube la roca y se cae y se muere. ¿Y qué pasa con la niña que se cayó? "Pues le salió sangre, se ensució su pelo y la va a bañar su mamá".
4	"Los que se quedan se duermen todos juntos". Luego los para, la abuelita dice: "ya es hora de ir a la escuela".
5	Regresan los papás... abrazan a los niños. Sube a todos al coche, van al parque.

6. NURIA (4 años)

Hist	Respuestas
0	La protagonista se llama Nuria. Se pone muy nerviosa pero acomoda bien los trastes y reparte el pastel.
1	Su mamá la regaña, la mamá debe lavar el platito, papá y mamá no deben entrar a la cocina porque se queman.
2	El papá es el monstruo, va la mamá y le pega al monstruo, lo tira por la ventana, la niña se duerme.
3	Mamá acude rápidamente (toma a la mamá y a la niña en sus manos).
4	Sube a todos al coche y deja al papá abajo. Mamá maneja y papá va atrás. No permite que los papás se vayan sin la niña.
5	Atropellan a los niños, pues "están donde no debían estar".

7. NELLY (4 años)

Hist	Respuestas
0	La protagonista se llama Nelly. Clasifica los trastes por grupos, los acomoda muy ordenadamente, reparte el pastel con cuidado, sirve té a cada uno.
1	Se queda callada, un poco nerviosa, cuando se cae el jugo. Levanta la taza, "le servimos más" ¿Quién? "Yo".
2	La mamá mata al monstruo, la niña se acuesta. Mamá va a hacer la comida.
3	Se pone a acomodar los muñecos, para a cada uno, los aleja mucho del parque. Habla muy poco, tarda muchísimo en reaccionar. Agarra a la abuela y al niño y los junta. Después de un rato muy largo, pone a los muñecos formados en el pasto "para que el papá la ayude (a la niña)"..."mejor la mamá" – se la lleva a su casa a dormir para que no le duela. Se duerme junto con la mamá.
4	(Ya se pone más contenta, se desbloquea) La mamá va manejando, la niña se va a acostar con la abuelita.
5	Regresan los papás... pone a todos en hilera. Después se van todos a dormir.

8. ERNESTO (4 años)

Hist	Respuestas
0	El protagonista se llama Toño. Lo coloca solito junto al pastel sobre la mesa, los trastes debajo de la mesa un poco lejos, y la familia todavía más lejos. El niño reparte el pastel, al último se sirve él. También él sirve el té.
1	Dice que el jugo es té. Se cae el té y el bebé se cae, la mamá y la abuela se lo toman rápido. Al bebé y al niño les quemó el té y se van a morir... mientras los demás se van a dormir.
2	El niño se iba a morir porque el monstruo estaba ahí. El monstruo se lo chupaba. La abuelita dormía en el coche y los demás se iban al coche. ¿Nadie oyó cuando el niño gritó? "nadie lo oyó gritar", el monstruo se fue. Los papás van al cuarto y el niño está muerto (acuesta a los papás junto con el niño muerto en la cama). El abuelo y el bebé se duermen en el coche.
3	El bebé salva al niño. Iban volando y se lo lleva con su mamá. "Ya se fue el cocodrilo", la mamá se lleva la piedra al coche porque había ahí un cocodrilo. Los cocodrilos comen venados. Se van a dormir al coche todos.
4	Los papás se van... después la abuela se va a trabajar y deja a los niños solitos. Levanta la cama y ve que hay un monstruo debajo. Los niños se iban a morir.
5	Sube al bebé y al niño al coche, el papá va manejando, en casa se quedan dormidas en la cama la abuela, mamá y otra mamá (niña).

9. DIANA (5 años)

Hist	Respuestas
0	Comen pastel, canta el "happy birthday". (Acomoda bien trastes y muñecos). La protagonista se llama Diana.
1	Se moja la comida, la mamá limpia
2	La mamá lo tira por la ventana
3	El papá estaba trabajando, llega el doctor, la mamá tenía un cólico.
4	Los niños se quedan comiendo con la abuelita
5	Se va toda la familia de paseo.

10. AURELIO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Acomoda todo muy ordenadamente. Cantamos las mañanitas, es el cumpleaños del niño (Omar).
1	El niño recoge el jugo.
2	Vienen los papás y le preguntan al niño qué pasa, luego llegan todos, matan al monstruo.
3	"Cuidado hijo" dice el papá y lo levanta
4	"Abuela ¿qué vamos a hacer?" se ponen a barrer, luego comen pastel.
5	Se suben todos al carro y se van de paseo.

11. PAULINA (5 años)

Hist	Respuestas
0	Es el cumpleaños de Paulina. Le festejan con sorpresas (Pone bien la mesa)
1	Le limpia su mamá y le sirve más.
2	Vinieron sus papás, prenden la luz y ven que no hay monstruo.
3	Van los papás, la levantan, la llevan al doctor.
4	Comen con la abuelita
5	Se saludan contentos, comen juntos, se duermen.

12. DIEGO (5 años)

Hist	Respuestas
0	El niño se llama Paco, es su cumpleaños. Pone lentamente la mesa y me pregunta de qué es el pastel. Cantamos las mañanitas.
1	Mamá recoge el jugo y luego empiezan a comer
2	Llama a sus papás, ellos lo matan, ya se duermen
3	Llama a sus papás, le ponen una curita, se van de día de campo
4	Los cuida la abuela, ella los deja ir afuera a jugar.
5	Los papás se bajan del coche y los niños dicen "¡ya llegaron!" Se saludan todos y luego se va toda la familia de día de campo.

13. EMILIO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Acomoda bien los trastes. Es el cumpleaños del bebé (protagonista), se llama Emilio.
1	El jugo se escurre, el papá lo limpia.
2	Llegan los papás al cuarto, le dan de palazos al monstruo.
3	La mamá le soba.
4	Comen con la abuelita.
5	Se van todos juntos.

14. ALEJANDRO (5 años)

Hist	Respuestas
0	Acomoda los trastes muy ordenadamente y con entusiasmo. Es el cumpleaños del niño, se llama Alex. Le festejan con pastel, comida, regalos. Está muy contento.
1	El papá limpia y le sirve más jugo al niño
2	Llegan el papá, la mamá y la tía... le dicen "monstruo, no te lo lles" el monstruo se iba, el niño les da las gracias a todos y se duerme.
3	Van los papás para ver qué tenía... tenía una raspada. Le preguntan "¿ya estás bien?" Responde que sí.
4	Se despiden de los niños y se van. Ellos juegan con la abuela a la rueda de san miguel.
5	Estacionan el coche, se bajan y saludan "¡hola!", se van a ver la tele.

15. JESSICA (4 años)

Hist	Respuestas
0	Pone bien la mesa. Es el cumpleaños de la niña, se llama Lucy. Festejan comiendo.
1	Se ensucia todo, limpia la mamá.
2	Va la mamá, le dice a la niña que se vaya a su cuarto, el papá saca su pistola y mata al monstruo, la niña se va a dormir.
3	Va la mamá, le pone un curita, se van a su casa
4	Se despiden. La abuelita plancha la ropa y los niños juegan a la rueda de san miguel.
5	Al regresar los padres, toda la familia festeja cumpleaños, después los papás se van a dormir porque tenían mucho sueño.

APÉNDICE 2.

**El Albergue Temporal de la PGJ-DF
y mi práctica profesional supervisada**

El Albergue Temporal de la PGJ-DF

y mi práctica profesional supervisada

Para contextualizar la situación de los niños maltratados, que constituyeron el principal objeto de este estudio, a continuación se describe brevemente el escenario del Albergue Temporal de la PGJ-DF:

El Albergue Temporal es una institución que acoge a menores, canalizados por el Ministerio Público, que han sido víctimas de algún delito, generalmente por parte de algún miembro adulto de la familia.

Todos estos niños desamparados son protegidos en dicho lugar de estancia en tanto se resuelve la situación jurídica que originó su ingreso y se les busca un destino permanente. Algunos niños regresan a su casa, otros son entregados a algún familiar alternativo o enviados a una casa hogar. Los bebés en muchas ocasiones son dados en adopción.

El propósito general del albergue es otorgar asistencia y protección social, brindando atención integral, empática y profesional, a niños menores de 12 años (distribuidos en lactantes, maternas, preescolares y escolares), que se encuentren en situación de abandono, daño, conflicto o peligro, relacionados con averiguaciones previas y procesos penales.

El albergue cuenta con diferentes áreas (Trabajo Social, Psicología, Pedagogía, Nutrición, Medicina y Odontología) para la atención integral de los menores. El área de Psicología tiene como objetivo ofrecer apoyo emocional a los niños, dada la difícil condición a la que se enfrentan como consecuencia del motivo de su ingreso. Así mismo, se trata de estimular su adecuado desarrollo psicoafectivo, mientras se repara, en la medida de lo posible, el daño sufrido. (*Programas 2003. Dirección General del Albergue Temporal, Subprocuraduría de Atención a Víctimas de Delito y Servicios a la Comunidad*).

Como parte de la Residencia en Psicoterapia Infantil de la Facultad de Psicología de la UNAM, se llevan a cabo prácticas profesionales supervisadas en el Albergue Temporal, que consisten en una atención psicológica dirigida a los niños que ahí habitan. Dada la condición de temporalidad de la estancia de estos menores, se hacen necesarias las intervenciones breves y efectivas, empleando el juego como principal herramienta.

Mi función como residente en esta institución se centró principalmente en las actividades de evaluación, diagnóstico y tratamiento de niños de los distintos grupos de edades (lactantes, maternas, preescolares y escolares). Dichas actividades fueron realizadas en tres etapas:

- 1) *Evaluación diagnóstica.*- Ésta se llevó a cabo en varias sesiones, empezando por la entrevista inicial, para continuar con sesiones de aplicación de diversas pruebas que evalúan aspectos cognoscitivos (Gesell, Bender, Denver, Raven, Escalas de Weschler) y emocionales (pruebas grafoproyectivas, aperceptivas, evaluación de juego). En los niños preescolares atendidos, una de las sesiones de evaluación de juego estuvo destinada a aplicar la prueba de apego “*Attachment story completion task*”. La aplicación sirvió, tanto para el proceso de elaboración de mi trabajo de investigación, como para la propia evaluación del niño. Los contenidos proyectados mediante este juego de representación con muñecos, permitieron obtener información relevante respecto a la forma en que el niño se relaciona con las figuras de apego y la dinámica familiar existente en su casa. Es decir, la prueba de apego resultó sumamente útil como parte de la valoración del estado emocional del niño.
- 2) *Intervención.*- Una vez obtenida la valoración del estado intelectual y emocional del niño, se inició con el proceso de intervención psicológica mediante la terapia de juego, impartida en sesiones semanales o de dos veces por semana (dependiendo del caso). Trabajé principalmente con niños preescolares y escolares. La duración de la intervención estuvo en función del tiempo de permanencia de cada niño dentro del albergue, pudiendo ser desde unas semanas hasta varios meses. Lo primero que se hizo fue plantear un objetivo central a partir de la valoración realizada, para entonces enfocar la intervención en dicho objetivo. Pero además, para cada sesión se estableció un objetivo específico y de esta manera se fue planeando paso a paso la estrategia a seguir. El tipo de materiales de juego empleados fueron generalmente de

dibujo, rompecabezas, plastilina, muñecos, casita, títeres, y juegos de mesa. Se trabajó con juego libre o focalizado, dependiendo del objetivo de la sesión. Con los niños preescolares, lo más utilizado fue la plastilina, colores, muñecos y casita, mientras que con los escolares se introdujeron muy frecuentemente los rompecabezas y juegos de mesa. El marco teórico de referencia con el que yo trabajé fue principalmente el psicoanalítico; por lo tanto, enfoqué el juego desde la perspectiva de lo simbólico y la proyección. El juego de la familia en el cual se basa la prueba de apego, al haber funcionado para la etapa de la evaluación, constituyó también un hallazgo para su utilización en la intervención. A partir de los materiales que conforman la prueba y el tipo de situaciones cotidianas planteadas en ella, se pudo tener un acceso al mundo interno del niño mediante la interpretación de sus proyecciones. A través del tema de este juego se reflejó el tipo de interacciones predominantes en la familia del pequeño, especialmente el trato que éste último recibía por parte de las figuras de apego. Los niños del albergue fácilmente proyectaban de alguna manera el maltrato que sufrían, y al simbolizarlo, lo empezaban a elaborar. De esta manera, los contenidos confusos o distorsionados iban desapareciendo y poco a poco se reestructuraba la historia de cada niño con una mayor objetividad (por ejemplo, se intentaba librar al niño de los sentimientos de culpa). Entonces, esta actividad de juego de la familia fue uno de los principales procedimientos que empleé para la intervención en los niños maltratados.

- 3) *Cierre*.- La etapa del cierre tuvo lugar en las últimas sesiones, desde el momento en que se me avisaba que el niño sería canalizado a otro lugar para vivir. Idealmente, el proceso de cierre duraba tres sesiones, para contar con el tiempo suficiente para realizar una integración de lo que se trabajó con el paciente, así como una devolución de aspectos importantes para su fortalecimiento emocional, además de prepararlo psicológicamente para su partida (con el duelo que ésta implica) y para su integración en el nuevo lugar. En la última sesión se hacía una despedida.

Cabe hacer notar que los casos que me fueron asignados en evaluación e intervención dentro del Albergue Temporal, fueron incluidos como participantes para la segunda y tercera fase de la investigación que conforma mi Reporte de Experiencia Profesional.

